Seix Barral

Pablo De Santis

La cabalgata de las valquirias

PRIMERA PARTE

EL CIERVO DE BRONCE

UNO

Soy policía, porque mi padre era policía. Por falta de imaginación, me acomodé al destino prefijado. Cuando estaba en quinto grado de la escuela, mi padre, el comisario Abel Nebra, mató al cabecilla de una banda de asaltantes de bancos, hazaña que lo convirtió en una leyenda viva en la institución. El hombre había asesinado a un policía y a un subgerente del banco y era el fugitivo más buscado de la provincia. Era difícil reconocerlo porque solo había una foto borrosa y con unos bigotes que ya no usaba. Los otros tres integrantes de la banda estaban presos, pero el jefe seguía recorriendo los caminos del sur, a la espera de que la presión policial aflojara y así poder llegar a Buenos Aires. Durante una semana mi padre revisó con paciencia los hoteles de la ruta, siempre poblados de viajantes de comercio. Un martes a la mañana, bien temprano, entró al hotel El Descanso, y fue directo al saloncito donde seis viajantes tomaban su café con leche. Sobre las sillas, sus maletines con muestras y catálogos. Todos estaban recién afeitados, y llevaban corbata y revisaban en sus libretas las listas de clientes y los itinerarios por cumplir. Mi padre reconoció de inmediato al hombre buscado. ¿Cómo se dio cuenta de que era él? Aunque sabía la respuesta, yo le preguntaba siempre lo mismo, porque de niños amamos las repeticiones. Mi padre respondía:

—Los viajantes solían usar unos maletines negros, marca Lancaster, y él se compró uno igual para pasar desapercibido. Pero con tantos viajes, los maletines de los viajantes siempre estaban

ajados, gastados. El suyo estaba reluciente. El destino está en los detalles.

Y mi padre desenfundó antes de que el otro tuviera tiempo de disparar y le encajó un tiro en el pecho. A mí me parecía que el tiroteo no era tan dramático y heroico como el instante en el que mi padre había descubierto la verdad.

Abel Nebra nunca dejó de ponderar los duros y viejos tiempos, como si luego los asesinatos no se hubieran multiplicado por tres. Vio con buenos ojos que me convirtiera en oficial de policía, pero sospechó de mi insistencia por sumar el estudio del Derecho. El mundo policial era para él un orden de valores absolutos, mientras que el Derecho era el reino del relativismo, que mi padre resumía en el dicho: como te digo una cosa te digo la otra. Yo confiaba en que mis estudios acabarían por permitirme ocupar un escritorio, lejos del trabajo de la calle. Aspiraba a ese premio tan módico y que nunca se consigue: que a uno lo dejen en paz.

Pero siempre que había un caso que ofrecía cierta dificultad en algún rincón de la provincia me enviaban a mí, o a alguno de los otros tres oficiales de mi división, como un apoyo a los policías locales, que veían nuestra presencia no como una ayuda sino como intromisión y castigo. Así como otros se habitúan a la camaradería y a la complicidad, yo me acostumbré al resentimiento, a los comentarios socarrones a mis espaldas, a que me tendieran una mano floja mientras desviaban la mirada. Una serie de desenlaces afortunados me hizo ascender en la institución, sin que eso significara algún logro ante los ojos de mi padre, que siempre me consideraría un espécimen de escritorio, porque nunca le había disparado a nadie, porque no tenía una sola muerte en mi hoja de servicio. «El club»: así llamaba mi padre al círculo de los que habían matado, y no importaba si lo habían hecho por necesidad, vileza o impericia.

El primer recuerdo que tengo de los crímenes de Bosque Blanco fue una noticia en el periódico: había desaparecido un hombre en esa pequeña ciudad, a más de cuatrocientos kilómetros de la capital de la provincia. Yo nunca había estado en Bosque Blanco. Mi sueldo no alcanzaba para vacaciones en la nieve: el hotel, la aerosilla, el alquiler de los esquíes y las botas, las clases de esquí. Además, me agotaba la idea de vigilar a mis hijos en la montaña, procurando que no se despeñaran en algún precipicio. El desaparecido era Rafael Alescu, setenta años, jubilado, casado, problemas cardíacos, diestro en negocios inmobiliarios y aficionado a la caza, aunque para entonces —según supe después— la había abandonado. Había salido muy temprano de su casa para hacer un paseo habitual por los alrededores de la ciudad y no se había vuelto a saber de él. El caso trastornó por completo la vida en Bosque Blanco, o lo poco de vida que le había quedado al lugar después de la erupción del volcán, y la consiguiente nube de ceniza, y los afiches con su cara decoraban los postes de electricidad y las vidrieras de los negocios. Se pensó que se había perdido en el bosque, y que la noche fría había acabado con él. La cantidad de escaladores y excursionistas perdidos es escalofriante, y muy a menudo algún andinista que decide probar con una nueva ruta encuentra un cadáver de alguien que desapareció treinta años antes, y la noticia sale en los diarios, y se empieza a decir que estaba intacto, igualito a las fotografías, como si los años de intemperie pudieran dejar sin cambios un rostro. Pero el caso de Alescu era distinto: nadie pensaba que se le hubiera ocurrido aventurarse más allá del bosque que rodea a la ciudad.

Durante tres días buscaron a Alescu, con policías, gendarmes, perros y voluntarios; al cuarto, mi jefe, Carlic, me llamó para que fuera a su oficina, que olía a cigarrillo y a café quemado. Nuestra división ocupa un tercer piso en un edificio que perteneció al Correo, antes de que las cartas desaparecieran del mundo. Por eso los colegas llaman a nuestra división, con alguna ironía y algún

resentimiento, la Oficina de Correos. Además de mi jefe, Carlic, éramos tres los oficiales de la división: Lamarque, la única mujer, alta, esquiva y silenciosa; Gálvez, que entraba y salía de tratamiento médico, y que pronto pasaría a retiro, y Souza, en quien convivían, irreconciliables, la juventud y un aire de cansancio, como si la vida lo hubiera vencido antes de empezar la batalla.

Desde que había cambiado a su esposa y madre de sus tres hijos por la nueva señora Carlic, que enseñaba *coaching* existencial, sea lo que sea que eso signifique, mi jefe alternaba el cigarrillo con los ejercicios de respiración. El escritorio era una montaña de papeles a la espera de ser devueltos al archivo. Carlic estaba sentado en su silla, mirando la pared gris: había diplomas y fotografías de viejos camaradas y notas periodísticas sobre triunfos policiales, y un cuadro del general San Martín, en Boulogne-sur-Mer. Carlic tardó unos segundos en abandonar su ensoñación o sus ejercicios de respiración y me miró con alguna sorpresa, como si no supiera qué estaba haciendo yo ahí. Me tendió una carpeta de cartón amarillo manchada con círculos de tazas de café.

—Nebra, meta algo de ropa en un bolso y salga para Bosque Blanco.

—¿Novedades?

—Apareció.

Alescu había aparecido. No hacía falta que dijera que había aparecido muerto, porque no eran nunca las buenas noticias las que me impulsaban a viajar.

—El cuerpo está en camino para acá. Se va a cruzar con la ambulancia en la ruta.

—¿Cómo lo mataron?

—Me dicen que lo golpearon en la cabeza. Mañana temprano le hacen la autopsia. Vaya rápido y encuentre al culpable antes de que lo encuentre Valeri.

Había oído hablar de Gabriel Valeri, que estaba a cargo de la seccional de Bosque Blanco, en todos los tonos posibles en que se puede hablar de un policía: su nombre pronunciado con orgullo, con vergüenza, con amargura. Pero lo más común es que se mencionara su nombre entre signos de interrogación, como si uno no recordara bien de quién se trataba. Mi padre, en cambio, siempre hablaba de Valeri con énfasis, decía que era el único policía verdadero que tenía la provincia.

Carlic apartó un segundo la vista de la pared para mirarme:

—A Valeri están a punto de darle la extremaunción. Apenas la fiscal Planas, de Bariloche, lo acuse de homicidio, lo suspendemos. Y no queremos suspender a alguien coronado de laureles por haber encontrado al asesino. ¿Me entiende, Nebra?

El subcomisario Gabriel Valeri, de pasado heroico, presente gris y futuro negro, había sido enviado a Bosque Blanco como a una especie de destierro que le impidiera meterse en problemas hasta que llegara el momento de su retiro. Pero los problemas son tenaces y terminaron por encontrarlo. Se había endeudado con gente de Bariloche, y, según se decía, después de insistentes llamados habían enviado a dos hombres a cobrarle. Uno era un sargento exonerado de la fuerza, el otro un adicto muy joven y con causas menores. Los encontraron en un camino solitario, cubiertos de ceniza. La camioneta apareció a kilómetros de distancia. Cerca de los cadáveres, un caballo muerto, atropellado por algún camión, daba a la escena un aire de pesadilla.

—¿Por qué se ha demorado tanto la acusación contra Valeri? —pregunté.

—Porque es un policía competente. Sabe borrar sus huellas.

—Si hubiera sido un poco más competente los habría matado antes del límite provincial.

—¿Para que lo ayudaran sus antiguos méritos? ¿Algún juez amigo? Son dos muertos. Es demasiado. Valeri está perdido, e igual

habría estado perdido si hubieran encontrado a los muertos de este lado del límite.

—¿Voy solo?

—Sí. Souza está haciendo un curso en Buenos Aires, a Lamarque la mandé al sur de la provincia, para ver qué pasó con ese minero muerto, y Gálvez tiene parte de enfermo. Hay una única fiscalía en Bosque Blanco, una Unidad Fiscal Única, como la llaman ahora. Son solo cinco personas y están desbordados, así que le dejarán las manos libres. Hay un fiscal adjunto, un tal —miró un nombre anotado en un papel— Sirio… al que trasladaron ahí contra su voluntad. La fiscal jefe se está por jubilar y está de vacaciones. En Grecia, me dijeron.

—Avise que voy.

—Ya avisé, hasta tiene reservado un cuarto en el Hotel Olsen. Los hijos de puta no tienen un solo turista pero mantienen los precios como en temporada alta. Pase por la administración así arregla los viáticos. No le van a transferir todo, pero al menos le alcanzará para un par de días. Después vemos lo demás.

—¿Por cuánto tiempo voy?

—Hasta que se solucione.

—¿La investigación por el crimen?

—El asunto de Valeri.

—¿Para qué me envía? ¿Para que encuentre al culpable o para que no lo encuentre Valeri?

—Apúrese a hacer el equipaje, Nebra. No se olvide el gorro y la bufanda.

Cuando llegué a casa no había nadie. Los chicos estaban en la escuela, uno en jardín y el otro en primer grado, y mi mujer en la inmobiliaria donde trabajaba. Me senté en el comedor diario y le di una leída ligera al informe preliminar: un chileno, de apellido Matus, había encontrado el cuerpo. Se ocupaba del mantenimiento del hotel, y lo visitaba cada semana. Apenas dio unos pasos por el jardín

de ceniza, Matus dio con el cadáver de Alescu, al pie de la estatua de un ciervo. ¿Cuántas veces había leído informes semejantes? A veces funcionaban como una profecía, y la verdad del caso estaba cifrada en algún párrafo confuso, que luego había que iluminar. Otras veces, la investigación consistía en una lenta corrección, hasta llenar todo de acotaciones y tachaduras, y la verdad se alcanzaba cuando el informe quedaba anulado por completo.

Me hice un sándwich de atún y tomate para el camino y saqué una botellita de agua del freezer. Bajé de lo alto del ropero un bolso color acero. Era viejo y tenía roto uno de los cierres, pero me gustaba, por cábala, usar el bolso de siempre. Metí algo de ropa; deliberadamente puse lo mínimo indispensable, para que sirviera de auspicio para un pronto regreso. Temía que, de ser muy previsor, eso convenciera al destino de prolongar mi estadía. Dejé el bolso en el asiento trasero. Unos días atrás había pasado la silla de seguridad del menor al auto de mi mujer, pero habían quedado señales de los chicos: un Batman al que le faltaba un brazo y un Buzz Lightyear, además de papeles de golosinas y galletitas aplastadas.

DOS

Llené el tanque antes de salir, para no tener que cargar en el camino. Hice los cuatrocientos y pico de kilómetros sin detenerme, y así llegar cuando todavía hubiera luz. Las estaciones de radio se perdían, aparecía una nueva, por unos pocos kilómetros, y se deshacía entre ráfagas de interferencia. A medida que el hielo se derretía, daba tragos de agua: cuando llegué la botellita estaba vacía. Había otra botella en el receptáculo de mi puerta, pero no recordaba desde cuándo estaba allí. A medida que me acercaba a Bosque Blanco, la ceniza volcánica dejaba de parecer algo pasajero, y se asentaba a los costados del camino con un afán de perduración.

Volví a cargar nafta en la estación de servicio que estaba en la entrada de Bosque Blanco y compré una botella de agua mineral. Me atendió un hombre de mameluco azul. Le pedí instrucciones para llegar al Hotel Koraiken, donde habían encontrado el cuerpo. «El hotel del ciervo», me corrigió. «Todos los conocen como el hotel del ciervo, nadie se acuerda de que se llama Koraiken». Mientras me limpiaba el parabrisas, que tenía una capa considerable de polvo y bichos aplastados, el hombre me explicó que me convenía seguir por la calle principal, hasta salir de Bosque Blanco. Me aconsejó: «Preste atención a los carteles, no confíe en el GPS, que la conexión se interrumpe». El hotel estaba camino al cerro Unzué. Cuando viera la hostería El Molino, debía doblar a la derecha. Puso mala cara cuando le pedí un recibo, pero para compensar le di una generosa propina. Guardé el recibo en un sobre de plástico transparente. Era

la peor parte de los viajes por trabajo: el momento final en que debía organizar el caos de papelitos, borrosos e indescifrables, y hacer con ellos una rendición de cuentas. A la jefa de administración poco le importaba si habíamos resuelto un caso y atrapado a un feroz asesino: solo prestaba atención a que no faltara ningún comprobante.

Hacía once meses que el volcán chileno había despertado. La primera erupción levantó una columna de ceniza de diez kilómetros de altura. El viento, que soplaba hacia el sudeste, llevó muy pronto el manto de ceniza y piedra pómez a Bosque Blanco, que estaba a solo cuarenta kilómetros del volcán. Las siguientes erupciones dejaron polvo en el aire, una nube de ceniza que impedía que los aviones volaran con seguridad. Los aeropuertos de la zona intentaron volver a la actividad, pero hubo una sucesión de demoras y vuelos cancelados y, al final, las pistas quedaron vacías.

Siguiendo las indicaciones que me habían dado en la estación de servicio, recorrí la calle principal: tres hoteles, un supermercado, un par de restaurantes, el desangelado edificio de la municipalidad. Todavía había gente que usaba barbijo, como en los primeros días después de la erupción. Se habían habituado a ir por la vida enmascarados. Luego las casas se hacían esporádicas y abundaban los carteles que decían EN VENTA. Al pasar junto a la hostería El Molino, que mostraba en el frente un ruinoso molino de madera con una de las aspas casi desprendida, doblé a la derecha.

Escoltado por alerces que sombreaban el camino, llegué hasta el Hotel Koraiken: un edificio de cuatro pisos, construido, según el informe que me habían pasado, entre fines de 1927 y principios de 1929. Mostraba señales de deterioro en las tablas sueltas de las celosías, en los cables cortados que colgaban, en los agujeros en el revoque, en las tejas grises que faltaban y que la ceniza no lograba disimular. Esas señales de deterioro acentuaban el antiguo señorío del edificio, porque solo a través de la turbia lente del tiempo

advertimos el esplendor. Cerca de la puerta se veían las huellas de los autos en la ceniza, pero ahora había quedado solo una camioneta de la policía local, una Chevrolet con una abolladura en el lado derecho. Bajé del coche. Apenas me vio, una policía de uniforme, el pelo negro sostenido en una trenza, se acercó, ya preparando el gesto para echarme. Calculé que tendría unos treinta años. A pesar de las horas que debía haber pasado allí, lucía impecable, como en las publicidades que hacía la policía en la televisión para incorporar personal a sus filas.

—Soy el comisario Nebra. Conrado Nebra.

—Sargento Mayra Santelmo, comisario. Lo esperábamos mañana.

—¿Me iba a echar?

—Pensaba que era un periodista de afuera. No estamos acostumbrados a sacos y corbatas.

—¿Está sola?

—Está también el subcomisario Valeri.

—¿Dónde?

—Dentro del hotel, señor.

Al responder, Santelmo había bajado la vista.

—¿Qué hace ahí?

Se encogió de hombros, involuntariamente.

—No sé. Estará recorriendo los cuartos. Buscando pistas.

Le pedí que me señalara el lugar del cuerpo. Me guio por el jardín hasta una estatua de bronce: un ciervo encaramado en una loma. Al leer el informe, había imaginado que la estatua era pequeña. La realidad suele corregir nuestras proyecciones achicando el tamaño de las cosas y apagando sus colores, como si fuéramos niños al imaginar y adultos al ver. Pero aquí era al revés: el ciervo, majestuoso, levantaba la cabeza y bramaba, llamando a sus compañeros de especie. La estatua llevaba al pie la firma de su autor, un tal Le Duc, y había sido seguramente forjada en Francia, en

los tiempos en que las estatuas de animales se habían puesto de moda, y panteras y leones y ciervos invadían plazas y jardines. Pensé en el laborioso proceso que había llevado al bronce a aquella criatura, con sus cuernos de doce puntas como un candelabro sin luz; el largo viaje por tierra y por mar y de nuevo por tierra, desde un taller de fundición en algún lugar de Francia hasta ese hotel abandonado.

Habían tendido un cerco de estacas y cuerdas alrededor de la estatua, para preservar la escena del crimen. Seguramente lo habían hecho a último momento, cuando ya todo el mundo había pisado el terreno que rodeaba al ciervo de bronce.

—¿Usted estaba aquí cuando retiraron el cadáver?

—Sí, estuve todo el día.

—¿Algo que le llamara la atención?

—Lo mataron a golpes. Fractura craneal. Lo atacaron desde atrás.

—¿Un robo?

—Puede ser. La billetera estaba en el bolsillo. Tenía las tarjetas y los documentos, pero nada de plata.

—El chileno que encontró el cuerpo…

—Matus.

—¿… tenía antecedentes?

—No.

Me agaché sobre la zona custodiada por estacas. La ceniza había tragado la sangre.

—¿Lo mataron ahí?

—A unos pasos. Después el asesino lo arrastró para dejarlo al lado de la estatua. Al menos, eso dijo el doctor Rossi.

—¿El forense?

—No es forense. Es un médico clínico que a veces nos da una mano.

Habían marcado con un improvisado banderín el lugar donde había ocurrido el asesinato, a pocos pasos de la estatua. Cerca de ahí había un ínfimo manojo de plumas grises y amarillas que asomaba de la ceniza.

—Un pajarito muerto —dije.

—Un zorzal patagónico. Hubo una tormenta días antes de la desaparición de Alescu, y las tormentas cosechan pajaritos. Ah, me olvidaba: encontramos en el bolsillo del muerto un sobre con una flor.

—¿Una carta?

—No, solamente la flor. Estaba seca, como si la hubieran guardado dentro de un libro.

Recordé que mi madre tenía la costumbre de guardar flores dentro de los libros. Me entristecía encontrar esas ilustraciones quebradizas, pálido simulacro de la flor original. Después de la muerte de mi madre, cuando me llevé de su casa sus libros, porque a mi padre no le interesaban y quería sacarlos a la calle, seguía encontrando ese mensaje secreto hecho de flores prensadas.

—¿Matus es el único que cuida el hotel?

—Sí. La inmobiliaria Duncan le paga para que venga una vez por semana, más o menos. Hace un mantenimiento mínimo. Cuando baja mucho la temperatura deja abiertas las canillas, apenas un chorrito, para que el agua congelada no rompa los caños. Este hombre es el que nos dio las llaves.

—Si ya recogieron pruebas, puede volver a la comisaría, Santelmo.

—¿No quiere que cuide el lugar?

—No, no hace falta.

Vaciló un poco en partir, porque estaba acostumbrada a obedecer a Valeri y ahora era yo el que daba las órdenes.

—¿Usted lo lleva de vuelta a Valeri? Vinimos en un solo vehículo.

—Yo lo llevo, no se preocupe.

—En ese caso… —me sonrió con timidez— hace horas que no pruebo bocado.

Envidié a la sargento Santelmo, yo también hubiera querido ir a comer algo en vez de marchar al encuentro de Valeri.

TRES

La puerta estaba abierta. El gran *hall* del hotel me recibió con sus tres cabezas de ciervos. Por las rendijas de las celosías entraban renglones de luz. Un enorme hogar revestido en granito rojo. Sillones cubiertos con sábanas remendadas. La conserjería de madera oscura. Las llaves de las habitaciones colgaban en sus casilleros. No había señales de Valeri, excepto las huellas de pisadas que llevaban hacia la escalera. Una melodía repetitiva y torpe llegaba desde arriba.

Subí por la majestuosa escalera de roble. En las paredes, cuadros de paisajes, las montañas blancas contra el cielo azul, y fotos en blanco y negro de los primeros tiempos del hotel. Las mujeres con vestido largo. Los hombres de traje y corbata o de etiqueta. Una orquesta de violines, un hombre de blanco al piano. Fantasmas. Llegué a un gran salón, las paredes empapeladas de amarillo, el piso cubierto de polvo. En el centro de la sala había un piano de cola. Con un dedo, Valeri tocaba «Oh! Susana», o algo parecido a «Oh! Susana». Llevaba uniforme.

Lo reconocí porque había visto su cara muchas veces en los diarios, cuando Valeri había resuelto el caso de aquel niño desaparecido. A lo largo de los meses, cuando ya todos se habían olvidado del chico, Valeri había seguido investigando. El padre era jugador y estafador de poca monta y pedía prestado a gente a la que no era buena idea deberle dinero. La investigación se había centrado en las grandes sumas que debía el padre, pero él, Valeri, experto en

deudas por experiencia propia, sabía que la deuda más grande no era la más peligrosa. Se podían hacer las mismas atrocidades por un millón de dólares que por cien pesos. Como lo habían relevado del caso, Valeri usaba su tiempo libre para rastrear cada una de las deudas mínimas que habían sido desechadas por los investigadores. Así llegó una tarde hasta una casa en las afueras de la capital de la provincia. Le abrió la puerta una mujer con el labio partido y la cara amoratada por los golpes. No hizo falta que él le preguntara nada. Ella le dijo que lo estaba esperando, que lo había esperado durante meses, y le señaló un terreno en el fondo y le dijo que ahí estaba enterrado el chico que buscaba. Valeri buscó una pala y empezó a cavar. Al rato llegó el marido y no le pareció buena idea que el policía estuviera cavando en su propia casa. Lo atacó con lo primero que encontró, un cuchillo Tramontina. Valeri se defendió con la pala. El borde oxidado cortó la garganta del hombre, que se desangró antes de que llegara la ambulancia. Valeri recibió una medalla y lo entrevistaron de los diarios y salió en la televisión, y todos hablaban de él como el policía loco y solitario que sigue hasta el fondo los casos olvidados. Pero después su fama de jugador derrumbó su carrera, y su estrella se apagó. Le dieron el traslado a Bosque Blanco, que era lo mismo que darle un certificado de invisibilidad. Cuando poco después de la erupción del volcán una patrulla de gendarmería halló aquellos dos cuerpos al borde de un camino rural, el nombre de Valeri volvió a salir en los diarios, pero la palabra «héroe» ya no estaba ahí. Nuestros héroes no son como los antiguos. Nuestros héroes tienen fecha de vencimiento.

Ahora Valeri llevaba puestas unas antiparras amarillas de soldador. Se había dejado un bigote donde empezaban a aparecer las canas. La gorra azul estaba sobre el piano.

—Soy el comisario Nebra.

—Ah, sí. Conrado Nebra. El enviado de la Oficina de Correos. El que mandaron para limpiar mi escritorio. Le voy a ahorrar el trabajo y

hoy mismo vacío mis cajones.

La voz áspera, gastada.

—No me interesan sus cajones. No vine para reemplazarlo. Vine para ayudar.

—Cree que no podemos solos.

—En la jefatura piensan que no es buen momento para que un crimen así quede sin resolver.

—Al contrario, es el mejor momento. La gente está metida en sus problemas: las ovejas muertas, los cultivos arruinados, la falta de turistas. Caminan como sonámbulos. ¿Los ha visto? El crimen los distrae. Se olvidan un poco de sus propios problemas. Y dicen: estoy mal, pero Alescu está peor. En cuanto aparezca el asesino, el interés se apaga. Pero mientras tanto… ¿Cómo está su padre, Nebra?

—¿Lo conoce?

—De oídas.

—Está bien. Juega al golf. Últimamente se le ha dado por cuidar las plantas.

—También lo conocía a usted, de oídas. Estudió con los salesianos. Felizmente casado, dos hijos. Además de oficial de policía se recibió de abogado, ¿no? Cada vez que trabaja en un caso, en el diario repasan sus antecedentes.

—¿Había huellas de Alescu en el hotel?

—No, pero pedí las llaves para revisar un poco.

Valeri se acomodó las antiparras. Previendo una pregunta, dijo:

—La ceniza irrita mis córneas.

—¿Se hizo ver por un oculista?

—¿Quiere darme una baja médica?

—Si quisiera darle una baja médica, no lo mandaría al oculista. Hay otros causales médicos que funcionarían mejor.

—Veo que estuvo leyendo mi expediente.

—No. Yo también leo los diarios.

Valeri se puso de pie y caminó hacia mí. Lo había imaginado alto, pero era más bien bajo y robusto.

—Usted sabe que me llegó mi hora y yo lo sé también. ¿Le dieron un formulario para mí? ¿Dónde hay que firmar?

—Vine por este crimen, no por usted. Espero que podamos trabajar juntos.

—Solo espero que me deje las manos libres durante una semana. Quiero irme con este caso resuelto.

Hubo un ruido en alguna parte. Pisos que crujían, una ventana abierta, el viento.

—Lo vamos a resolver entre todos.

—Claro, trabajo de equipo, espíritu de cuerpo y esas cosas. En mi limitada experiencia, las cosas se resuelven cuando alguien está dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias.

—No lo veo tratando de llegar a las últimas consecuencias. Lo veo descansando en un hotel vacío.

—No descansaba. Pensaba.

—Pensaba…

—A pesar de que soy policía, a veces pienso.

Valeri fue hasta la ventana y miró hacia abajo. Desde allí se veía la estatua del ciervo.

—¿Conocía a la víctima?

—Acá todos nos conocemos, aunque sea de vista.

—La esposa… ¿cómo se llama…?

—Emilia Alescu. Emilia Arias de Alescu.

—¿Le avisaron?

—Yo le avisé. Soy el encargado de las malas noticias. No le di detalles, porque no me los pidió.

—Vamos a conversar con ella.

—¿Juntos? ¿Usted y yo?

—Le va a venir bien ver una cara familiar.

Valeri se sacó las antiparras y giró hacia mí. Los ojos eran dos vidrios rojos.

—A nadie le viene bien ver mi cara, comisario.

CUATRO

La señora Alescu limpiaba enseres de cobre. Sobre la mesa había una jarrita para hacer chocolate y varias miniaturas de adorno, cacerolas y sartenes de una casa de duendes. Con aire concentrado, les pasaba una capa de líquido blanco, esperaba que se secara y luego frotaba con una gamuza. Conseguía brillo, pero ese brillo no la conformaba.

Yo me había sentado junto a ella, en la mesa del comedor. Valeri se había quedado de pie. Seguía con las antiparras puestas. La casa era grande y, sin embargo, sus habitantes habían logrado llenar cada pared con cuadros y tapices y vitrinas, sin dejar un solo espacio en blanco. Máscaras venecianas, vasijas griegas, estampas japonesas. Vagamente sentí que había un contraste entre la abundancia de objetos y la ausencia de Alescu, como si las cosas tuvieran la obligación de desaparecer con la muerte de su dueño.

Emilia Alescu vestía un pulóver grueso, púrpura, que parecía recién comprado, y llevaba un poco de maquillaje. Sabía que la muerte de su marido la arrastraría a una cierta vida pública, que a Valeri y a mí nos tocaba inaugurar. Era una mujer elegante para vestir y también para mostrar sus emociones. Fue ella la que preguntó primero.

—¿Se sabe con qué lo mataron?

—Lo golpearon en la cabeza. Murió de inmediato.

No sabía si era cierto, pero me pareció mejor no aventurar que tal vez había quedado tendido, inconsciente, y que el paso de las horas

y el frío de la noche lo habían matado. Los policías estamos obligados a presentar una visión provisoria y borrosa de las cosas, como si viéramos todo desde lejos.

—¿Dónde lo encontraron?

—En los terrenos del Hotel Koraiken, que está cerrado.

—¿Lo mataron para robarle?

—No sabemos. Tenía la billetera en el bolsillo, pero estaba vacía. ¿Solía salir sin plata?

—En la billetera siempre llevaba algo de plata. Además tenía un billete de veinte dólares. Lo había encontrado en la calle, en un viaje a Nueva York. Decía que le daba suerte.

—Sus documentos están en la comisaría. Mañana se los vamos a devolver.

—Para lo que me sirven…

—No tenía su celular —dijo Valeri.

—Salió con el teléfono, estoy segura. Un celular que mi hijo le trajo de Estados Unidos. Voy a buscar un vaso de agua…

—Voy yo —se ofreció Valeri. Imaginé que aprovecharía para dar una mirada a la cocina. Las cuentas que se acumulan en algún rincón, el resumen de la tarjeta de crédito. También los papelitos pegados con imanes a la heladera, que suelen ser una enciclopedia de la vida familiar.

—Hay agua mineral en la heladera. Con esto de la ceniza, desconfío del agua de la canilla.

—¿Cuántos hijos tiene, señora? —pregunté.

—Un hijo, Fernando. Es ingeniero, como mi marido. Vive en Atlanta, en Estados Unidos. Hoy a la tarde sale para Buenos Aires. De ahí va a volar a Bahía Blanca o a Viedma.

Valeri habló desde la cocina:

—Aeropuerto de Bahía Blanca: cerrado. Viedma: cerrado.

La mujer se movió intranquila.

—Gracias, Valeri, por sus conocimientos sobre tráfico aéreo —dije—. Estoy seguro de que su hijo encontrará la forma de llegar.

Valeri apareció con una botella de agua mineral y tres vasos de vidrio, decorados con círculos verdes y amarillos. Sirvió los vasos, sacó una pastilla de un blíster metalizado y la tragó. Se había sacado las antiparras. Hubiera preferido que se las volviera a poner, para no soportar sus ojos inyectados en sangre.

—¿No tenía su marido algún tipo de rivalidad comercial? —pregunté.

—Antes tenía una empresa constructora. Tuvo los problemas que tiene todo el mundo. Conflictos con los arquitectos, que siempre vienen con alguna idea extravagante; con las inmobiliarias, que quieren cobrar fortunas por no hacer nada; con los gremios, que aparecen y desaparecen como por arte de magia. Vendió su parte hace cinco años. Vivimos de nuestras jubilaciones y de rentas. Tenemos cinco cabañas cerca del lago.

—¿Algún problema con las cabañas?

—Hubo un problema por los límites de terreno con un hombre que vive ahí. Se llama Tau. Una de nuestras cabañas está muy cerca de una casita suya, un lugar mugriento donde antes vivía un casero.

Saqué mi libreta de hojas cuadriculadas y tapa azul.

—Tau. ¿El nombre?

—Silvio Tau.

—¿Usted lo conoce, Valeri?

—Es un pequeño productor. Tiene algunas ovejas, una plantación de frutillas y unos panales. Juego al dominó con él todos los jueves.

—¿Al dominó? —pregunté.

—Sí. ¿Tiene algo de malo?

—Tau es un viejo loco —intervino la mujer.

—¿Agredió a su marido alguna vez?

—Le rompió el parabrisas de un piedrazo hará cosa de cuatro meses. No tenemos pruebas, pero Rafael, mi marido, sospechaba de

él. Mi marido había ido a hacer unos arreglos a la cabaña que está cerca de su casa, y mientras estaba revisando la instalación eléctrica, oyó el piedrazo.

—¿Su marido siempre salía a caminar?

—Todas las mañanas, bien temprano.

—¿Usted lo acompañaba?

—No, nunca.

—¿Algún amigo?

—Nadie.

—¿Le comentaba si se encontraba con alguien en el camino?

—Siempre se encontraba con conocidos. En tiempos normales, quiero decir sin ceniza, es mucha la gente que anda en bicicleta, que sale a caminar, que corre… ¿O usted quiere preguntarme si se veía con alguna mujer? La respuesta es no.

—¿Quiere preguntar algo, Valeri?

—Confío en su sapiencia, comisario.

—¿Hacía algún camino fijo?

—No lo sé. Que iba al lago, seguro, pero no sé qué dirección tomaba después. El cardiólogo le había recomendado que hiciera una caminata diaria y él obedecía. Para lo que le sirvió…

—¿Problemas de salud?

—Era probable que tuvieran que hacerle un *bypass* a corto plazo y seguía fumando. A escondidas. El médico, un cardiólogo de Bariloche, amenazó con dejar de atenderlo si él seguía con el cigarrillo. Yo le tiraba los paquetes de cigarrillos en cuanto los descubría, pero sé que él aprovechaba a fumar cuando salía a caminar.

—¿Le habló alguna vez del Hotel Koraiken?

—No. Está un poco lejos de casa. El médico le dijo que caminara pero sin exagerar. A veces se quedaba sin aire. Se ponía a recordar con tristeza sus tiempos de cazador.

—¿Cazaba solo?

—No, con amigos. Con Argés, el dueño de la farmacia Argés. Yo lo conocí antes que mi marido. Los dos enseñábamos en el mismo colegio secundario, en el Guillermo Enrique Hudson. Yo soy profesora de inglés.

—¿Con alguien más?

—Con Olsen, el dueño del Hotel Olsen. Alguna vez salió con los hermanos Ferrol, los dueños de la ferretería.

Valeri preguntó por primera vez:

—¿Por qué dejó de cazar su esposo?

—No lo sé. Un día guardó su rifle y no lo volvió a tocar. «La caza se terminó», dijo.

—¿Cuándo fue?

—Un poco después de que empezara a caer la ceniza. Al principio había mucho miedo. La gente se iba, era triste ver los autos con el portaequipaje lleno de cosas. Parecía una de esas fotos que se ven de la India, con los autos convertidos en torres.

—¿Tiene el rifle por acá? —preguntó Valeri.

—No, lo vendió enseguida. Creo que me quiso demostrar que lo de dejar la caza iba en serio.

—¿Era su único rifle?

—Sí. Valeri, ¿por qué me pregunta por rifles y por la caza?

—Si había salido con algún arma, y el asesino se la robó, es mejor saberlo.

Preferí dejar atrás la caza:

—Su marido tenía en el bolsillo un sobre con una flor.

—Qué raro.

—¿Le interesaban las flores?

—No.

—¿Leía libros? Esa flor parecía haber sido conservada entre las páginas de un libro.

—Leía el diario. Algún libro de historia o biografías. No le gustaban las novelas. Quería leer cosas que fueran verdad. Hace

poco terminó una biografía de Albert Speer, el arquitecto de Hitler.

—¿Guardaba flores entre los libros?

—No, por supuesto que no… Era un poco maniático, nunca doblaba las páginas, como hago yo, ni dejaba papelitos. Tenía un señalador de plata con sus iniciales.

—¿Y usted? ¿Guarda flores en los libros?

—No. Antes compraba más libros, cuando íbamos a Bariloche. Ahora saco muchos de la biblioteca. Bueno, no es que tengan gran cosa.

Ya estábamos en la puerta cuando le pregunté:

—¿Por qué cree que su marido dejó de cazar?

—Cerraron la temporada de caza, porque había menos ciervos colorados por efecto de la ceniza.

—Muchos cazan igual, aunque esté prohibido —dijo Valeri.

—Para mí fue bueno que dejara de cazar y que se deshiciera del rifle. Nunca me gustó que matara ciervos. Perdices o patos, no me hubiera molestado. Pero el ciervo es un animal que te mira, un animal que comprende…

—La última vez que salió a cazar, ¿tuvo suerte? —pregunté.

—No. Vino furioso, con las manos vacías. Estuvo tres días sin dirigirme la palabra, como si la culpa de que no cazara nada la tuviera yo.

CINCO

Pasé por la fiscalía, para presentarme ante el fiscal adjunto. Afuera, un cartel de madera: Juzgado en todos los fueros, Defensoría, Fiscalía, Gabinete interdisciplinario… En la sala de espera no había un sitio libre donde sentarse. Miré por un segundo las caras, que mostraban esa indiferencia de los que están entregados a la maldición de la espera. Era tarde, ya debían estar por cerrar, nadie los recibiría. Detrás de un escritorio, una mujer de lentes. Le dije quién era y a quién buscaba.

—El doctor Sirio viajó a la capital de la provincia —me dijo. No sabía o no quiso decirme cuándo volvería. Le dejé mi tarjeta y la miró durante un segundo, como si quisiera simular que le daba alguna importancia, y luego la dejó caer en un cajón del escritorio.

La comisaría estaba a tres cuadras de la fiscalía. Era un chalet con techo a dos aguas. A los lados le habían adosado dos cuerpos más. Junto a la puerta, un mástil; a la izquierda la entrada al estacionamiento. Las ventanas, cubiertas con cortinas amarillas, no tenían rejas, lo que probaba que Bosque Blanco era un sitio mucho más tranquilo que la capital de la provincia. La sargento Santelmo me recibió en la entrada. Le pedí que me encontrara un lugar donde pudiera trabajar y me llevó a un cubículo sin ventanas, con un escritorio metálico.

—Lindo lugar.

—Es lo único que hay libre. Pero si el subcomisario Valeri le deja su despacho…

—No vine a desplazar a Valeri. Vengo a ayudarlo y no quiero su oficina.

Luego me guio hacia una sala que olía a líquido para pisos con unos grandes muebles archivadores. Había un estante con algunos libros polvorientos: un manual de criminología forense, una vieja guía telefónica, una guía turística de la ciudad, una Biblia de tapas color bordó.

—Creo que me voy a acomodar acá. La decoración no es maravillosa, pero por lo menos hay una ventana.

En la pared, una plancha de corcho con fotos y papelitos sostenidos por chinches. Autos volcados al borde del camino, huellas de sangre en una bañadera, una tijera de esquilar también ensangrentada, individuos hoscos que miraban a la cámara, con la mirada abúlica de los criminales. La plancha de corcho era un cementerio de urgencias. ¿Por qué dejaban esas fotos ahí? Tal vez eran un recordatorio de que habían tenido en un tiempo remoto días agitados. Gracias a esas fotografías de antiguas violencias se olvidaban de que trabajaban en una comisaría de un pueblo turístico, donde nunca pasaba nada. Todos necesitamos un poco de leyenda.

Sobre una mesa de fórmica blanca me esperaban en bolsitas transparentes las pertenencias del muerto. Las examiné con cuidado y alguna tristeza. Llaves, anteojos de leer de un modelo anticuado, una birome Bic cristal, la billetera con los documentos, una navaja suiza de varios usos, una linterna. Miré con una lupa la flor prensada, como si en los pétalos transparentes estuviera el secreto último. Cuando entró Valeri, le pregunté:

—¿Sabe de qué especie es?

Valeri se encogió de hombros. Pero la sargento Santelmo se apuró a decir.

—Es una amapola.

El subcomisario tomó la flor y la miró a trasluz:

—Una amapola para el comisario Nebra, que es de la vieja escuela. Tal vez encontremos una cajita de fósforos, una servilleta manchada de lápiz labial, o la esquina inferior izquierda de una carta escrita a mano y perfumada. Nada de causas económicas, nada de un encuentro azaroso con una de estas bestias que van cambiando de trabajo y de ciudad, y que un día matan sin poder saber por qué. El comisario Nebra quiere construir un delicado rompecabezas de símbolos.

—Ya que está de buen humor, acompáñeme a ver a ese Tau. Si voy solo me voy a perder.

—Vamos mejor mañana. Cuando lleguemos, ya será de noche, y ese viejo loco nos va a saludar con escopetazos.

—Pero a usted lo conoce, juegan al dominó.

—Me conoce en la luz, no en la oscuridad. Siempre está esperando ataques de enemigos imprecisos. Tiene a mano una escopeta doble caño.

Sobre la mesa había también una colilla de cigarrillo, que habían encontrado cerca del cadáver.

—Valeri, la señora Alescu nos dijo que su esposo aprovechaba sus paseos para fumar.

—Sí. Probablemente esa colilla sea suya, no del asesino.

—Pero no encontraron un atado en los bolsillos.

—No. Ni fósforos ni encendedor. Estamos ante alguien peligroso: no solo mata, sino que además es capaz de robar los cigarrillos.

—¿En qué se movía Alescu? —pregunté.

—En una Amarok que compró el año pasado —respondió Valeri.

—¿La revisaron?

—Yo mismo la revisé. Encontré un paquete de cigarrillos bien escondidos debajo del asiento y un par de cedés, nada más. Creedence Clearwater Revival y algún otro.

Un hombre mayor, alto, encorvado, de lentes, entró en la sala. En realidad no advertí su entrada, sino que de repente lo tuve ante mí,

como una aparición. Llevaba un gastado traje negro, con una corbata azul de nudo fino, y encima una campera no menos gastada. Valeri me lo presentó —«El doctor Rossi, médico clínico y ángel de la guarda de todos nosotros»— y le tendí la mano. Sostuve por un momento esa mano fría y nudosa. Le habló a Valeri sin dejar de mirarme.

—Le traje el certificado de defunción, Valeri.

—Gracias, doctor. ¿Qué puso en la causa de la muerte?

—Contusión craneal provocada por un objeto contundente, pero aclaré que está en investigación y que era provisorio. Después de la autopsia se verá. Yo no soy forense. ¿Sabe si ya están trabajando?

Hizo un dibujo en el aire con un bisturí imaginario: la y griega de las autopsias.

—Mañana a las ocho.

—Déjeme leer después el informe. Me gustaría saber si coincide con mis presunciones.

—Por supuesto —dijo Valeri—. Cada uno se divierte a su manera. Adelánteme alguna de esas presunciones, doctor.

—El asesino es diestro.

—Lástima. Todo el mundo es diestro, hasta los zurdos, que se acostumbran a usar la derecha para no desentonar.

—¿Hubo algo más que le llamara la atención, doctor? —pregunté.

—Estaba cubierto de ceniza. Pero no ha caído tanta en los últimos días. Es como si el asesino o los asesinos hubieran querido taparlo. Como si se avergonzaran de lo que hicieron. Además lo arrastraron un metro o poco más, hasta el ciervo. Me di cuenta por la sangre. Un gran esfuerzo, porque Alescu debía pesar más de noventa kilos.

—Otra pista para usted, Nebra —dijo Valeri—. La estatua del ciervo. Otra pieza para su rompecabezas.

—Si fue una persona sola, no pudo haber sido una mujer, ni un hombre de contextura muy frágil —opinó Rossi.

Enseguida se acercó a Valeri, con aire confidencial:

—¿Cómo anda su asunto? La cosa mejoró, ¿no?

—No, doctor, todo empeora, todo tiende a empeorar en el universo —le respondió Valeri. El hombre encorvado se dio cuenta de que había preguntado algo inconveniente y desapareció de nuestra vista como por arte de magia.

—El doctor Rossi nos da una mano en todo lo que puede —me dijo Valeri—. A falta de forense…

—Parece bastante mayor. ¿Ochenta?

—Unos cuantos más.

—¿No está jubilado?

—Pero sigue trabajando. Si deja de trabajar se muere.

—¿Trabaja en algún hospital?

—Aquí solo tenemos una pequeña clínica, la Clínica Sobral, pero Rossi no trabaja allí. Solo hace consultas privadas. Es uno de los pocos nacidos en Bosque Blanco. De joven se fue a estudiar a La Plata, pero después volvió y abrió una consulta. Antes se movía mucho con su auto, para atender pacientes en alguna estancia o en algún caserío, ahora ya casi no sale. Se hace el distraído, pero se entera de todo lo que pasa en Bosque Blanco.

SEIS

En la oficina diminuta me esperaba Pedro Matus, el hombre que había encontrado el cuerpo. Se había arreglado y peinado para venir a la comisaría, como si fuera una ceremonia. La gomina le daba un aire anticuado, que su corbata confirmaba. Según el informe tenía cuarenta y cinco años. Le pregunté los datos de rigor: nombre, edad, nacionalidad…

—Chileno. Mi padre era pescador en Puerto Montt. Me vine a los veinte años.

—¿A qué se dedica, señor Matus?

—Hago trabajos de albañilería y plomería. Algo de pintura también.

—En esta época debe haber trabajo… en un año normal, quiero decir.

—Cuando se acerca la temporada de invierno hay mucho trabajo, sobre todo por los hoteles y las cabañas en alquiler. Siempre se rompe algo, durante los meses en que están deshabitadas. Mayo, junio, se trabaja muy bien. Octubre, noviembre y diciembre, también.

—Cuéntenos qué estaba haciendo en el hotel.

—Una vez por semana voy a ver cómo anda todo. A veces dos, si nevó mucho o si llovió.

—¿Qué tiene que hacer en el hotel?

—Distintas cosas, según la época del año. Lo primero que hago es encender la caldera. Controlo que no haya ninguna pérdida grande en las cañerías. A veces tengo que sacar nidos de pájaros de

los tubos de ventilación de las estufas. Saco las hojas, las agujas de pino y la ceniza que se junta en los desagües. Si se acumuló mucha ceniza, hay que sacarla, sobre todo en el techo que está en el lado sur, que ya tuvo problemas. Echo sal en los inodoros…

—¿Sal?

—Sal gruesa, para que el agua no se congele y rompa la taza y los depósitos. También corto un poco el pasto, de vez en cuando.

—¿Quién lo contrata para el trabajo?

—El señor Duncan, de Duncan Propiedades.

—¿El es el dueño del hotel?

—No, el hotel pertenece a una sociedad anónima. Lo estaban por vender. No cerraron el trato a causa de la ceniza. Todos están esperando para ver cómo sigue la cosa. Pero el hotel estaba cerrado desde antes de que el volcán hiciera erupción.

—¿Daba pérdidas?

—Parece que sí. Es un hotel grande, difícil de mantener. Necesita una dotación mínima de quince personas, más el personal extra que se toma en temporada alta.

—Los dueños contratan a la inmobiliaria y el dueño, Duncan, lo contrata a usted.

—Así es.

—Cuénteme cómo encontró el cuerpo.

—Estacioné la camioneta cerca de la puerta. Antes de entrar, siempre doy una caminata alrededor del hotel, para ver si todo está bien. Cuando me acerqué al ciervo, vi el cuerpo.

—¿Estaba completamente cubierto de ceniza?

—Una mano sobresalía.

—¿Se acercó?

—No. Me metí en la camioneta y llamé a la policía. Me costó encontrar señal. No salí de la camioneta hasta que llegaron.

—¿Conocía al señor Alescu?

—De vista. Cuando desapareció, el nombre no me decía nada, pero cuando vi los carteles con su cara me di cuenta de que me lo cruzaba a menudo en la panadería y en el súper. Hice un arreglo en una de sus cabañas, hace años.

—¿Notó algo raro alrededor del cadáver?

—No. Pero no me quedé a mirar.

—Antes del crimen, ¿hubo algún incidente alrededor del ciervo? ¿Alguien trató de dañarlo, o dejó algún objeto al pie de la estatua?

—No.

—¿Usted fuma, señor Matus?

—No. Nunca fumé.

—¿Recuerda haber visto un atado de cigarrillos cerca del cuerpo?

—No.

Lo dejé marchar. Parecía algo decepcionado de que la conversación hubiera terminado, como si la ceremonia que esperaba estuviera incompleta.

SIETE

El Hotel Olsen estaba a media cuadra de la calle principal, entre una tienda de ropa de esquí y una agencia de excursiones, las dos cerradas por tiempo indeterminado. Todas las llaves colgaban de sus casilleros y susurraban: cuartos vacíos, cuartos vacíos…

La señora Olsen, una mujer rubia, de unos cuarenta y cinco años, dejó de sonreír apenas supo quién era yo. ¿Tal vez habían recibido a otros policías antes y la institución se había demorado en pagar? Tenía los labios pintados de un rojo intenso y entrecerraba los ojos al hablar, por miopía o por alguna estrategia de seducción practicada frente al espejo. En la muñeca llevaba una cinta roja, para prevenir los efluvios de la envidia.

—Sé que su marido era amigo de Alescu.

—No tan amigos. Más conocidos que amigos.

—Pero salían a cazar.

—Puede que se hayan encontrado alguna vez. No me acuerdo. Llene esta ficha.

Me tendió un largo formulario, sediento de datos irrelevantes. Había una birome, atada a un cordel, para que nadie se tomara la libertad de llevársela.

—¿Eran amigos de juventud? —pregunté, mientras anotaba: Conrado Nebra… 43 años… casado…

—Eso no se lo puedo decir. Cuando mi marido era joven, yo no había nacido.

Ese cálculo lo había dictado la nada confiable aritmética de la coquetería, pero, como comprobé después, al conocer a su marido, tenía una parte de verdad. Era más joven que Olsen.

—¿Su marido sigue cazando?

—Sí, en temporada, pero quién sabe cuándo abrirán la temporada. Dicen que a los animales los envenena la ceniza. Para mí que exageran un poco con el miedo a la ceniza. Si no, ya estaríamos todos muertos.

Le mostré la tarjeta de crédito y le pedí que me cobrase tres noches, aunque no sabía cuánto más me quedaría. Su sonrisa no volvió a aparecer.

—Me gustaría conversar con su marido.

—Ahora no está, fue a ver a la hija, que vive en Bariloche, pero mañana podrá verlo. —Me tendió una llave—. Habitación 124.

Subí las escaleras y caminé por el pasillo silencioso. Las luces brillaban, amarillas, y en el fondo una lámpara titilaba. No había puertas que se golpearan, ni aspiradoras, televisores encendidos o voces. Nada de la música habitual de los hoteles. El cuarto tenía una mesa-escritorio y una ventana. Una delgada capa de polvo cubría la mesita de luz y la mesa. No se habían molestado ni en pasarle el plumero a la habitación. Instalé mi *laptop* y la puse a cargar. Me tiré sobre el acolchado de flores amarillas y anaranjadas.

Estaba demasiado cansado para preocuparme por salir a comer algo. Tenía que cumplir con una obligación antes de acostarme. Llamé a casa con la esperanza de que los chicos se hubieran dormido, pero la voz de mi mujer apareció enmarcada por gritos y llantos y el televisor a todo volumen con los doblajes chillones de *Los padrinos mágicos*.

—¿Cuándo vas a volver?

—Acabo de llegar.

—Pero debés tener una idea. Dos días, una semana…

—Lo que tarde en resolver esto.

—¿Y si todo se demora? ¿Y si no agarran al asesino en meses?

—Si pasan más de cinco años, prometo pasar por casa a saludar.

No le gustó que dijera eso y, en venganza, me pasó con el mayor, que presentó sus quejas contra el menor, acusándolo de haber roto el brazo de un Spiderman. Luego el celular fue arrebatado por el menor, que declaró su inocencia. El muñeco se había caído de la mesa, pero él no había tenido nada que ver. En algún momento el celular fue a parar al suelo y oí cómo se echaban mutuamente la culpa por la caída. Era evidente que mi esposa ya se había alejado de la conversación. Las voces en el televisor seguían gritando, como un coro que acompañaba la pelea de mis hijos. Corté. No me necesitaban. Podían seguir peleando sin mi ayuda.

OCHO

No había nadie en el pequeño salón comedor, pero la señora Olsen me había dejado un termo de café, otro de leche, y tostadas, manteca y platitos con mermelada de arándanos.

—¿Cuántos días piensa quedarse? —dijo de pronto una voz. A mi lado, un hombre alto, de barba gris, que acababa de llegar de la calle o estaba a punto de salir, porque llevaba el abrigo puesto. Calculé que debía llevarle unos quince años a su esposa.

—¿Tiene miedo de que me vaya sin pagar? Sé que la policía tiene fama de incobrable, pero ya pagué.

—No. Era solo porque pensábamos cerrar el hotel unos días, para pasear un poco. Total, no tenemos clientes.

—Espero que no lo cierren conmigo adentro.

Se sentó a mi mesa. Detesto tener compañía en el desayuno. Prefiero que el mundo se vaya acercando de a poco, con timidez.

—Seguramente fue un extranjero el que hizo esto.

—¿Por qué? ¿Sabe de algún extranjero peligroso que esté dando vueltas por aquí?

—Siempre hay gente que va y viene.

—Con esta ceniza, solo hay gente que se va.

—¿Quién le dijo que yo cazaba con Alescu?

—¿Cazaba con Alescu?

—Habré salido un par de veces, nada más. Rafael no era buen tirador. Era un peligro.

—¿Mala puntería?

—Falta de sentido de la oportunidad. Y, sobre todo, falta de orientación. Era fácil que se perdiera. Llevaba una brújula japonesa que le había regalado la esposa para algún cumpleaños, pero no le prestaba atención. Además hablaba todo el tiempo y se la pasaba dando instrucciones. Creía que se las sabía todas.

—Tengo entendido que cuando empezó la ceniza dejó de cazar.

—Todos dejamos de cazar. La caza quedó prohibida.

—Pero la prohibición es una medida pasajera y Alescu vendió el rifle, como si no fuera a cazar nunca más.

—A lo mejor se dio cuenta de que la ceniza venía para quedarse, como efectivamente pasó.

—¿Sabe a quién se lo vendió?

—No. El que era más amigo de él era Argés, Víctor Argés. El farmacéutico. Cuando no está en la farmacia, está en la biblioteca. Está ahí todas las tardes, desde su desgracia.

—¿Qué desgracia?

—Pregúntele a él por él, y a mí, si quiere, pregúnteme por mí.

La sargento Santelmo entró en el comedor. Hizo un vago saludo, desprovisto de sonrisa, en dirección a Olsen.

—Vengo a buscarlo para ir a lo Tau, comisario.

—Lo esperaba a Valeri.

—Hubo un robo en la clínica, a la noche. Nos llamaron de madrugada. Valeri todavía está allí, hablando con los testigos.

—¿Qué robaron?

—Una computadora y un poco de plata para los gastos chicos. Valeri dice que debe ser algún adicto que no logró llegar al dispensario para robar pastillas.

Cuando Santelmo puso en marcha el motor, empezó a sonar un disco de cumbia, o lo que fuera esa música estridente y melancólica a la vez. La apagó de inmediato.

—Escuche lo que quiera —le dije.

—No, está bien.

—¿Habían robado antes en la clínica? —pregunté.

—Nunca, que yo sepa.

—Con la erupción del volcán deben haber tenido mucho trabajo con las enfermedades respiratorias.

—La Clínica Sobral tiene poco personal, así que estaban desbordados. Pero los que tenían problemas más graves ya se fueron.

—¿Se sabe cuánta gente se fue de Bosque Blanco desde la erupción?

—No hay estadísticas, pero las dos escuelas, la privada, la Southland, y la pública, la Hudson, están con la mitad de alumnos que tenían antes. Solo hay dos restaurantes abiertos y tres hoteles. Los mantienen abiertos porque a veces viene gente del gobierno.

—O algún policía inoportuno. ¿Cómo se llama la señora Olsen?

—Karina. Es su segunda esposa. La primera enfermó y murió hace seis años. Karina trabajaba en el hotel como recepcionista. Cuando la esposa murió, se casó con Olsen en tiempo récord.

—Algunas culturas decretan siete años de luto.

—En este caso, siete minutos. La hija de Olsen no puede ni verla a esa mujer siempre pintarrajeada.

Era evidente que la sargento Santelmo tampoco podía ni verla. Avanzamos rumbo al sur unos cinco kilómetros. Luego giró a la izquierda y entramos en un camino rural hasta dar con la casa de paredes blancas. Un cartel de madera decía Las Águilas. Me gustaba que en los alrededores de Bosque Blanco las casas tuvieran nombre. Una costumbre que en otros lados se había perdido. Los nombres los proveía la naturaleza (Los Notros, Las Araucarias, Cascada Azul) o el mundo familiar (La Nelly, La Casa de Mamá, Famiglia Unita).

—Comisario, ¿quiere hablar usted o prefiere que hable yo, que lo conozco a Silvio Tau?

—Haga preguntas usted también, si quiere.

—Es que nunca tenemos casos así. Me gustaría practicar. Hice un curso, pero era todo teórico. Nos enseñaban a interrogar sospechosos.

—¿Qué les decían?

—Que había que tener una carpeta, como si hubiera dentro información secreta.

La carpeta. Un truco viejo. Convenía que la carpeta tuviera unas cuantas hojas, y, si se daba el caso, que una foto se cayera en el momento oportuno. Era bueno pegarle una etiqueta, con una letra y un número, C124 o H907/3, para dar la impresión que la carpeta pertenecía a un sistema vasto y complejo, algo que iba más allá de los límites del interrogatorio. El investigador debía dar cada tanto una mirada a los papeles. Por increíble que fuera, funcionaba. Dije:

—Lo esencial es preguntar sin dar información, salvo en situaciones especiales, donde conviene hacer una especie de trueque.

Mayra Santelmo bajó del auto, dio unas palmas y una mujer alta apareció en el umbral. Vestía jeans, una polera oscura y borceguíes. El pelo blanco estirado hacia atrás. En los últimos tiempos se había puesto de moda lucir las canas, pero conjeturé que las canas de la señora Tau eran ajenas a cualquier moda. Su palidez conservaba la huella de una enfermedad. Los ojos vidriosos nos decían que no le gustaba que estuviéramos ahí.

—Buscamos a su marido, señora Tau —dijo la sargento.

—Fue a buscarme unos medicamentos a Bariloche. En la farmacia de Argés nunca tienen nada.

Cuando bajé del auto, noté que sonaba música dentro de la casa: una pieza para piano.

—Mi nombre es Nebra. Vengo de la jefatura provincial. Queremos saber dónde estaba su marido el martes —dije.

—¿Por qué les interesa saber?

—¿Escucha radio, señora Tau?

—Solamente música clásica.

—Estoy seguro de que ahí también avisaron de la muerte de Rafael Alescu. Sé que su marido tuvo un conflicto con él por un terreno.

—Yo tuve un conflicto con él, porque esta tierra era de mi familia, no de mi marido. Alescu contrató a un agrimensor que hizo las cosas a su modo. Siempre consideramos nuestra esa parte, pero vino el agrimensor con su maldito aparato… ¿cómo se llama?

—Nivel de precisión, me parece —respondió Santelmo—. ¿Y dónde estaba usted el martes a la mañana?

—Acá, dónde quiere que esté. Limpiando la ceniza. Es todo lo que hago, limpio la ceniza. Tenía panales, pero las abejas se fueron. Ahora me estoy concentrando en unos cerezos. Se llevan bien con la ceniza.

—Sabemos que su marido le rompió el parabrisas a Alescu con una piedra —intervine.

—¿Mi marido? Tal vez fue una roca volcánica. Quién sabe todo lo que puede salir de ese volcán.

—Las piedras del volcán son muy livianas y no pueden romper nada. Cuando llegue su marido, dígale que llame a la comisaría —dijo Santelmo.

—Mi marido no los va a llamar. Si quieren hablar con él, van a tener que insistir.

—No se preocupe —dije—. Estamos acostumbrados a insistir.

Antes que cerrara la puerta, pregunté:

—¿Usted acostumbra a guardar flores entre las páginas de los libros?

—No, qué pregunta es esa.

La agente Santelmo se apuró a decir:

—Encontramos una amapola junto al cuerpo.

La señora Tau se encogió de hombros:

—Crecen en todas partes. Son una plaga.

A través del umbral, distinguí un piano de estudio.

—¿Toca el piano? —pregunté.

—Tocaba. De joven. Hace años que dejé.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que me sentaba frente al teclado, sentía cuánto me alejaba de lo que sabía hacer, de lo que era.

—Estoy segura de que exagera —dijo Santelmo.

La señora Tau la miró con desprecio.

—Sé lo suficiente de música como para saber lo lejos que estoy.

Y cerró la puerta.

NUEVE

De nuevo en el auto, no me quedó más remedio que decir:

—Sargento, no dé ninguna información sobre la escena del crimen, a menos que yo la autorice expresamente.

—¿Lo de la flor? Perdón, comisario.

Ya habíamos alcanzado el camino que llevaba a Bosque Blanco. Al costado, una casa abandonada cuyo techo se había desplomado por el peso de la ceniza. Santelmo pasó de tercera a cuarta con un movimiento brusco.

—No se preocupe. No es tan grave. Se lo dijimos a la mujer de Alescu. Pronto se va a enterar todo el pueblo.

Silencio.

—¿Dónde vive Argés? —pregunté.

—Cerca del Hotel Koraiken. Pero durante el día está en su farmacia o en la biblioteca.

Bajé de la camioneta donde empezaba la calle principal. Santelmo, que seguía ofendida, no me saludó, y arrancó una décima de segundo después de que cerré la puerta del auto. La cruz verde anunciaba la farmacia. Empujé la puerta de madera y cristal. En las vitrinas, frascos ambarinos, jeringas de vidrio, un mortero de mármol. Antiguas publicidades de tónicos y una cabeza de porcelana agobiada por clavos y tornillos, propaganda de aspirinas Geniol. No había nadie. Aproveché para pesarme en la vieja balanza de cuadrante redondo. La aguja se movió con pereza. Ochenta y cuatro kilos, no estaba mal. Esperaba bajar algo en los días siguientes. En

los viajes solía bajar un poco de peso, tal vez porque cuando estaba entre las paredes de la Oficina de Correos, la oficial principal Lamarque siempre me ofrecía galletas de avena o budines hechos por su madre.

De alguna puerta del fondo apareció un hombre joven, prematuramente calvo. El guardapolvo blanco parecía recién almidonado. ¿Seguía existiendo el almidón? Le pregunté por Víctor Argés.

—A esta hora siempre está en la biblioteca.

—¿Y usted es…?

—Tomás Estomba. Salvo alguna urgencia, la gente prefiere venir cuando está Argés, que los escucha con más paciencia, sobre todo a las señoras.

—¿Usted no las escucha?

—A mí me aburren. La mayoría, hombres y mujeres, compra remedios para poder conversar. No sé por qué a la gente le gusta hablar de enfermedades. Es mejor decir que uno es sano, ¿no le parece?

Pálido, enclenque, Tomás Estomba no parecía un monumento a la salud.

—¿Conocía a Rafael Alescu?

—Sí, era cliente. Además, a veces venía a verlo a Argés para conversar, porque eran amigos.

—¿Era amable? ¿Se peleaba con la gente?

—Yo nunca tuve problemas con él. Pero apenas lo trataba. En general compraba los medicamentos en sus viajes a Bariloche, porque acá no tenemos descuentos de obras sociales ni de prepagas. Pero si se le acababan, los encargaba acá y en un par de días recibíamos los remedios. Un agente antiplaquetario y algún otro.

—¿Para el corazón?

—Sí.

Le señalé la cabeza de Geniol.

—Esta farmacia parece un museo.

—Era del padre del señor Argés. Él la mantiene como era entonces, con esa cabeza de Geniol y todo. Es raro que sirviera de publicidad.

—¿Por qué?

—Parece algo terrible. Todos esos clavos y tornillos clavados en la cabeza. Es la imagen de un martirio. Como la corona de espinas que le clavaron a Cristo. Y sin embargo la cabeza de Geniol sonríe, como si no le importara, o como si le gustara.

—Supongo que sonríe porque se le pasó el dolor de cabeza, gracias a que tomó su aspirina.

—Pero el dolor sigue allí, en esos clavos y tornillos. Él no lo ve, pero nosotros sí.

DIEZ

La biblioteca estaba a una cuadra de la farmacia, sobre la calle principal. Era un chalet de tejas grises. A la izquierda de la puerta, una placa velada por un paño negro, y sostenida por tiras de cinta de plomo, en espera de una ceremonia que la dejara al descubierto. Del vidrio de la puerta colgaba un cartelito de madera con la silueta de un libro que decía: Abierto.

Entré. Los libros me rodeaban, disciplinados por cartelitos que anunciaban los géneros o temas. Enciclopedias. Libros de cocina. Manuales. Ciencia ficción. Autoayuda. Montañismo. En la única pared que no estaba cubierta de libros colgaban fotos de actos culturales y cuadros de pintores locales. Eran bastidores, sin marco. Una montaña azul. Un bote en el lago. El más grande: una mujer con un vestido largo, o con un camisón, que sostenía una almohada con las dos manos. La tela de la almohada parecía estar poblada de puntos o flores diminutas. La cara era amarillenta y los ojos miraban sin vida.

Solo un lector, sentado frente a una de las tres mesas de lectura. Supuse que era Argés, que tenía ante sí un gran tomo de tapa azul que reunía periódicos considerablemente viejos, a juzgar por el color del papel. Tenía un aspecto más pulcro que el resto de los habitantes de Bosque Blanco: el pelo canoso y corto, la cara bien afeitada, la camisa planchada. La ceniza volcánica no lo había derrotado: aquel hombre se empeñaba por continuar dentro de los límites de la

civilización. Tenía una libreta negra donde tomaba apuntes con letra diminuta.

—¿Víctor Argés? Soy el comisario Nebra.

Dejó sus lentes de lectura, se puso de pie y me tendió la mano.

—Qué raro ver una cara nueva. Todos se van y usted llega.

Me senté frente a él.

—Es frágil este papel.

—Muchas hemerotecas están digitalizadas, la nuestra, no. Las hojas de periódico son más frágiles que las páginas de los libros. Se estropean por el uso, pero también sin usar. En el proceso de fabricación del papel se blanquea la celulosa, y para eso se elimina la lignina, que mantiene la pasta blanca unida. Pero nunca se la elimina del todo, y aparece y se vuelve amarilla y ocre. Si dejáramos una página en blanco, sin una sola palabra, igual contaría una historia: la historia de las cosas que creemos borradas y vuelven a aparecer.

—¿Está buscando información sobre su farmacia?

—No, conozco bien la historia de la farmacia. La fundó mi padre. Y me aburría con sus historias. Nunca quise hacerme cargo de la farmacia, pero ya ve…

—La farmacia parece un museo. Conserva los frascos, la balanza, la cabeza de Geniol…

—Y los papeles contables también, esos libros de tapas azules. Lo que estoy escribiendo es la biografía de Pedro Mario Senda, un poeta local. Es un trabajo de largo aliento. En pocos días se cumple un nuevo aniversario de su muerte y le vamos a dar su nombre a la biblioteca. Habrá visto la nueva placa, junto a la puerta.

—Tapada con un paño negro.

—Espero que no hayan metido la pata con la inscripción. Es bronce, difícil de corregir. Quería llegar a tiempo con mi libro para el acto, pero no hay caso. Senda hizo crónicas para *Caras y Caretas* y para *La Nación* y lo conoció en París a Rubén Darío. ¿Sabía que

Gardel cantó una de sus letras, «El Mensaje»? Pero me imagino que no vino a preguntar por Senda.

—No, por Rafael Alescu.

—¿Sabe cuándo es el entierro?

—Todavía no. Muchos trámites por hacer.

—Me imagino. La burocracia fúnebre. Emilia debe estar desesperada. Yo la conocí a ella antes que a Rafael. Trabajábamos juntos en el Colegio Guillermo Enrique Hudson. Yo enseñaba dos materias: Literatura e Historia. Todavía vivía mi padre y era él el que se ocupaba de la farmacia. Después me tuve que hacer cargo, aunque no tengo ningún título que me habilite. Estomba sí es licenciado en Farmacia.

—Usted vive cerca del Hotel Koraiken…

—Sí, debo estar a unos trescientos metros de la alambrada que circunda el hotel.

—¿No oyó nada la mañana que desapareció Alescu?

—No.

—¿Qué hizo esa mañana?

—Me levanté temprano. Hacía frío. En la radio dijeron que hacía uno o dos grados. Desayuné, me subí al auto y me fui al centro a abrir la farmacia.

—¿Vio gente cerca del hotel? ¿Se cruzó con algún auto o con algún caminante?

—Creo que solo vi a una camioneta de la gendarmería.

—¿A Alescu no lo vio?

—No. Pobre Rafael.

—Cazaban juntos con Alescu, ¿no?

—A veces nos íbamos tres días. Dormíamos a la intemperie. Éramos más jóvenes. Podíamos aguantar el frío de la noche.

—¿Su amigo era buen cazador?

—Un tirador medio, con poca resistencia a la frustración. Detestaba volver con las manos vacías. Cuando íbamos a pescar

salmones o truchas, le pasaba lo mismo. A mí me gusta pescar con mosca. A él con señuelos, porque era más ansioso.

—Me dijo la esposa que tenía un solo rifle.

—Un Remington 710, que limpiaba muy de vez en cuando. Decía que con eso bastaba. En el fondo, no le gustaban las armas. Dejó de cazar y lo vendió.

—¿A usted le gustan las armas?

—Tengo una carabina que heredé de mi padre y un par de rifles que compré yo.

—¿Nunca tuvieron un accidente de caza?

—Una vez Rafael giró tan bruscamente que me golpeó con la culata, pero fuera de eso…

—¿Recuerda que Alescu haya tenido algún problema con alguien?

—Era un cabrón, tuvo problemas con todo el mundo. Con los albañiles, con Silvio Tau, que es un viejo loco, con funcionarios municipales. Pero de ahí a que alguien quisiera matarlo… Todo es tan extraño. No sé si es la ceniza o que me hago viejo. Nunca pasa nada y de pronto pasa todo junto. Me dijeron recién que robaron en la Clínica Sobral. ¿Cree que pudo ser la misma persona?

—¿Le gusta trabajar acá, en este lugar?

—¿En la biblioteca? ¿Qué tiene de malo?

—No sé…

Había algo en el ambiente que me asfixiaba. ¿Los libros viejos? ¿Los cuadros en las paredes, pintados con esfuerzo y ningún talento? ¿Qué podía tener de malo una biblioteca de libros descuadernados?

—Si no le gusta nuestra biblioteca ahora, menos le hubiera gustado antes. Estaba llena de animales embalsamados. Obra de Listrati, nuestra gloria local en el casi extinto mundo de la taxidermia.

—¿Y los sacaron?

—Apenas murió Listrati, el año pasado. Toda cabeza de ciervo que vea por ahí, la hizo él. Tengo una en mi casa.

—A las mujeres no les suelen gustar esas cosas.

—Vivo solo, así que nadie puede quejarse. Mi mujer murió todavía joven y también mi hija me dejó. Fue el año pasado. Antes de cumplir los veinticinco.

Pensé en decir «Lo siento», pero no dije nada. Dejé que pasaran unos segundos, solo para que supiera que esa información no me era indiferente.

—¿Era su única hija?

—Mi hijo mayor vive en Buenos Aires, desde que terminó la carrera. Se dedicó a las finanzas. De chico estaba todo el día afuera cazando pajaritos con un rifle de aire comprimido. Los mataba y los dejaba ahí en la puerta de casa, para que yo los encontrara. A los veinte se fue con una beca y nunca volvió. Es alto, buen mozo y frío. Hace mucho que no hablamos. Cuando nos reuníamos estaba todo el tiempo mirando su celular de última generación. Siempre impaciente. Como si estuviera en otra parte. Supongo que habrá dejado de cazar pajaritos. ¿Usted tiene hijos, comisario?

—Dos. Pero son chicos.

—¿Les cuenta cuentos para que se duerman?

—De eso se ocupa mi mujer. Yo llego cansado. Digo «Había una vez…» y me duermo.

—Yo siempre les contaba el cuento de Hansel y Gretel. En todos los cuentos hay princesas que se salvan por un príncipe o un cazador o alguna ayuda de afuera, pero a Hansel y Gretel les toca salvarse solos. Para ellos no hay príncipes, ni cazadores ni hadas madrinas. A mí me gustaba y a ellos también. Y ese cuento fue premonitorio, porque mis dos hijos se perdieron en el bosque. Pero en bosques distintos. Una en la enfermedad y la locura y el otro en el dinero y la impaciencia. Hágame caso: no les cuente a sus hijos la historia de Hansel y Gretel.

Ya estaba en la puerta cuando recordé la estatua de bronce.

—Usted, que conoce de la historia del pueblo, ¿sabe quién hizo la estatua del ciervo que está en la entrada del Hotel Koraiken?

—El escultor era un tal Le Duc, Arthur Le Duc, un francés.

—El hotel es de fines de los años veinte, y para ese entonces la moda de las estatuas de animales ya había pasado…

—Tiene razón, comisario. Cuando construyeron el hotel la moda de los animales de bronce ya había pasado hacía largo tiempo. Pero al dueño del hotel no le gustaban las pretensiones de la vanguardia, ni las cosas informes, ni la geometría, y consiguió una copia de una estatua que está en una plaza de Palermo, en Buenos Aires. La compró y la trajo hasta aquí y salió en todos los diarios de la provincia, posando feliz con su ciervo dorado. Me gusta esa estatua porque siempre vemos al ciervo como una presa, pero ahí lo vemos como una bestia peligrosa.

—Y brama llamando a los demás…

—Exacto. Llama a los demás. Está solo pero grita en medio del bosque. ¿Cree que el asesino eligió ese lugar por el ciervo?

—Seguramente lo eligió porque no hay nadie.

Hizo un gesto de decepción ante mi respuesta. La gente tiene hambre de símbolos.

ONCE

Estaba trabajando en el archivo de la comisaría —en realidad respondía los continuos correos de mi jefe— cuando un sargento pálido, vagamente abstraído, que me habían presentado antes pero cuyo nombre no podía recordar, se detuvo en el umbral con una hoja de papel. El olvido de su nombre parecía corresponderle, como si hubiera en él algo ausente, y nombrarlo significara una traición.

—¿Valeri? —pregunté.

—Salió. Fue a ver a Silvio Tau, para saber dónde estaba el día del crimen. Pero le dejó esto, comisario.

A las 11 de la noche una PERSONA DESCONOCIDA entró en la Clínica General, llamada comúnmente CLINICA SOBRAL, y fue a la oficina de dirección. Abrió los cajones del escritorio y se llevó el dinero de la caja chica, aproximadamente 1300 pesos, además de una lapicera Montblanc y un encendedor Dunhill, que le habían regalado al director de la clínica y que estaban en sus estuches. También se llevó una COMPUTADORA PORTÁTIL. El atacante se dio a la fuga. La puerta estaba sin llave. En el nosocomio había en ese momento solo dos pacientes, internados por control. Una de las enfermeras, SOBICO YOLANDA, estaba durmiendo, y la otra, GIMÉNEZ MARÍA, estaba controlando la vía de uno de los pacientes. Ninguna de ellas vio al INTRUSO.

Subcomisario Gabriel Valeri

Las mayúsculas de Valeri me encandilaban.

—¿Por qué escribe algunas palabras con mayúsculas? —le pregunté a Santelmo, que acababa de entrar.

—Nunca le gustó escribir informes. Ese lo hizo pensando en usted. —Bajó la voz—. ¿Qué va a pasar con Valeri?

—Es probable que la fiscal lo impute por los dos homicidios.

—¿No hay posibilidades de que lo dejen tranquilo?

—No. Valeri tendría que haber pensado en alguna coartada.

—¿Lo van a suspender?

—Imagino que sí, apenas se confirme la imputación.

—El trabajo es lo único que tiene. A la mujer no la ve desde hace tres años. A la hija, tampoco.

—¿Tiene una hija?

—Debe tener dieciséis. Vive en la capital de la provincia.

—Me cuesta imaginar a Valeri como padre.

—A él también —respondió, ligeramente ausente—. ¿No hay modo de que tomen en cuenta sus actos de servicio? Además, las víctimas eran criminales.

—Uno era un policía —le recordé.

—Yapura ya no era policía. Lo habían echado de la fuerza.

—No se preocupe por Valeri. Saldrá pronto y ya lo contratará alguna agencia de seguridad, como a todos los policías exonerados. Va a cobrar mejor que en la fuerza.

—Me parece injusto. Él estaba investigando a esa gente.

—Esa es una versión para uso exclusivo de esta comisaría. Nunca existió ninguna investigación. La fiscal que lleva el caso sostiene que Yapura y el otro vinieron a cobrar una deuda de juego y Valeri los mató a los dos y los alejó del camino, para que nadie viera los cadáveres.

Quiso responderme algo, pero se contuvo y prefirió salir del archivo.

—Espere, Santelmo, no se vaya. Alescu abandonó la caza durante los primeros días de la ceniza. Busque si hay informes de algún accidente en los meses anteriores. Cualquier denuncia de vecinos me sirve: un vidrio roto, propiedad dañada, invasión de propiedad privada, un incendio. Use su imaginación para conectar cualquier incidente con la caza.

—¿Le parece que esto puede estar vinculado con el asesinato de Alescu?

—Las aficiones duran más que los matrimonios y los empleos. Los pescadores pescan toda su vida. Los cazadores cazan toda su vida. Quiero saber por qué Rafael Alescu dejó de cazar.

DOCE

El menú del restaurante Fitz Roy era una carpeta de cuero rojo con una larga lista de platos tachados con marcador negro. Pedí una trucha con manteca y estragón y una copa de vino tinto. La chica que atendía se sintió obligada a darme conversación, me hizo algunas preguntas sobre el trabajo, que respondí con evasivas, y luego me dijo que se llamaba Giselle, y que era la hija del dueño. Tenía un mechón de pelo blanco, no sé si natural o teñido, como si fuera una advertencia sobre los años por venir; pero en lugar de recordar el paso del tiempo, el mechón blanco hacía resaltar su juventud. En plena temporada, me dijo, cuando los turistas llenaban las pistas de esquí, ya a las ocho no se encontraba lugar, porque después de estar todo el día en la montaña la gente quería comer e irse a dormir. Y mientras me hablaba del restaurante lleno, me señalaba las mesas vacías.

Al salir del restaurante decidí, a pesar de mi cansancio, buscar el auto para visitar de nuevo la escena del crimen. En el cielo había una especie de tenue resplandor, como si la ceniza, que de día robaba la luz, de noche devolviera una modesta parte, pero ya no como algo puro sino gastado y sin vida. Dejé atrás Bosque Blanco y me interné en el bosque, hasta encontrar el camino que llevaba al hotel.

Me decía a mí mismo que de nada serviría buscar allí, donde los otros habían buscado antes. El día de mi llegada no había visto nada, no había prestado atención a nada, solo a Valeri. Ahora no estaba. Ahora podía jugar a que mi misión consistía en atrapar a un

asesino, y nada más que eso. Tenía la impresión de haber pasado algo por alto en el hotel o en sus alrededores. De niño había leído en un ajado ejemplar de la *Revista Policial*, que le mandaban todos los meses a mi padre, un artículo sobre publicidad subliminal. Como en el cine los rollos de películas se pasaban a 24 cuadros por segundo, podían ponerse entre los fotogramas imágenes sin relación con la película, destinadas a despertar una idea, una emoción o una necesidad. Por ejemplo, sed. Y el sujeto del experimento llegaba a sentir sed, sin ser consciente en ningún momento del estímulo recibido. A menudo, yo recibía señales semejantes: así como había sentido un malestar en la biblioteca, motivado tal vez por las horribles pinturas, también en la escena del crimen había sentido una ligera inquietud. Había algo ahí que quería hablarme, un fotograma que había pasado demasiado rápido para que mi conciencia lo registrara.

Busqué en la guantera una linterna, pero al encenderla empezó a parpadear. Hacía meses que no la usaba ni le cambiaba las pilas. Renuncié a la linterna. Me las arreglaría con el celular. Cuando abrí el portón de reja, noté una luz en una ventana del segundo piso. La celosía estaba entreabierta. Era una luz levemente azulada, como si viniera de un farol de querosene, no de una linterna. Había alguien en el edificio, pero en la entrada no había otro auto que el mío. Recordé que en mi primer encuentro con Valeri había oído algún ruido, que había atribuido a una ventana mal cerrada o al crujido de los pisos.

La puerta principal estaba cerrada. Di un rodeo al edificio, como si recorriera una fortaleza de la que debía encontrar el punto débil; yo representaba a las fuerzas de asalto y arriba estaba el defensor, delatado por su luz. Por fin encontré una pequeña puerta pintada de verde que cedió. ¿Quería yo que la puerta cediera o prefería que la fortaleza siguiera inexpugnable, de tal manera que me viera obligado a esperar a los otros, que llegarían con las llaves y faros potentes y armas largas? Mi padre hubiera entrado solo, y hubiera esperado eso

de mí, y fui valiente por miedo a ser cobarde. Con el celular alumbré el camino que me esperaba, cubierto, como todo, de una capa de ceniza. Atravesé la enorme cocina. Las puertas de las grandes heladeras de madera estaban abiertas, las sillas Thonet volcadas sobre las mesas. Palpé mi arma reglamentaria, una Glock 17, en el bolsillo de mi campera. Nunca la había disparado contra nadie, salvo contra las dianas del polígono. Era buen tirador, pero mi padre no perdía ocasión de recordarme siempre que la buena puntería era una ínfima parte del asunto. «No es lo mismo dispararle a un blanco que a un tipo que te tira». Otras veces, con una copa de más, decía: «Aunque no parezca, hay diferencias entre un león vivo y un león embalsamado». Subí por una de las escaleras de servicio y avancé por un pasillo alfombrado. En el silencio perfecto del hotel, mi respiración sonaba como algo que no me pertenecía del todo. Las puertas de los cuartos estaban cerradas. A pesar del polvo, la oscuridad y el miedo, los números de bronce ofrecían una idea de orden, un resto de armonía. Era bueno que en la oscuridad siguieran existiendo los números. Aquí y allá había cosas abandonadas en mitad del pasillo, sillas, perchas de madera, el elástico de una cama, como si hubieran planeado una mudanza pero se hubieran arrepentido en el camino. Algunos cuadros colgaban en su lugar, pero otros habían sido retirados y habían dejado su marca. El polvo no parecía ser el fruto de un lejano volcán, sino algo que pertenecía al tiempo, una ceniza hecha de almanaques marchitos.

Mientras recorría el hotel en busca de la fuente de la luz, me serenaba con conjeturas: el desconocido era Matus, el cuidador, que había entrado para verificar algún problema. Pero Matus no podía haber venido sin su camioneta y no había ningún vehículo en los terrenos del hotel. Además, ¿qué podía estar haciendo en medio de la noche? Apenas llegué al segundo piso alumbré hacia delante, y vi la silla que volaba hacia mí, pero entonces no me pareció una silla, sino una serie de ángulos, una distorsión de la oscuridad. La

penumbra suele redondear las cosas y las rectas se curvan y los planos se comban, pero la silla, que solo vi un instante, conservaba su geometría. Caí al suelo, menos por la fuerza de la silla que por la coreografía torpe de mis pies. El golpe me había dado en la frente y pensé que el desconocido atacaría de nuevo y llevé mi mano al arma, pero antes de que tuviera tiempo de sacarla del bolsillo los pasos se alejaron de mí.

El celular había volado de mis manos. Lo recuperé, aliviado de volver a tener una luz. Batería 12 %. Me toqué la frente y noté que la silla me había raspado, pero sin que llegara a cortarme. Tuve que acercarme a una ventana para llegar a tener un mínimo de señal. Llamé a la comisaría y pedí ayuda; me atendió una voz en la que reconocí al sargento pálido del que no recordaba el nombre. «Soy el cabo Trenti», me dijo con voz asustada. «Ahora doy aviso». Dejé la ventana y avancé hacia la escalera principal. El intruso había dejado su farol de querosene o lo que fuera que lo había iluminado y se desplazaba a tientas, con lentitud. Lo alcancé en la escalera y caí sobre él, y rodamos por el último tramo. El hombre olía a sudor y a cigarrillos y a vino y a miedo, y al torcerle el brazo palpé la lana rugosa de su abrigo. Le puse de inmediato las esposas y lo obligué a levantarse. Se quejó: la caída le había dolido. Lo conduje lentamente por el polvoriento laberinto que desandaba nuestros pasos rumbo a la puerta verde. El hombre de vez en cuando se detenía, proclamaba su inocencia, y me costaba animarlo a seguir. Salimos a la noche, que me pareció menos fría que el interior del hotel.

Cuando pasamos junto al ciervo del bronce algo se activó en su memoria, y se asustó y trató de correr. Se tropezó, cayó boca abajo. Le hinqué una rodilla en la espalda y le grité que no se moviera, mientras un patrullero se acercaba con las luces rojas y azules titilando en la oscuridad. Me alegré de que hubieran llegado a tiempo. Así no estaba obligado a meter a aquel mugriento en mi auto,

junto al Buzz Lightyear y un Batman manco y los envoltorios de golosinas que habían dejado mis hijos.

SEGUNDA PARTE

QUE LOS MUERTOS ENTIERREN A LOS MUERTOS

UNO

El diario *El Correo del Sur* anunció que había caído el asesino de Alescu y celebraba mi celeridad para resolver el caso con un largo artículo abundante en frágiles conjeturas. El resto de las noticias hablaban de la inauguración de un puente, de la actividad del volcán chileno, que continuaba echando ceniza sobre Bosque Blanco, y de la derrota de un equipo de fútbol local, que había caído por cuatro a uno y que los editores, sin dejarse impresionar por el resultado negativo, habían preferido titular: «Una lección de dignidad». En la portada no publicaban mi foto, pero aparecía mi nombre, y sentí una brusca vergüenza de formar parte de una historia tan abundante en suposiciones y errores. Tampoco aparecía nombrada mi división, lo que mi jefe, partidario del sigilo, agradecería. El artículo presentaba a Zavala, el hombre cazado por mí, como el constructor de una trampa en la que había caído Alescu; un monstruo paciente que había esperado, desde su reino de muebles polvorientos, a que una víctima hollara su jardín de ceniza. Se especulaba con que no era solo un delito por el dinero, sino que el crimen, al pie del ciervo que bramaba, tenía un significado ritual. Y sin embargo se advertía, detrás de las palabras, una cierta decepción que siempre existe en los grandes crímenes que publican los diarios: como si se estuviera esperando a un gran malhechor o refinado psicópata, a un Moriarty, a un Fantomas, a un Hannibal Lecter, y solo se encontrara a hombres de mirada huidiza que abandonaron la escuela en cuarto grado y que matan sin razón ni plan. La lectura de noticias policiales es ingrata:

se busca la encarnación del mal y solo se obtiene la estupidez, el sinsentido y la locura.

También mi mujer había dado por sentado que todo había terminado y que yo regresaría de inmediato, y así asistiría, junto con los otros padres, al acto del 25 de mayo. Nuestro hijo mayor debía actuar de caballero, con galera y bastón. Tuve que decirle la verdad, tendría que hacer todo sola durante varios días más: ir al supermercado, llevar y buscar a los chicos a la escuela, cocinar, contarles un cuento para dormir, terminar el disfraz y aplaudir a nuestro caballero.

Mi jefe, Carlic, llamó para felicitarme: había leído los diarios y en ninguna parte nombraban a Valeri. Si la investigación seguía así, cuando saliera la imputación la noticia caería sobre una sombra. Pregunté si habían llegado rumores de Bariloche.

—Silencio total. No podemos apurar a la fiscal Planas. Mejor que no suba el perfil del caso. Lo que menos necesitamos es una conferencia de prensa sobre Valeri.

—Si me pudiera sacar a Valeri de encima, todo sería más fácil.

—Lo mandamos a usted para que todos nos podamos sacar a Valeri de encima. Lo mandamos a usted para que el nombre Valeri no aparezca en los diarios. Nebra, hoy es un día de buenas noticias. Usted en la luz y Valeri en la oscuridad.

—No tengo una sola prueba contra Zavala.

—No sea tóxico, evite arruinar este momento con pensamientos negativos. —Se notaba la influencia de su nueva esposa, la *coacher* existencial, en esas palabras—. No sabe lo que es para mí un día sin que llamen del gobierno para insultarme. Mantenga a Zavala en la comisaría y a Valeri en la sombras.

—Mi problema es el asesino, no Valeri.

—No lo escucho bien, Nebra. Hay interferencia en la línea. Me parece que sus escrúpulos interfieren con la comunicación.

DOS

En la sala de archivo de la comisaría, donde me había instalado a trabajar, Valeri me tendió una taza de café. La taza tenía el logotipo del colegio Southland.

—Lo felicito, Nebra. Misión cumplida. Lamento que no lo tengamos más con nosotros.

—¿Por qué? ¿El café está envenenado?

—Pensé que después del triunfo se iba.

—Voy a seguir hasta que encontremos al asesino.

—Zavala tenía en los bolsillos algo de plata, el celular de Alescu y un billete de veinte dólares, del que nos habló la viuda. ¿No le basta con eso? Y además un atado de Marlboro, que también le sacó a Alescu.

—¿Y el arma homicida?

—No pudimos encontrarla —dijo Santelmo.

—Ya aparecerá —agregó Valeri —. El hotel es grande.

—¿Cómo le fue con Tau? ¿Jugaron al dominó?

—Jugamos y me ganó, como siempre. En el momento del crimen estaba en una reunión con la intendente y los apicultores. Hizo un escándalo y se peleó con todos. Una coartada hermosa.

—Pero su esposa no tiene coartada.

—Su esposa no puede haber dado esos golpes ni haber arrastrado el cuerpo. Está muy débil por la medicación que toma.

—¿Está enferma?

—Muy.

—¿Viene el fiscal Sirio a conversar con Zavala?

—No. Le pidieron desde la capital que lo dejara en sus manos.

—¿Y usted me acompaña?

—No quiero empañar su momento de gloria.

Entré a la sala donde esperaba el acusado. Anoté el nombre en mi libreta: Uriel Zavala. Había dejado su casa a los trece años. En algún momento aprendió a esquilar, con un equipo que se movía en un camioncito e iban de estancia en estancia. Un largo prontuario de problemas menores, en su mayoría provocados por el alcohol, y una breve internación psiquiátrica. Todas sus entradas en comisarías habían sido por peleas y algún hurto: nunca había usado cuchillos ni armas de fuego. El último conflicto con la policía había sido de tres años antes; desde entonces había trabajado sin problemas en la estancia Rozas hasta el advenimiento de la ceniza.

—¿Qué estaba haciendo en el hotel, Zavala?

—Trabajé en la estancia Rozas, pero a cinco nos echaron unos meses después de la ceniza. Anduve por aquí y por allá. Sabía que el hotel del ciervo estaba abandonado. Entré por una ventana de la planta baja.

—¿Cuánto hace que vive allí?

—Un mes… no, no tanto. ¿Qué día es hoy? Esperaba irme antes del invierno porque me iba a morir de frío ahí. Tengo una tía y un primo en Esquel, pienso que algún trabajo me pueden conseguir.

—¿Vio a alguien más?

—Al cuidador, el chileno.

—¿Lo conoce?

—Lo vi un par de veces, pero él no me vio.

—¿Cómo sabe que es chileno?

—Lo escuché hablar por teléfono. Los chilenos hablan en chileno y no se les entiende nada. Un auto paró una vez también. Bajaron

dos mujeres. Sacaron fotos al edificio. Una dijo que el hotel le recordaba a una película de terror que había visto. Pero nadie más.

—¿Lo había visto antes a Alescu?

—¿Quién es?

—El hombre que murió.

—No.

—¿No solía caminar por los terrenos del hotel?

—Nunca lo vi.

—¿Estaba ahí cuando lo mataron?

—Sí.

—¿Tuvo participación en el crimen?

—No.

—¿Cómo consiguió la plata, el celular y los cigarrillos de Alescu?

—Lo encontré ahí tirado. Le revisé los bolsillos y encontré la plata. Pensaba vender el celular, más adelante. No lo maté.

—¿Me puede decir a qué hora fue el crimen?

—A la mañana. Me acababa de despertar. No le puedo decir la hora exacta.

—¿Respiraba cuando lo encontró?

—No se movía.

—En el momento del crimen, ¿oyó algo?

—Escuché un grito, miré por la ventana y vi al hombre caído.

—¿Desde dónde lo vio?

—Desde una ventana del segundo piso.

—¿Gritó Alescu al recibir el golpe?

—No, la otra persona gritó.

—¿El asesino?

—Sí.

—¿Tiene celular?

—Sí.

—¿Por qué no llamó a la policía?

—Hace mucho que no lo uso. No podía cargar el celular. El hotel tiene la electricidad cortada. Además, si llamaba a la policía, iban a pensar que había sido yo.

—Tiene que convencernos de que no fue. Tiene que esforzarse en contarme todo.

—Ya le dije, escuché un grito. No un grito de dolor, el grito de alguien que hace un esfuerzo. Me asomé a la ventana y vi a un tipo de pie y a otro caído boca abajo.

—¿El asesino lo vio a usted?

—No creo.

—¿Era uno solo?

—Sí, no había nadie más.

—¿Está seguro de que era un hombre?

—Puede haber sido una mujer. A veces, con esas camperas gruesas…

—¿Era joven, viejo, alto, bajo?

—No sé. Le daba la sombra. La campera era azul oscuro o negra. Una de esas camperas que tienen piel en el borde de la capucha.

—¿Qué hizo esta persona? ¿Lo mató y se fue?

—Se acercó y después retrocedió. Algo lo asustó.

—¿Qué puede haberlo asustado?

—No sé, la sangre… Todo estaba lleno de sangre. Después enseguida arrastró el cuerpo hasta la estatua del ciervo.

—¿Con qué lo golpeó?

—No llegué a ver.

—¿Puede haber sido un caño, un martillo o alguna otra herramienta?

—No sé. Limpió lo que llevaba con un trapo y se lo metió adentro de la campera.

—¿En el bolsillo? ¿La campera tenía bolsillos grandes?

—No, adentro de la campera.

—¿Cómo si tuviera una funda o un bolsillo interno?

—Algo así. No sé.

—Sabemos que el asesino le puso algo a la víctima en el bolsillo. ¿Cuándo lo hizo?

—Después de arrastrarlo. Pensé que lo estaba robando. Pero cuando revisé el cuerpo, tenía la billetera encima.

—Ya me lo dijo, pero para que quede constancia: ¿quién cubrió de ceniza al cadáver?

—Fui yo. No quería verlo.

—¿Seguro que no fue el asesino el que puso la ceniza?

—No.

—¿Por qué no escapó después del crimen?

—¿A dónde iba a ir?

—¿Cómo sobrevivía ahí? ¿Alguien le llevaba comida?

—Cuando los del hotel se fueron, dejaron latas de conservas, dos frascos grandes de aceitunas negras y botellas de vino. Todavía me quedan cuatro. Me quedaban cuatro. Supongo que ya no las voy a recuperar.

TRES

Afuera me esperaba un hombre de traje, barba candado y perfume abundante. Me tendió la mano.

—Soy el fiscal Sirio. Fiscal adjunto. La jefa está…

—En Grecia, me dijeron. Y por jubilarse. ¿Anduvo por la capital, doctor?

—Sí, recibiendo instrucciones. —Bajó la voz y miró a nuestro alrededor—. Les preocupa más el asunto Valeri que el crimen.

—¿Noticias de Bariloche?

—Llamé a la fiscalía que tiene esa causa, pero no sueltan prenda. ¿Qué hacemos con este tipo… Zavala?

—Es su decisión.

—En los diarios dicen que usted atrapó al asesino.

—Yo no escribo los diarios.

—Pero no pienso soltarlo.

—Hubo intrusión y daños en el hotel. Además tenía en sus bolsillos el dinero y el celular de Rafael Alescu. Con eso basta para retenerlo, imagino.

—Unos días, al menos. Zavala no se va preocupar por conseguir un abogado, y hasta que le den uno de oficio…

Trenti y Santelmo revisaron el Hotel Koraiken, piso por piso. Cuando terminaron, ordené que le devolvieran las llaves del hotel a la inmobiliaria Duncan.

Los trámites y las llamadas telefónicas me demoraron todo el día. La secretaria del gobernador me pidió un informe oral. Me avisó que

me estaba grabando. Traté de ser puntilloso, burocrático, dubitativo, aburrido: alargar una conversación es un método infalible para abreviarla. El gobernador había planeado una visita a Bosque Blanco, para mostrar su apoyo a las víctimas de la ceniza. Pero al ver que el caso no estaba completamente resuelto, canceló el viaje. Recibí con alivio esa noticia.

A la noche, en el restaurante Fitz Roy, Mayra Santelmo vino a mi mesa. En sus manos, un folio transparente con unas hojas adentro.

—Traje lo que me pidió.

Lo dejó sobre el viejo mantel blanco.

—Siéntese. Coma algo —le pedí—. A menos que la esperen en su casa.

—Vivo sola.

—¿No tiene familia en Bosque Blanco?

—Mis padres viven a cincuenta kilómetros. Cuando puedo me doy una vuelta para verlos.

Insistí con el gesto. Mayra Santelmo vaciló un instante y luego se sentó. Giselle, la hija del dueño del restaurante, se acercó a la mesa. La conocía bien a Mayra, estuvieron hablando un rato de conocidos comunes, que se habían ido a un destino mejor, libre de ceniza. La camarera era habladora y quizá Mayra Santelmo también lo fuera, pero mi presencia la cohibía. Era evidente que ellas dos soñaban con abandonar la región de arena volcánica en la que ahora vivían. No podían hacerlo, una por su trabajo y sus padres, y la otra porque no era momento de contratar a nadie en un restaurante que tenía tantas mesas vacías y tantos platos tachados en el menú. Giselle contó que estaba trabajando como voluntaria en la biblioteca, para que pudiera permanecer abierta. Yo estaba impaciente por pedir la comida, porque no había comido nada desde el desayuno, y ni siquiera había una panera en la mesa. Al final Mayra pidió unos *spaghetti*. Yo, un guiso de cordero y papas. Le ofrecí vino, pero pidió una Coca-Cola

light. Adiviné que no quería tomar alcohol delante de su superior. Pedí una copa, en vez de una botella.

—¿Sabe si Valeri pudo abrir el celular de Alescu?

—Sí, Emilia Alescu le dio la contraseña. Pero no encontró nada importante. Lo usaba poco. No llamó a nadie el día de su muerte, y en la víspera solo había llamado a su esposa.

Le señalé el folio que había traído.

—¿Encontró en el archivo la noticia de algún accidente de caza?

—No. Alescu solo aparece mencionado en una pelea con un constructor, hace cinco años, y luego cuando denunció el piedrazo contra el parabrisas de su auto. Pero sí encontré una denuncia por una mujer desaparecida. Yo me había tomado unos francos que me debían, Jara recibió la denuncia.

—¿Cuál es Jara?

—Uno de los dos agentes que tenemos. El más alto.

—¿Quién denunció la desaparición?

—Una vecina, Sonia Geralt. Una de las dueñas de la escuela Southland. Pero a los pocos días retiró la denuncia, dijo que había recibido noticias de la mujer.

Giselle, la camarera, trajo por fin la cazuela de cordero.

—¿Y en la comisaría no verificaron que la mujer hubiera aparecido?

—No. Fue en el peor momento de la ceniza, cuando mucha gente huyó espantada y sin avisar. La gente veía en el cielo señales del apocalipsis. Uno descubría un resplandor verde y maligno, otro aseguraba que los pájaros caían como meteoritos. Se decía que los coches dejarían de funcionar de un día para otro, que el agua estaba envenenada, que la ceniza convertiría en piedra nuestros pulmones… Pero todavía seguimos acá.

—Y los autos siguen funcionando.

—Bueno, el mío no muy bien. Pero mi padre lo compró con diez años, y de eso hace cinco. Los dos mecánicos que tenemos en

Bosque Blanco han ganado buena plata con el cambio de los filtros de aire.

Cuando terminé con mi plato, abrí la carpeta de plástico transparente. La mujer desaparecida se llamaba Irma Lang, setenta años. No tenía esposo ni hijos. Vivía sola. Había sido enfermera. Estaba jubilada.

—Me gustaría visitar la casa de esta mujer. ¿Habrá modo de conseguir la llave?

—Sonia Geralt, la vecina, tiene una copia. Se ocupa de que la casa no tenga el aspecto de un lugar abandonado.

Apenas terminó de comer, Santelmo buscó su billetera en la cartera, pero la detuve con un gesto. Me dijo que no iba a comer postre, solo quería irse a dormir. Desde la desaparición de Alescu, los días eran largos. Saludó con la mano a Giselle y salió del restaurante. Aunque se suponía que estaba a dieta, pedí un budín de pan con crema y dulce de leche.

CUATRO

Pero a la mañana no fui a la casa de Irma Lang porque me enteré en el desayuno de que el juzgado había permitido en tiempo récord la inhumación de Alescu. Esa misma mañana, a las once y media, se haría el entierro, apenas el cuerpo llegara desde la capital de la provincia.

Era una ocasión solemne, así que volví a ponerme traje y corbata, con la campera encima. Había un grupo reunido a la entrada del cementerio, bajo el arco de piedra. Eran unas veinte personas. Nadie se decidía a atravesar la puerta de hierro. Todos miraban la hora en el celular con alguna inquietud. Saludé a la señora Alescu, que me presentó a su hijo, Fernando, un hombre alto, de lentes, tímido. Me agradeció por haber dado caza al asesino de su padre. Respondí con frases vacías y le pregunté cómo había podido llegar, y me contó que, además del vuelo, había tomado tres micros, y había esperado horas y horas en terminales desiertas, en compañía de esos perros que siempre se ven en las estaciones de ómnibus.

Mayra Santelmo estaba a cierta distancia de la gente, como si no quisiera perder la visión de conjunto, y los observaba y de vez en cuando sonreía a modo de saludo. Traté en vano de identificar a alguien que correspondiera a la definición de «viejo loco».

—Tau no está, ¿no? —le pregunté.

—No.

Por el camino pasó un camión, un viejo Mercedes Benz de caja abierta. El chofer aminoró la marcha para dar una mirada. Si era de

la zona, trataría de adivinar a quién estarían enterrando. Los cortejos fúnebres, como los accidentes y los incendios, siempre despiertan interés. El camión era una ruina sobre ruedas. Había luchado durante años contra los vientos patagónicos y la nieve, y ahora parecía a punto de desarmarse. Llevaba una carga de ceniza que dejaba un relente gris en el aire.

—Es uno de los tres camiones que alquiló la municipalidad, con plata de la gobernación —dijo Santelmo—. Antes pasaban todo el tiempo. Muchos de los que perdieron el trabajo se salvaron porque el gobierno les pagaba por palear la ceniza y llenar los camiones.

—¿Y adónde la llevan?

—A cinco kilómetros hay una cantera de ripio abandonada. La tiran ahí.

Pronto apareció el coche que traía el ataúd. La viuda de Alescu empezó a llorar, como si todo lo anterior hubiera sido una premonición, y solo ahora la muerte se volviera real a través de símbolos oscuros: el largo coche fúnebre, la solemnidad sobreactuada de los dos empleados de la cochería, sus trajes negros mal cortados, los nudos anchos de sus corbatas. Uno de los hombres le acercó unos papeles para firmar y la señora Alescu firmó en el aire, sin mirar lo que estaba escrito, sin apoyar el papel, con la mirada en otra parte.

La mañana estaba fría y ventosa. Víctor Argés llevaba un gorro de lana negro y se había sacado uno de los guantes para fumar. Junto a él estaban los Olsen; la mujer con las mejillas encendidas a causa del frío y los ojos entornados, como si estudiara cosas lejanas. Un poco apartado, el viejo doctor Rossi. La ceremonia lo había sorprendido en medio de una visita: su maletín estaba tan gastado que las estrías atravesaban el cuero y un trozo de cinta de plomo sostenía la manija. Para mí el cementerio era un lugar ajeno, sin ningún nombre familiar grabado en las cruces o en las placas, pero ellos eran vecinos y aquel sitio debía estar cargado de recuerdos. Me

imaginaba que Argés, por ejemplo, tenía a su esposa y a su hija enterradas ahí y que la antigua señora Olsen era otro de los huéspedes. Y cuántos antiguos pacientes del doctor Rossi dormirían ahora bajo tierra.

Un sacerdote apareció en la puerta del cementerio, con una campera gastada sobre la sotana. Sesenta y cinco años, tal vez más, ojos celestes y cara redonda y lisa y sonrisa fácil. Yo miraba todos los abrigos en busca de una campera azul con piel sintética alrededor de la capucha, tal como la había descripto Zavala, pero nunca son tan sencillas las cosas. Además, esas camperas se habían vuelto a poner de moda, así que tampoco hubiera sido una pista segura.

El cura saludó a la señora Alescu con un abrazo, dijo algunas palabras que no llegué a oír, pero que podía imaginar, y luego nos hizo avanzar por un camino de lajas desparejas hasta la pequeña capilla de madera, donde hacía más frío que afuera. Los vitrales, sencillos y toscos, estaban rotos aquí y allá. Los empleados de la funeraria habían entrado el ataúd, con ayuda de los amigos de Alescu. Luego se fueron: tenían un largo camino de regreso hasta la capital de la provincia.

El cura contó que había conocido a Alescu hacía bastante más de medio siglo, porque habían sido compañeros en las salas heladas de la escuela Hudson y se sentaban en pupitres vecinos. Solía ayudar a Alescu con Castellano y le escribía las composiciones a escondidas. De vez en cuando agregaba alguna falta de ortografía, para que el profesor creyera que la redacción era de Alescu. Sus palabras despertaron algunas sonrisas. Luego tomó su ajada Biblia, de la que sobresalían papelitos y colgaba una cinta azul, y anunció que haría la lectura del día, Mateo 8, 18-22:

«Al ver Jesús la multitud que lo rodeaba, dio orden de atravesar el lago. Entonces se acercó un letrado y le dijo:

—Maestro, te seguiré adonde vayas.

Jesús le contestó:

—Las zorras tienen madrigueras, las aves del cielo tienen nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza.

Otro discípulo le dijo:

—Señor, déjame primero ir a enterrar a mi padre.

Jesús le contestó:

—Sígueme y deja que los muertos entierren a los muertos».

—Es palabra de Dios…

—Te alabamos, Señor.

Cada vez que un policía caía en cumplimiento de su deber, o que un alto funcionario se despedía del mundo, incluido un comisario mayor que se voló la cabeza de un escopetazo, mi padre me llevaba a la rastra al cementerio, y así tuve a edad temprana más ceremonias fúnebres que todos mis compañeros de escuela juntos. Frente a ellos me jactaba de mi experiencia, y añadía detalles truculentos, y no les hablaba de las lágrimas contenidas, ni del olor marchito de las flores, ni de las palabras de los curas que trabajan en los cementerios, que fingían dar consuelo, cuando en realidad necesitaban ser consolados, porque lucían siempre desanimados y ausentes. El recuerdo de aquellos lejanos entierros me desanimó y sentí el impulso de escapar del cementerio. Me costó contenerme: sabía que era muy posible que el asesino estuviera allí, que hubiera ido a contemplar las consecuencias de su obra.

Pronto encontré la excusa perfecta para escapar —la excusa perfecta para darme a mí mismo—, porque recibí un mensaje en mi celular: me habían enviado por correo electrónico el informe de la autopsia. El cura terminó de hablar, y todos salimos aliviados del frío de la capilla para enfrentar el frío del cementerio. La ceniza cubría las tumbas, apagaba los colores de las flores y se empeñaba en borrar las palabras escritas en las placas de bronce. El cuidador, que era también enterrador, aguardaba con una pala en las manos el momento de empezar a echar tierra sobre el ataúd. Estaba parado junto a la tumba abierta, como quien muestra un trabajo que ha

hecho, a la espera de aprobación, y debía ser realmente un trabajo extraordinario cavar una fosa en la tierra dura. Vestía un pantalón de lona y una camisa de viyela. A pesar de su falta de abrigo, el frío no parecía importarle. Llevaba unos guantes de descarne. Calculé que tendría unos cincuenta y cinco años, pero a veces esos hombres acostumbrados a la intemperie son más jóvenes de lo que parecen. Estaba quieto y tenso a la vez, atento a la orden de bajar el ataúd a la tumba, los ojos fijos en el cura, de quien esperaba instrucciones. Junto a él, sogas unidas a mosquetones, que servirían para bajar el ataúd a la fosa. El hombre necesitaría de varios voluntarios para cumplir la tarea. Seguramente serían los mismos que ahora llevaban el cajón: Olsen, Argés, el hijo de Alescu y dos hombres que no conocía.

Me acerqué a Mayra Santelmo:

—Tengo que irme, acabo de recibir el informe de la autopsia.

Asintió, y por un instante me pareció que ella, mi subordinada, me daba permiso para escapar de la prisión del recuerdo. Salí a paso vivo, con el mismo alivio que sentía a los doce o trece años cuando dejaba atrás el cementerio, y a los deudos de los policías y a todos los muertos.

CINCO

Conozco bien la retórica de los informes forenses, que juega a estar despojada de toda retórica: como si los médicos legistas fueran conscientes de que el lenguaje es un instrumento insuficiente, y que cada palabra solo sirve para proyectar sombras y vaguedades. Tratan de evitar toda consideración personal y de utilizar solo términos técnicos, de la manera más precisa posible, borrando adjetivos y adverbios. Y, sin embargo, el fervor por la técnica, lejos de eliminar toda vaguedad, la hace más honda, y muy a menudo me encontraba leyendo informes en los que no sabía exactamente qué había pasado, porque con el rechazo a la ambigüedad se rechazaba el lenguaje mismo. Logré descifrar que a Alescu lo habían golpeado tres veces. El primer golpe había quebrado el hueso occipital y los dos siguientes el parietal izquierdo. Probablemente el primer golpe había sido de pie, y había tomado a Alescu por sorpresa, porque no había ninguna herida defensiva. No había girado hacia su atacante: se podía conjeturar que o bien no lo había oído, o conocía al asesino y no le importaba darle la espalda. Alescu se había derrumbado boca abajo. Los otros dos golpes lo habían alcanzado ya caído. Tal como había conjeturado el doctor Rossi, era probable que el asesino fuera diestro. Por la forma de la herida, que conservaba un vestigio de geometría, el forense suponía que lo habían atacado con un martillo de cara cuadrada, la misma clase de martillo que todo el mundo tiene en su casa. Probablemente un martillo de carpintero de 16 o 20 onzas. El primer golpe hubiera bastado para matarlo, pero el asesino

había querido asegurarse de terminar su trabajo. Anoté en mi libreta: ¿dónde llevaba su martillo el asesino? ¿En una mochila, en una caja de herramientas? ¿Era un trabajador manual que había matado en un brusco ataque de furia o de locura? ¿O llevaba adrede el martillo? ¿Lo llevaba dentro de la campera, como había dicho Zavala? ¿Usaba alguna especie de funda?

Trenti, el cabo pálido, entró en la sala con una taza de chocolate, que le agradecí.

—¿Cómo se comporta nuestro huésped?

—No nos da problemas, comisario. Le di el diario, para que vea que salió en la tapa.

—Asegúrese de que coma y no tenga frío. No quiero que se nos enferme.

Santelmo llegó de la calle. Le pregunté si en el entierro había visto algo que le llamara la atención.

—No.

—¿Usted conoce al cura?

—Conozco al padre Eduardo desde hace ocho años, cuando me destinaron aquí.

—¿Tuvo algún problema alguna vez?

—Ninguno. La gente lo quiere. La parroquia ayuda como puede a tres o cuatro familias que viven en la periferia. El padre Eduardo tiene cada vez menos feligreses, pero resiste. La gente no va a misa, pero sigue haciendo bautizar a los hijos. El otro día en la misa contó un chiste sobre eso.

—¿Cómo era el chiste?

—Un cura de pueblo tiene un problema: la iglesia se le llena de palomas. Lo comenta con un cura amigo, que le dice: «Tengo la solución. Lo que tenés que hacer es bautizar a las palomas». «¿Y no vuelven?» «No. Una vez bautizadas, ya no vuelven a pisar una iglesia». —Santelmo se encogió de hombros—. No sé contar chistes.

—Yo tampoco.

En la repisa, entre libros viejos, escoltada por un Manual de Psicología forense y una guía de Bosque Blanco, había una biblia de tapa color bordó. La abrí. Busqué el pasaje que había leído el cura antes del entierro.

—Que los muertos entierren a los muertos —leí en voz alta.

—¿Cómo dice, comisario?

—Qué extraña lectura eligió el cura para un entierro.

—No la eligió. Es el evangelio del día.

¿Qué podría haber dado origen a una expresión tan extraña? El sentido era «Deja todo y sígueme». Pero el modo de decirlo era perturbador: un muerto entierra a otro muerto. Había estudiado en un colegio salesiano, pero nunca me habían explicado ese pasaje del Evangelio de Mateo.

SEIS

La casa de Irma Lang era un chalet de madera con una chimenea de piedra. Junto a la puertita de madera del pequeño jardín, el buzón estaba atiborrado de correspondencia. Tomé un fajo de sobres. Al lado de la puerta colgaba de un soporte de hierro una maceta colorada en la que alguien había pintado una cara sonriente y abajo la palabra «Sonría». Pero la planta que la habitaba se había secado y su tallo retorcido era un comentario escéptico sobre el poder de la sonrisa. Bajo el alero me esperaba una mujer que tenía más o menos mi edad, vestida con unos jeans, un pulóver tejido a mano y una campera color salmón.

—Creo que nos vimos en el entierro de Alescu —le dije—. Pero usted estaba con otra ropa.

—Le digo la verdad, cuando vuelvo de un velorio o de un entierro, me saco la ropa y la pongo a lavar. Una superchería que heredé de mi madre.

Le tendí la mano, mientras le daba las gracias por la molestia y le pedía disculpas por llegar unos minutos tarde. Había doblado mal en la bifurcación y me había perdido.

—No se preocupe. Le pasa a todo el mundo. Las calles tienen nombre en el catastro municipal, pero no llevan cartelito. De noche es peor.

Se llamaba Sonia Geralt. Me dijo que era una de las tres socias del colegio Southland.

—Y además me toca ser la directora.

—Sé que muchos alumnos se fueron.

—Alumnos y docentes también. Si quiere dar clases de algo, comisario, lo recibimos con los brazos abiertos.

Sacó del bolsillo un llavero que mostraba una muñeca rusa.

—Irma me dio estas llaves hace años, por si algún día perdía las suyas o se iba de viaje. Siempre me extrañó que se fuera a Bariloche sin avisarme. Por eso hice la denuncia.

—¿Era buena vecina?

—Nunca tuvimos un problema. Tampoco mucha relación. Una mujer muy discreta.

Durante un instante de silencio, fingimos que la discreción era una virtud digna de encomio.

—Esta llave, la más chica, abre el lavadero, donde está la garrafa. Se entra por afuera.

Me acompañó hasta el lavadero. Había una pileta de cemento, una garrafa de quince kilos, un lavarropas, un par de valijas viejas, anteriores a la invención de la ruedita, y una bicicleta amarilla, de mujer, con un canasto delantero.

—¿Andaba en bicicleta su vecina?

—A veces. Le gustaba también caminar. Le *gusta* caminar —se corrigió—. Es alta y da largas zancadas. No tiene auto.

Entramos a la casa, que olía a encierro. El frío de las casas vacías. Todo estaba en orden. Abrimos las ventanas y las celosías. La dueña de casa había improvisado burletes con nylon y con papel de diario, para que no entrara el polvo. Pero el polvo había logrado colarse en todas partes. Dejé los sobres que había sacado del buzón sobre la mesa y les di una mirada. Deudas de electricidad, de agua y de impuestos inmobiliarios. No había ninguna carta personal.

—Mientras dure este asunto de la ceniza no van a cortar los servicios, aunque las deudas se acumulen —me dijo la mujer, y encendió la luz—. Qué bueno que funciona. Hay muchos problemas

eléctricos por la ceniza. Es buena conductora de la electricidad, y eso provoca muchos cortocircuitos.

La heladera estaba vacía, desenchufada y con la puerta abierta.

—¿Usted entró a la casa antes? —pregunté.

—Una sola vez, antes de hacer la denuncia.

—Cuando alguien se va de viaje, vacía la heladera. ¿Encontró cosas que se podían echar a perder? Leche, huevos, carne…

—Encontré unos yogures y unos tomates, que tiré a la basura. Desenchufé la heladera y le trabé la puerta con una lata, para que no se cerrara.

Había un sillón, un televisor de un modelo considerablemente viejo, de marca Zenith, una estufa a gas, un mueble aparador que mostraba detrás del cristal figuritas de cerámica y cuadros en las paredes. Había ciervos, pájaros y águilas pintados sin gracia ni habilidad.

—¿De quién son los cuadros?

—De ella. Le encantaba pintar. Me regaló uno. Era un zorro, un perro, no sé.

—¿Lo colgó?

—Lo colgué, pero a mis hijos los asustaba, así que lo saqué. La última vez que vi a Irma fue cuando ganó un premio en el concurso de la biblioteca.

—Ganó con el cuadro de la mujer con la almohada.

—Exacto. ¿Cómo sabía?

—Por el estilo. —No solo los grandes genios de la pintura tienen su marca: también los que pintan cosas abominables—. ¿Por qué retiró la denuncia?

—Ah, porque todo se aclaró. Un día lo encontré a Rafael Alescu en el supermercado. Se había enterado de que yo había hecho la denuncia y me contó que la había llevado a Irma a Bariloche. Él tenía que ir por negocios, y ella le pidió si la podía alcanzar. Allá tiene una sobrina.

—¿Usted habló con ella o con la sobrina?

—No, nunca me llamó y celular nunca usó. Igual le doy una mirada a la casa de vez en cuando. Saco ramas caídas, para que no parezca completamente abandonada. Siempre hay riesgo de que la ocupen unos vagos, como el que encontró usted en el hotel del ciervo.

—Por casualidad, el nombre o el teléfono de la sobrina…

—Ella nunca me habló de la sobrina. Fue Alescu.

—¿Se acuerda de la fecha?

Pensó un rato.

—Unos quince o veinte días después de la erupción del volcán. Me acuerdo de que teníamos mucho miedo de lo que podía pasar.

—¿Sabe si la señora Lang estuvo casada?

—Sé que tuvo un marido, creo que murió hace tiempo. No tenía hijos.

Le pregunté si lo conocía bien a Alescu.

—Su hijo fue a nuestro colegio. En esa época yo era profesora, todavía no estaba en la dirección ni me había hecho socia.

—¿Cómo era Rafael Alescu como padre?

—Se creía el dueño del colegio porque pagaba una cuota. Pensaba que los profesores éramos sus empleados. Un perfil bastante habitual.

—Me imagino.

—Si a su hijo le iba mal en Literatura, la culpa era del profesor de Literatura que no sabía enseñar. No debió ser fácil para Fernando, el hijo. Apenas pudo se fue.

Me resultaba muy agradable hablar con la señora Geralt, pero había llegado el momento de echarla.

—¿Le molesta si miro?

—Mire tranquilo. Yo soy tan intrusa como usted. Quédese con las llaves. Después Mayra me las trae. ¿Cree que le pasó algo malo a Irma?

—Voy a tratar de encontrar el número de teléfono de la sobrina.

La mujer, dando por frustrada su curiosidad, dio un suspiro, sonrió y se fue.

SIETE

En la planta baja estaba el comedor, la cocina y un baño para visitas. No había nada de lujo, pero tampoco había señales de que la mujer hubiera pasado privaciones. Había pocos libros: los pequeños volúmenes de Corín Tellado, siempre con un hombre y una mujer en la portada, y unas viejas novelas románticas de tapas color rosa con dos rosas con los tallos cruzados. También había unos destartalados libros en alemán, que seguramente habían pertenecido a los padres de Irma Lang, porque el apellido se repetía en la portadilla, y ajados ejemplares de la revista *Selecciones*. *Causas de la infidelidad matrimonial*. *Secretos para volverse un triunfador*. *¿Influye la Luna en nuestras decisiones?* El dormitorio tenía una cama doble con un cobertor con flores violetas. Bajo el vidrio de la mesita de luz, fotos descoloridas de una pareja en una playa: imaginé que eran Irma Lang y su difunto marido. El marido era un hombre alto, de lentes, incapaz de sonreír ni para el *digan whisky* de las fotografías. Abrí botiquines, cajones, cajas de zapatos. Al mirar esas cosas, tuve la certeza de que la mujer estaba muerta. Muchas veces había mirado las cosas de los muertos, tan parecidas a las de todos y sin embargo distintas, como si la muerte del dueño las uniera en un esquema común. Tijeras de uñas, frascos de perfumes, anteojos rotos que su dueño no se decidía a tirar, llaves que han perdido su puerta. Cuando son propiedad de los vivos, las cosas buscan caerse, pasar a otras manos, esconderse en los cajones, en los bolsillos, debajo de los sillones. Pero las cosas de los muertos quedan congeladas en la

constelación del abandono. Ya nadie las pierde, ni nadie las encuentra.

Terminada una búsqueda superficial, me dedique a una más profunda, y abrí el ropero y revisé los bolsillos de viejos abrigos y camperas de nylon con el cierre roto, y abrí carteras de cuero y de plástico: un paquete de pastillas de menta DRF, un pasaje de ómnibus de años atrás, un billete que ya no circulaba, un collar con la presilla rota que derramó las cuentas negras y amarillas por la habitación. Busqué una silla para hurgar en lo alto del ropero. Saqué una almohada que me estorbaba y encontré un cuaderno forrado con arpillera, y decorado con recortes de pañolenci que formaban una casa, un sol y unas nubes.

Llevé el cuaderno a la mesa de la cocina, donde tenía mejor luz. Era un cuaderno viejo, tal vez forrado para la escuela, pero había terminado por servir de recetario. La primera era una receta anotada a mano de torta galesa. Azúcar negra. Harina 0000. Jengibre. Pasas maceradas en brandy o en licor. Nueces. Cacao. Miel… Luego había una receta de *strudel* de manzanas, también anotada a mano. Más adelante, las recetas anotadas se intercalaban con otras recortadas de diarios o revistas.

Pasé las páginas para ver si estaba anotado el teléfono de la hipotética sobrina. Hacia la mitad del cuaderno las recetas se interrumpían. Con la caligrafía cuidada con que había escrito las recetas, la misma mano había anotado nombres y fechas.

Etelvina Dalonso 12 de mayo
Marcos Silvert 2 de febrero
Augusto Bellacqua 18 de junio
Miriam Irma Saccone 30 de diciembre
José Álvarez 29 de noviembre
Domingo Plá 8 de agosto
Delfor Vari 3 de mayo

No había mención de años, pero era evidente que entre el primer nombre anotado y el último los años habían pasado. Me detuve en un apellido conocido:

Juana Marques de Olsen 8 de marzo

¿La difunta señora Olsen?

En la misma página, pero hacia el final, encontré el apellido Alescu:

Mabel Etchart de Alescu 19 de septiembre

El último nombre de la lista era *Darío Vando 24 de mayo.*

(Hago un poco de trampa al escribir esos nombres, como si todo el tiempo hubiera tenido el cuaderno conmigo o como si mi memoria hubiera conservado nombres y fechas. En su momento leí y olvidé, y solo unos pocos nombres quedaron en mi memoria. Ya se verá que el cuaderno lo perdí, y que solo lo recuperé cuando lo alcanzó la sangre que avanzaba por un mantel a cuadros).

Volví al piso de arriba. Cuando quise devolver la almohada a lo alto del ropero, me di cuenta de que era una almohada igual a la del cuadro que había visto en la biblioteca. Una almohada blanca, de tela gastada, lavada incontables veces. Lo que yo había tomado por puntos o flores eran pequeñas cruces bordadas en hilos de colores.

La búsqueda debe ser metódica y desapasionada: eso nos enseñan. Cuanto más atrapados estemos en los sargazos de la conjetura, más riesgos corremos de encontrar indicios que corroboren esas conjeturas. Se lo llama, en investigación policial, el «sesgo del hallazgo»: tendemos a encontrar en la realidad lo que ya hemos hallado en nuestra mente. El nombre de Alescu en el cuaderno forrado de arpillera establecía un nuevo contacto entre el crimen de Alescu y la desaparición de Irma Lang y me había

provocado ese entusiasmo ciego que había sentido antes, en otras investigaciones, y que es peligroso, porque oculta los obstáculos; es un momento de inocencia en que uno cree que todo es fácil y que alguna clase de triunfo espera a la vuelta de la esquina. Era dueño de nombres y fechas, como si se tratara de un código secreto. Estaba ansioso por dejar la casa y ponerme a trabajar en los nombres. Apurado, cerré las ventanas y salí de la casa con el cuaderno bajo el brazo. Contemplé por un momento el llaverito con la matrioska y pensé que si bien no había llegado a la última muñeca, la más pequeña y recóndita, al menos había abierto la primera. Pero antes de que terminara de girar la llave en la cerradura, el golpe me derribó.

OCHO

La médica que estaba en la guardia de la Clínica Sobral desinfectó la herida, me dio tres puntos y me hizo tomar un analgésico. Se llamaba Lía Margarit. Tenía el nombre bordado en el guardapolvo. Era una mujer enjuta, atlética, de unos cuarenta años. Llevaba un ambo blanco, unos lentes modernos, de marco colorado y unos aros de perlas.

—Me dijo Mayra que le pegaron con una maceta. ¿Alguna mujer despechada?

—No llegué a ver quién era.

Me insistió para que me hiciera una tomografía computada en la capital de la provincia o en Bariloche.

—Doctora, ni siquiera llegué a perder la conciencia.

—¿Ni un instante?

Recordaba el relámpago de dolor y luego un sueño. Estaba en la casa de mis abuelos maternos. Roperos grandes y abrigos que colgaban con olor a lavanda y a naftalina, y vitrinas llenas de objetos frágiles y absurdos, y cajones con cajas de cigarritos Avanti de mi abuelo, mazos de cartas, barras de azufre y fósforos de cera. Cuando logré salir de la ensoñación y pude sentarme en el suelo, rodeado de tierra y de sangre, el cuaderno no estaba. Tal vez el ropero que acababa de revisar, y donde había encontrado el cuaderno, había sido el estímulo del sueño. Pero es difícil calcular la duración de un sueño: en un solo segundo se puede viajar a la niebla del pasado o a los temores del porvenir.

—Tengo mucho trabajo por delante —le expliqué.

—Esos golpes pueden ser engañosos. No hay modo de saber a simple vista si no hay una lesión interna.

—Mi jefe no vería con buenos ojos que me apartara del caso.

Me tomó la mano y me señaló el anillo.

—¿Es casado, no? Su mujer no vería con buenos ojos que se derrumbara en la calle. Si hubiera un tomógrafo en Bosque Blanco, yo misma lo llevaba. Pero somos una clínica pequeña. Nos especializamos en catarros y en macetazos a la cabeza.

—¿Usted estaba la noche del robo?

—No, a veces duermo.

—Me dijeron que se llevaron una computadora de administración.

—Ojalá, pero no. Era una de las *notebooks* donde se guardan las historias clínicas. Material delicado.

—¿Está segura?

—Tenemos copia, por suerte.

—¿Esos archivos tenían algún código?

—El código para acceder a la computadora, nada más. Antes era una clave alfanumérica, pero ahora es un pin de siete dígitos. No uso esa computadora, pero adivino que deber ser 9876543 porque acá le tienen más miedo a olvidarse las claves que a los posibles *hackers*.

—¿No tienen cámaras de seguridad?

—Las instalamos hace cinco años, pero no funcionan desde hace dos. Igual, no nos servían de nada. Mientras estuvieron funcionando, nunca tuvimos necesidad de mirarlas. Bosque Blanco es un pueblo tranquilo.

—Era. ¿Y las otras cosas que se robaron?

—Regalos para el director de la clínica, pero hace dos años que no viene. Abrió otro centro médico en Bariloche y le va mucho mejor. No creo que se preocupe mucho por esos regalos, que estaban olvidados en un cajón.

—¿Y quién está al frente de la clínica?

—Yo, pero sin ganas. No existe trabajo peor que la administración hospitalaria. No nací para sanitarista. Apenas consigan a alguien, dejo el puesto.

Una enfermera vestida con un ambo de color rosa entró a llamar a la médica.

—Ahora voy, Yolanda.

La doctora Margarit me anotó una receta.

—Compre este analgésico en la farmacia y si le sigue doliendo toma uno cada ocho horas. No se le ocurra tomar aspirinas, que tienen efecto anticoagulante y puede volver a sangrar. Ahora espere veinte minutos sentado en el pasillo. No se vaya antes de eso.

Salí de la sala y me senté en el pasillo de la clínica, obediente. Láminas de Renoir y Manet en las paredes. Colores suaves que decían: no hay nada de qué preocuparse. Traté de poner la mente en blanco, pero los signos de interrogación me visitaban. ¿Quién me había robado el cuaderno? ¿El asesino? ¿Valeri? El analgésico empezaba a hacer su efecto, no sé si sobre mi herida pero sí sobre mi espíritu. Me sentía un poco más calmado, y el impulso por escapar de la clínica empezaba a desaparecer. Había poco movimiento a mi alrededor. Una enfermera pasó por el fondo del pasillo. Un teléfono sonó en alguna parte. El ladrón de la computadora no debía haber tenido grandes problemas para entrar, robar la computadora y salir.

Por el fondo del pasillo apareció Mayra Santelmo. Me sonrió, un poco a su pesar.

—Gracias por rescatarme.

—¿Cómo se siente, comisario?

—Impaciente por ir a buscar mi auto.

—¿No quiere que vayamos después?

—Vamos ahora.

Era el mismo patrullero en el que Santelmo me había llevado a la clínica. El cabezal del asiento del acompañante seguía húmedo: la

sargento había tratado de limpiar las manchas de sangre. Mientras Santelmo conducía, anoté los nombres que recordaba en mi libreta. Luego se los leí.

—¿Sabe qué pueden ser esos nombres y fechas? —pregunté—. Estaba anotado el día y el mes, pero no el año.

—¿De dónde los sacó?

—De un cuaderno que encontré de la casa de Irma Lang. Alguien me golpeó para sacarme ese cuaderno.

Hizo un silencio.

—¿Seguro que no le suena ningún nombre?

—Delfor Vari… era el abuelo de una amiga mía.

—¿Lo mataron?

—¡No! ¿Quién lo iba a matar, pobre viejo? Era ferroviario jubilado. Murió en su cama, de alguna de esas complicaciones de la vejez, neumonía bilateral o algo por el estilo. Repítame los nombres.

Le mencioné a una mujer de apellido Alescu.

—Mabel Etchart de Alescu. La madre de Rafael Alescu. Era una señora muy mayor. En una época cultivaba tulipanes y salió primera en un concurso regional. Se enfermó, la internaron en Bariloche y después la llevaron a la casa y ahí murió.

—Otro apellido conocido: Olsen. Juana Olsen, creo.

—La primera esposa de Olsen.

—¿No hubo nada raro en su muerte?

—No. Estaba enferma desde hacía tiempo.

También recordaba el nombre de Darío Vando, porque era el último que estaba escrito.

—Esa sí es una historia triste. Un bebé de un año o año y medio. El padre es electricista de obra. Al nacer sufrió una infección, que lo convirtió en un vegetal, pobrecito. Parálisis cerebral. La casa se llenó de aparatos, de tubos de oxígeno. Tuve que entrar en la casa una vez porque el matrimonio se peleaba a los gritos y los vecinos nos

llamaron. Después de que murió el bebé, salieron adelante. Ya tenían un hijo más grande y tuvieron otro.

—Había muchos nombres en ese cuaderno. Seguramente eran pacientes que Irma Lang cuidó en algún momento. Pero ¿por qué anotaría las fechas de las muertes?

—¿Por qué piensa que son las fechas de las muertes? Pueden ser cumpleaños. Pueden ser las fechas en las que entró a trabajar en la casa de esas personas. O en las que dejó de trabajar.

—Tiene razón. Pero si fuera así, anotaría las dos fechas, entrada y salida. Además, ¿por qué alguien querría robarme ese cuaderno? ¿Usted le dijo a alguien que yo iba rumbo a la casa de Irma Lang?

—Valeri me preguntó dónde estaba usted, y le contesté.

—¿Quién más la escuchó?

—Trenti y Jara, que es el otro agente. Pero cualquiera podía saberlo.

—¿Qué quiere decir?

—Que todos miran adónde va, con quién habla. Parece que nadie presta atención, pero todos están pendientes de usted.

—¿Todos los de la comisaría?

—Todos los del pueblo.

Llegamos a la casa de Irma Lang. La sargento Santelmo se había ocupado de cerrar la puerta de la casa y de tomar las llaves cuando me había rescatado. Mi auto había quedado abierto, pero mi atacante no había tocado nada. Solo le interesaba el cuaderno forrado en arpillera.

—Vaya tranquila, sargento. Voy a visitar al padre Eduardo. Y gracias de nuevo por venir al rescate.

La sargento Santelmo sonrió antes de subir a la camioneta.

En el suelo, cerca de la puerta, había tierra, los restos de la maceta y mi sangre. Levanté del suelo un pedazo de terracota roja que insistía: «Sonría».

NUEVE

La iglesia, con su cúpula rematada en una cruz blanca, era demasiado alta para el poco terreno que ocupaba, como si quisiera competir con las coníferas que la rodeaban. Las paredes de piedra blanca podían resistir el paso de los siglos, pero el techo de tejas de madera, decorado por la ceniza y las agujas de los pinos, mostraba en los bordes carcomidos la huella del tiempo. Dos columnas de piedra blanca sostenían el alero. La puerta de madera estaba cerrada. A la izquierda de la iglesia estaba la casa parroquial, que era de madera y que parecía de construcción más reciente que la iglesia. Junto a la casa, un Ford Fiesta colorado, maltratado por años de intemperie. Golpeé suavemente a la puerta de la casa parroquial. El sacerdote abrió de inmediato. Ahora no llevaba sotana, como en el entierro de Alescu, sino un jogging azul, desteñido.

—¿Qué le pasó en la cabeza, comisario? Lamento que se vaya con un mal recuerdo de Bosque Blanco.

—Todavía no me voy. Tengo tiempo para peores recuerdos todavía.

—Imagino que vendrá a preguntarme por Alescu. —Se hizo a un lado para dejarme pasar.

Me senté en un sillón de dos cuerpos, de madera oscura, con almohadones. En una mesa baja había un pocillo de café, diarios viejos y una novela policial de Ed McBain. En la pared se veía una fotografía a color del Papa y viejas fotografías en blanco y negro de los orígenes de la parroquia.

—En realidad, venía a preguntarle por Irma Lang.

Hizo un gesto como si no recordara exactamente el nombre. Conocía la estrategia. Estaba ganando tiempo. Ahora su mente estaba dividida en dos columnas: qué decir y qué no decir.

—Me temo que no lo puedo ayudar mucho, no la conozco bien.

—¿Sabe dónde está?

—No. La veía muy de vez en cuando en alguna de las reuniones que solemos hacer para recaudar fondos. Un bingo, una kermés. Ayudamos a tres familias que viven en la periferia de Bosque Blanco. Ella no venía a la iglesia, pero sí se acercaba cuando hacíamos esas fiestas para recaudar fondos. El padre de la señora Lang era luterano, alguna vez me lo dijo. Ella nunca frecuentó ninguna iglesia.

—Le dieron un premio de pintura.

—En la biblioteca, me acuerdo. Era algo organizado desde antes de la erupción del volcán. Pero no pude ir a la entrega. Por el peso de la ceniza se había derrumbado el techo de una casa muy precaria. Estuvimos ayudando, con algunos voluntarios.

—Creo que usted sabe que Irma Lang está muerta.

Mi afirmación no lo tomó por sorpresa. No abrió los ojos ni se quejó por mi brusquedad. Era un hombre acostumbrado a ocultar lo que sentía y lo que pensaba.

—¿Por qué cree que está muerta? —preguntó casi con dulzura.

—Cuando hizo el oficio fúnebre por Alescu, leyó un pasaje del Evangelio…

—Sí, Mateo 22…

—En la comisaría encontré una Biblia. Atrás hay un diagrama para indicar las lecturas que corresponden a cada día de la semana y a cada domingo. Es un ciclo de dos años, y un sistema muy complicado de entender. Porque por un lado se organizan las lecturas de los días de la semana, por otro lado las de los domingos…

—Me dio más de un dolor de cabeza durante el seminario… Además, el año litúrgico no comienza el primero de enero, sino el primer domingo de adviento del año anterior. Un compañero llamaba a ese calendario de lecturas la «tabla de logaritmos de la fe».

—Pero después de estudiarlo un rato, empecé a entender el sistema. Al menos, lo entendí lo suficiente como para darme cuenta de que no correspondía leer ese pasaje del Evangelio de Mateo, sino Marcos, 16, 15-20. Pero nadie se fija en esas cosas, ¿no? El cura dice que es la lectura del día y uno lo acepta.

—En un oficio fúnebre, no es necesario hacer la lectura del día. Se puede leer cualquier pasaje del Antiguo o del Nuevo testamento.

—¿Pero por qué ese pasaje en particular?

—Los romanos jugaban a un juego adivinatorio que se llama las sortes virgilianas. Hacían una pregunta sobre el futuro, o sobre una decisión que debían tomar, y luego señalaban al azar un verso de la *Eneida* y a menudo encontraban un vínculo con la situación presente. Con la Biblia ocurre lo mismo. Siempre encontramos un pasaje que dice algo sobre lo que estamos viviendo.

—No creo, padre, que en el responso de Alescu usted haya abierto la Biblia al azar.

—No del todo. El Evangelio de Mateo siempre fue mi favorito.

—Creo que estaba mandando un mensaje.

—¿Un mensaje? ¿A quién? Todos nos conocemos. Si quería mandar un mensaje a alguien, se lo hubiera dicho al oído. O le hubiera mandado un mensaje al celular.

—¿Pero qué pasa si uno quiere mandar un mensaje privado a alguien cuya identidad desconoce? Usted sospechaba que Alescu había matado a esa mujer, y pensaba que alguien la había vengado. Se había enterado de alguna manera y había agarrado un objeto contundente, probablemente un martillo, y había asesinado a Alescu. Y usted quería que el asesino dejara atrás el pasado y se detuviera

ahí. Que no buscara algún otro culpable. Que siguiera adelante con su vida. Que los muertos entierren a los muertos.

—No tengo ninguna certeza de que Alescu haya matado a la señora Lang.

—¿Cómo supo que esa mujer había muerto? ¿Secreto de confesión?

—¿Secreto de confesión? Cuando nos ordenan sacerdotes, pensamos que en la confesión nos vamos a encontrar con pecados terribles. Maté a mi vecino. Cometí incesto. Soy un criminal de guerra nazi. Pero nos espera algo muy distinto. Le dije una mentira a mi marido. Saqué plata de la caja chica de la oficina. Tengo una amante. Robé un frasco de café instantáneo en el supermercado. Esas cosas.

—¿Por qué hizo esa advertencia?

—No sé quién mató a Alescu. Apenas conocía a la señora Lang porque, como le dije, no era de mi parroquia. Salgo a caminar por las mañanas, aun con frío. Camino mucho. Un día me crucé con Alescu, estaba confundido, ni siquiera me saludó. Yo estaba volviendo, serían las once. Él tenía el rifle colgado del hombro. Era la cara del que acaba de cometer un terrible error, un error que no puede enmendarse, ni confesarse, porque los peores pecados nunca se confiesan. No me vio. Pasó cerca mío como si el mundo real hubiera desaparecido y estuviera caminando por los pasillos de su obsesión. Sé que todos se burlan de nosotros, los curas, porque damos consejos a matrimonios cuando no estamos casados, y damos consejos a los padres cuando no tenemos hijos. Pero con los años desarrollamos alguna clase de sensibilidad para el desastre: aprendemos a detectar las miradas, las manos que tiemblan, las palabras que no pueden ser pronunciadas, la trampa de la soledad. Nos volvemos expertos en desesperados. Yo supe que Alescu estaba en medio de un desastre. Como si lo viera caminar sobre los restos de una catástrofe aérea. Subió a su camioneta y se fue.

—¿No había oído un disparo antes de ver a Alescu?

—No oí nada, salvo el viento y los crujidos de las ramas. Pasaron los días. Yo me preguntaba a quién podría haber lastimado Alescu. Tenía que ser alguien sin familia. Nadie había denunciado a una persona herida, muerta o desaparecida. Pero entonces me enteré de que Sonia Geralt, la directora del colegio Southland, había hecho una denuncia. Ella misma me lo dijo. Todo encajaba. La señora Lang podía desaparecer sin que nadie se enterara. Era la candidata perfecta.

—La candidata perfecta para qué.

—Para el olvido. Sin esposo, ni hijos, ni amigas. Una vez leí una noticia en el diario que me impresionó. Era un recuadrito chiquito. Pasó en Alemania, en Hamburgo. Un hombre que vivía solo murió mientras miraba la televisión. Lo encontraron siete años después. Como la electricidad se pagaba por débito automático, en todo ese tiempo ni siquiera se apagó el televisor. El pobre hombre desapareció del mundo sin que nadie notara su ausencia.

—Si pensaba que esa mujer estaba muerta, debió haber avisado a la policía.

—Iba a hacerlo, pero me dijeron que había dado señales de vida. Que se había ido de Bosque Blanco por la ceniza. No sabe el alivio que sentí en ese momento. Pero después de la muerte de Alescu, empecé a hacerme algunas preguntas…

—¿Y piensa que el asesino de Alescu estaba ahí, en el cementerio?

—Puede ser.

—La señora Lang no tenía ninguna amistad muy profunda en el pueblo. ¿Quién podría querer vengarla?

—No se me ocurre. No soy un investigador. Yo solo quería recordar el mandamiento sobre el que se funda la comunidad: No matarás. Su trabajo, comisario, consiste en saber quién es el asesino. El mío, no: se trata de que nadie vuelva a matar.

—También mi trabajo es ese.

—Entonces, que los muertos entierren a los muertos.

DIEZ

Valeri no estaba en la comisaría, así que lo fui a buscar a su casa. Vivía en las afueras de Bosque Blanco. Las casas que flanqueaban la suya parecían abandonadas. Apagué las luces y el motor. Antes de que bajara del auto alguien salió de la casa. Era Karina Olsen. Vestía jeans, una campera blanca y zapatillas. Se arregló el pelo, como si temiera que algo la delatara, miró hacia los costados para comprobar que nadie la estuviera mirando y echó a caminar hacia su camioneta. No me vio. Se había cuidado de dejar el auto a unos doscientos metros de distancia. Comprendí por qué la señora Olsen se había mostrado tan poco simpática conmigo. Sabía que yo me enteraría, tarde o temprano, de su amorío. Como huésped del hotel, yo era un puente peligroso entre el mundo de Valeri y el de Olsen.

En la casa, una cortina se movió y supuse que Valeri ya me había visto. Era alguien acostumbrado a vigilar, a distinguir el ruido de un motor de otro. Lo habían ido a buscar una vez y aunque había matado a dos, no era imposible que la visita se repitiera. A los pocos segundos salió. Se había puesto su campera de policía sobre un viejo equipo de gimnasia verde. No llevaba sus antiparras amarillas. Bajé del auto. Hacía frío.

—Nebra. Qué sorpresa. Lo invitaría a tomar un café, pero tengo cosas que hacer y además no tengo café. Creo que tengo un vodka en el freezer.

—Cuándo pensaba decirme que el ladrón robó la computadora donde estaban las fichas médicas de todos los pacientes.

—Cada uno tiene su línea de investigación. Usted, sus flores aplastadas. Yo, las fichas médicas.

—¿Tiene las fichas médicas?

—No. Se niegan a dármelas.

—Y entonces, ¿qué investiga?

—Investigo la posibilidad de que esas historias clínicas tengan alguna importancia.

—Trabaja para mí. Tiene que contarme todo lo que encuentra.

—Se lo iba a contar, pero usted es tan movedizo que le pierdo el rastro.

—¿Dónde está el cuaderno?

—¿Qué cuaderno?

—El que me sacó.

—No le saqué nada.

—Lo voy a buscar.

Me acerqué a la casa, pero se cruzó en mi camino. Entonces lo empujé con fuerza. Dio dos pasos tambaleantes hacia atrás y cayó sentado. Pensé que se levantaría para atacarme, y me preparé para recibirlo, con los puños cerrados. Pero se quedó en el suelo.

—No tengo ningún cuaderno, Nebra. Y no dé estos espectáculos. De mí, los jefes piensan lo peor. Pero usted tiene un nombre que defender. O, al menos, el nombre de su padre.

Se puso de pie y se sacudió el polvo de la ropa. En ese momento me entró una llamada. Era la sargento Santelmo. Me esperaba en la casa de los Tau.

ONCE

Cuando llegué a Las Águilas había empezado a oscurecer. La casa estaba con todas las luces encendidas, inclusive las del primer piso, ya que los policías habían revisado cada habitación por si estaba el asesino dentro. Cerca de la entrada, dos camionetas de la policía y una ambulancia. También estaba el Volkswagen Polo del fiscal Sirio. Los policías habían llegado apurados, preparados a detener el proceso de la muerte, pero se habían encontrado con que no había nada que hacer, solo firmar planillas y esperar órdenes y preguntar si alguien se había acordado de traer el termo de café. Todos estaban resignados a la espera, como si la señora Tau ahora enseñase, desde su cátedra de sangre, una lección de paciencia. En la galería, en un sillón de metal pintado de blanco, entre las columnas descascaradas que sostenían el alero, Silvio Tau fumaba un cigarrillo negro, y miraba la forma del humo como si pudiera advertir en las volutas un mensaje secreto. Era un hombre alto, huesudo. Estaba vestido con bombacha de campo y botas y una vieja campera verde de Duvet. El pantalón estaba manchado de sangre y también las manos y las mangas de la campera y la cara. No parecía ni triste ni desesperado, sino apenas ausente, como si hubiera descubierto en el humo que todo lo que lo rodeaba era irreal. A sus pies había un perro grande y negro que de vez en cuando ladraba, inquieto por la presencia de los extraños pero a la vez apenado, como si comprendiera lo que había ocurrido. Trenti y Santelmo estaban de pie en la galería, mudos, custodiando la puerta.

Acaricié la cabeza del perro, que se movió nervioso. No necesito caricias. Necesito que todo vuelva a la normalidad. Me presenté ante Tau, dije mi nombre, y no me animé a tenderle la mano, porque pensé que no la aceptaría.

—Ah, usted es el nuevo comisario. Dice el diario que atrapó al asesino de Alescu. Los diarios se equivocan y nuestro diario, *El Correo del Sur*, se equivoca más que ninguno.

Le pedí permiso para pasar y se encogió de hombros mientras aplastaba la colilla contra el cenicero. En el umbral estaba el fiscal, como si no se atreviera ni a entrar ni a salir. Su perfume continuaba allí, invicto.

—La fiscal debe estar nadando en el mar Egeo, comisario. Y a mí me toca esto. ¿No le parece que es injusto?

—Si el mundo fuera justo, doctor, todos estaríamos nadando en el Egeo.

—Qué mirada optimista sobre la especie humana.

La casa olía a leña y a eucalipto; todavía ardía algún madero en el hogar, pero no por mucho tiempo. En las paredes colgaban platos con escudos de ciudades alemanas. La mesa era demasiado grande para aquella pareja de solitarios. La escalera subía a los dormitorios, con escalones un poco más altos que los normales. En el aparador, copas de color verde y rubí; vajilla que venía de Bohemia, y que había resistido tantos años sin perder una pieza porque no la habían usado nunca. Siempre se espera la ocasión ideal para usar las copas de cristal tallado y los cubiertos de alpaca, y las servilletas bordadas y todos los regalos del casamiento, y pasan los años y la vida y todo queda sin estrenar. En la mesa vi una caja de madera, abierta, con piezas de dominó de color marfil.

La sargento Santelmo me señaló una bandeja giradiscos conectada a un sintetizador y a unos parlantes. Un JVC de los años ochenta. En la bandeja había un disco de etiqueta amarilla. En un

mueble se veían muchos LP. Algunos en cajas que reunían varios discos.

—Estaba escuchando música cuando la mataron —dijo Mayra Santelmo en voz baja—. El disco estaba rayado, y la púa quedó repitiendo las mismas notas. Estaba a todo volumen. El marido apagó el aparato cuando entró.

Hubiera querido seguir mirando la colección de discos o los tesoros intocados de las vitrinas o los libros manoseados de los estantes, o aunque más no fuera una pila de diarios amarillentos, pero tenía que seguir las huellas de sangre que salían de la cocina. Inflé los guantes de látex, para que fuera más fácil ponérmelos, y sentí el gusto áspero del talco en mi boca. Era una cocina grande, con una cocina económica adaptada a gas. Sobre la hornalla, una pava abollada y ennegrecida por el uso. Sobre la mesada de mármol, una pava eléctrica, una tetera y dos tazas de porcelana y una azucarera. También un platito con scones caseros. En el suelo, la señora Tau, boca abajo, con la cabeza aplastada a martillazos. A simple vista, me dio la impresión de que los golpes habían hundido el occipital y quizá también el parietal derecho. La cabeza estaba volteada hacia la izquierda y al agacharme descubrí los ojos abiertos. Llevaba una bata escocesa, y bajo la bata unos jeans y un pulóver amarillo. Vestía unas medias térmicas y unas zapatillas con corderito en su interior. Una de las zapatillas se había salido. Junto a la señora Tau, la sangre, hollada por los zapatos del señor Tau, de los policías y tal vez del asesino.

—Marta, Marta.

Era Valeri, que había aparecido a mis espaldas. Ahora vestía su uniforme. Se agachó junto al cuerpo. Miró la cara de la muerta sin impresión, y lo envidié, porque yo había visto muchos muertos, pero los ojos abiertos me inquietaban como la primera vez. Se persignó.

Valeri metió la mano en un bolsillo de la bata y no encontró nada, pero del otro sacó un sobre que se había manchado con sangre.

—Para su delicada colección de símbolos, Nebra.

Abrí el sobre. Una amapola roja, conservada entre las páginas de algún libro.

—Creo que será mejor que larguemos a ese pobre infeliz de Zavala —dijo Valeri.

Alescu había confiado en su asesino. Le había dado la espalda sin preocuparse por él, mientras se acercaban al ciervo de bronce. La señora Tau también había confiado en su asesino. Le había servido té. Llevaría el té a la mesa y conversarían. Tal vez le había gustado la visita imprevista. La señora Tau vivía esa soledad que es propia de los enfermos, y que no recibe más que palabras de aliento, siempre infantiles e inoportunas. Salía poco, me enteraría después, pasaba el día en la casa, escuchando música para piano, y recordando quién sabe qué, porque la música es siempre un palacio de la memoria. ¿La había tomado de sorpresa la visita? ¿Era una visita regular? ¿Había recibido al desconocido con alegría?

Valeri estudió un repasador de tela de toalla con el dibujo de unas plantas:

—El asesino debe haber lavado el martillo antes de guardarlo. Y lo secó, por supuesto.

Imaginé al asesino lavando el martillo mientras el corazón de la señora Tau latía por última vez.

—¿Usted era habitué de la casa, Valeri?

—Me reúno con Tau en el café El León, pero vine un par de veces a cenar.

—¿Ve algo cambiado? ¿Falta algo?

Miró a nuestro alrededor, sin mayor interés.

—No. Es el ambiente áspero y anticuado de los Tau. Ni la hija consiguió *aggiornar* un poco este mausoleo.

—¿Tienen una hija?

—Lucía, bióloga marina, vive en Madryn. Viene de vez en cuando para pelearse con su padre. Tau quiere tener nietos y Lucía cambia

de novio cada verano.

Entró el doctor Rossi e hizo un vago saludo impersonal. Llevaba, como siempre, una corbata oscura de nudo pequeño. Miró el cuerpo desde el umbral.

—¿La conocía, doctor? —le pregunté.

—Claro que la conocía. Una buena mujer.

—¿Y el marido?

—Silvio Tau… bueno, un hombre de carácter.

—De carácter podrido —dijo Valeri —. Siempre enojado, a pesar de que siempre me gana al dominó.

—¿Juegan por plata? —le pregunté.

—Qué pregunta, comisario. Debería saber que los juegos de azar por plata están prohibidos en toda la provincia. A menos que uno sea dueño de un casino.

Trabajosamente, Rossi se agachó junto al cuerpo. No sé cómo hizo, tan alto y tan viejo, pero lo logró. Con un termómetro electrónico le tomó la temperatura.

—Treinta y un grados. Luego el forense será más preciso, pero debe haber muerto hace unas cuatro horas.

Sin tocar el cuerpo, estudió las heridas. Luego Valeri lo tomó del brazo y lo ayudó a levantarse.

—¿Le da la impresión de que fue el mismo asesino, doctor?

—Golpes con un martillo o algo semejante. Y en la nuca. No quiere que la víctima lo mire a los ojos. No quiere que sepa que va a morir. Es un asesino piadoso.

—Me gustaría conocer su definición de la piedad —dije.

—¿Por qué no se dedicó a la medicina forense, doctor? —dijo Valeri—. Hubiera servido para eso.

—Sigo teniendo alguna preferencia por los vivos.

El doctor Rossi se alejó a paso lento y salió de la casa. Afuera, se quedó conversando con Tau.

Volví a mirar las tazas de té.

—¿Por qué los mata? Debe haber algo acá a lo que no le prestamos atención. La flor la deja voluntariamente. Pero tiene que haber alguna señal involuntaria…

Valeri se dio cuenta de que yo hablaba para mí mismo, y no respondió.

Salimos de la cocina. Santelmo miraba la correspondencia que se acumulaba en un mueble.

—¿Algo interesante, sargento?

—Cuentas. Cartas del extranjero de amigas de la señora Tau.

—Mayra, ¿qué disco estaba escuchando Marta? —preguntó Valeri.

Santelmo fue hasta el tocadiscos. Los guantes de látex de Santelmo eran de color lila. Estuvo a punto de leer el título en voz alta, pero prefirió acercarle el disco a Valeri.

—Die Walküre —leyó Valeri—. Perdone mi alemán, Nebra. Usted lo debe pronunciar mejor.

—No sé alemán.

—La ópera La valquiria, de Wagner —tradujo. Valeri le devolvió el disco a Santelmo y abrió una de las puertas acristaladas del aparador.

—¿Busca pistas?

—No, vasos de whisky.

Encontró dos vasos anchos y una botella de JB que estaba por la mitad.

—Se supone que tenemos que preservar la escena —le dije.

—Hay otras urgencias. El viejo Tau necesita un trago y no le gusta tomar solo.

—Espere que se vaya el fiscal.

—Sirio ya se fue. Lo conozco. No le gusta la sangre.

Sirvió medidas generosas en los dos vasos y caminó hasta donde estaba el viejo. Se sentó junto a él. Bebieron en silencio, apenas iluminados por una débil lamparita que colgaba del alero.

TERCERA PARTE

LOS NOMBRES

UNO

—Le agradezco que haya venido a la comisaría. ¿Tiene dónde quedarse, señor Tau?

—Tengo mi casa. ¿Por qué siguen ahí?

—Usted sabe. Buscamos huellas. Cualquier cosa que nos pueda llevar al asesino.

—Han pasado ya horas.

—Es un trabajo largo. Tenemos que ser minuciosos. Tenemos que dejar constancia de todo lo que nos llevamos. Es mejor que esta noche no duerma ahí.

—¿Dónde quiere que duerma, comisario? Es mi casa.

—Podemos conseguirle una habitación de hotel.

—¿Con Olsen? No, gracias.

—¿Se lleva mal con Olsen?

—No me llevo ni bien ni mal.

—Hay otros hoteles.

—Tengo una cabaña en mi propiedad. La usaba antes un casero, pero ya no tengo casero. Puedo instalarme ahí.

—¿Está en condiciones?

—En condiciones de abandono. Me robaron unas cosas hace poco. Algún vago. Pero yo duermo en cualquier parte.

—¿Hizo la denuncia?

—No vale la pena. Ustedes a los ladrones los largan en el día. Hay que matar a alguien para pasar una temporada en la cárcel.

—¿Le avisó a su hija?

—Sí. Vive en Puerto Madryn. Apenas amanezca saldrá para acá. No le gusta manejar de noche.

—¿Tiene amigos, señor Tau?

—Juego al dominó con Valeri. Lo considero un amigo. No sé si él me considera su amigo.

—Estoy seguro que sí. Me aseguraré que después vaya a visitarlo.

—Déjelo en paz. Valeri tiene sus propios problemas.

—¿Esperaba hoy su esposa a alguien?

—No.

—¿Había alguien que viniera a la casa con frecuencia? ¿Una amiga, un familiar, un vecino?

—No. A Marta le gustaba estar sola.

—¿No veía a nadie?

—Los domingos iba a la iglesia.

—¿Y usted?

—La iglesia es cosa de mujeres.

—¿Su señora iba a la iglesia del padre Eduardo?

—Sí, la única que hay. Yo nunca fui, salvo por un casamiento, una vez.

—¿Conocía a Irma Lang?

—Irma Lang… Qué raro escuchar su nombre después de tanto tiempo. ¿En serio cree que ella tiene algo que ver?

—¿Su mujer la conocía?

—Hace muchos años me caí de un caballo un día de tormenta. El caballo se llamaba… no importa. Tengo la memoria llena de perros y caballos muertos. Ella venía a casa a hacerme unas curaciones. Después dejó la enfermería. No la volví a ver, salvo alguna vez que me la crucé en el supermercado.

—¿Su mujer la veía?

—No. Nunca la mencionó. ¿Por qué me pregunta por Irma Lang?

—Queremos hablar con ella y no la podemos encontrar. Hoy a la mañana, ¿salió temprano?

—A las ocho. Volví para almorzar. Comí solo, Marta no tenía hambre. Dormí media hora de siesta y volví a salir. Cuando llegué encontré la puerta abierta y a mi esposa en el suelo. El perro ladraba como loco.

—¿Entre qué hora y qué hora estuvo afuera?

—Entre las dos y algo y las cinco, más o menos.

—¿Estuvo con alguien?

—¿Piensa que yo maté a mi mujer? Estuve haciendo unas compras y después le cambié unas maderas a una tranquera.

—¿Tuvo un problema con alguien en los últimos tiempos?

—Tuvimos ese problema con Alescu. Pero me temo que es inocente, ¿no? La muerte es una buena coartada.

—¿Se le ocurre algo que puedan tener en común su esposa y Alescu?

—No.

—Un conocido en común con el que tuvieron un problema. Algún hecho del que hayan sido testigos.

—No se veían nunca. Marta detestaba a Alescu. Decía que era un aprovechado. Alguien que saca ventaja cada vez que puede.

—A los primeros policías que llegaron a la casa, la sargento Santelmo y el cabo Trenti, usted les contó que había un disco en el tocadiscos.

—Una ópera de Wagner.

—Sé que su esposa solía escuchar música clásica.

—Siempre. Piezas para piano. Chopin, Rachmaninov, Schumann. Le gustaba mucho Dinu Lipatti. Ella había estudiado piano de joven. Llegó a tocar en teatros. Nunca escuchaba a Wagner. No le gustaba.

—¿Está seguro que su esposa no puso ese disco?

—Imposible. Lo sé porque a mí sí me gustaba ese disco y ella me lo sacaba. Yo no escuchaba toda la ópera, solamente la «Cabalgata

de las valquirias». Sacame a ese alemán fanfarrón, me decía. Es imposible que Marta lo haya escuchado. El disco lo puso el asesino.

Mayra Santelmo se había quedado en la casa de los Tau. Estaba con Trenti, pero por un momento la imaginé sola, en la casa sombría, con sus guantes color lila brillando en la oscuridad. La llamé y le pedí que recogiera el disco de «La valquiria».

DOS

Cuando Carlic, mi jefe, me llamó para que fuera a verlo, temí que me apartara del caso. Después de desayunar me saqué el vendaje de la cabeza, para que el jefe no me hiciera preguntas, ya que no le había dicho nada del incidente en la casa de Irma Lang. El edema ya había pasado y la herida parecía estar cicatrizando bien.

—¿Nos deja? —preguntó esperanzada la señora Olsen, cuando me vio con el bolso.

—Vuelvo mañana. Dejo cosas en el cuarto. Le pago ahora dos noches más.

No fue necesario que enviara el disco, yo mismo lo llevé en mi equipaje. Noté con pesar que en la radio hablaban de los «crímenes de las amapolas». Alguien de la comisaría se había ido de boca. Ya no hice los cuatrocientos y pico de kilómetros de un tirón. Paré en la ruta, con el placer de estar en un lugar donde nadie me conocía, donde nadie me reclamaba nada. Aproveché para comprar unos huevos Kinder y unos autitos de plástico, lo único que podía conseguir en el kiosco de la YPF.

La casa era el caos habitual, el sembradío de piezas de Lego, lápices sin punta y superhéroes mutilados. Intenté jugar con los chicos mientras mi esposa me pasaba la información de mi ausencia: una pared con humedad, una advertencia por la conducta del mayor en el colegio, los avances o, más bien, los percances en la confección del traje de caballero. Se alarmó cuando descubrió la herida en mi cabeza. Me costó convencerla de que no había sido el

asesino, sino alguien que me había confundido con un intruso. No dije nada del cuaderno robado. Trataba de concentrarme en la vida familiar, pero mi cabeza estaba lejos de allí. El nuevo asesinato había aparecido en todas las radios y la televisión y los portales de noticias, y entonces noté que, a pesar de sus reclamos y su temor, mi esposa se sentía vagamente orgullosa de que yo estuviera trabajando en el caso. Me contó que en la inmobiliaria todos le preguntaban por los asesinatos, y que ella les decía que mi boca estaba sellada, porque así lo exigía el oficio. Por supuesto, se sabía que los policías les decían todo a sus esposas, y las mujeres policías a sus maridos. Si no había un triunfo absoluto de la verdad en el mundo no era porque existiera la discreción, sino porque las versiones eran siempre cambiantes, cada uno agregaba alguna información a la que recibía, de tal manera que la verdad, al comunicarse, se despedía lentamente de los hechos. El juego del teléfono descompuesto. Los chicos milagrosamente se durmieron y pudimos conversar solos sin discutir y luego de despejar el acolchado de restos de juguetes nos fuimos a la cama.

A la mañana conduje hasta el laboratorio. Llevaba conmigo el disco de Wagner. Tenía la ilusión de que el disco hubiera conservado alguna huella digital, a menos que el asesino fuera tan previsor que hubiera llevado guantes de látex. El ascensor no funcionaba, bajé por las escaleras hasta el subsuelo. Un hombre de barba, vestido con un guardapolvo blanco se me acercó. Era del equipo de Rubio. Lo conocía de vista, no de nombre.

—¿Viene a dejar pruebas, comisario?

—Pero necesitaría hablar con la doctora Rubio.

—Está ocupada. ¿No quiere dejármelo a mí? Ya nos advirtieron de que lo que viene de Bosque Blanco tiene prioridad.

—Es que necesito los conocimientos musicales de la doctora. ¿Usted sabe de música?

—Solo de chamamé. Soy correntino. Imagino que usted quiere saber algo de ópera.

—Wagner.

—Fuera de mi órbita.

Me señaló una silla de metal, y esperé unos quince minutos, hasta que Ingrid Rubio, la jefa del laboratorio, apareció. Era una mujer grandota, de voz poderosa, que había estudiado en su juventud canto lírico. Conservaba del teatro el gusto por el maquillaje, que siempre parecía un poco exagerado.

—Nebra, qué sorpresa. Cuánto trabajo nos llega desde Bosque Blanco. Tendríamos que abrir una sucursal allá. No hay un solo asesinato en años, y de repente uno tras otro.

—No la necesito solo como científica. Quiero aprovechar su experiencia musical.

—¿Cómo se acordaba de mi remoto pasado de diva de cabotaje?

—Usted cantó una vez en el Teatro Real, en una función a beneficio de ya no me acuerdo quién o de qué…

—Mejor nos olvidamos de eso. No estaba en mi mejor momento. Esa vez me fui de la lírica y me metí con «A mi manera». Imperdonable.

Rubio me arrebató la bolsa y leyó la etiqueta amarilla del disco.

—¿Usted escucha música, Nebra?

—No.

—¿Nunca?

—En el auto, nada más. —En los últimos tiempos, las canciones infantiles repetidas hasta el hartazgo me habían enseñado a temer la música—. ¿Le gusta Wagner, doctora?

—Prefiero la ópera italiana.

—Creemos que el asesino puso este disco en la bandeja antes de cometer su asesinato.

—Es una grabación que hizo Herbert von Karajan, en los años sesenta, con Gundula Janowitz, la francesa Régine Crespin y este

tenor canadiense… no me acuerdo el nombre. Usted todavía es joven, Nebra, y no ha descubierto que la memoria es la puerta de una heladera donde pegamos papelitos con imanes que ya han perdido su poder.

—La grabación de «La valkiria» consta de cinco discos. El asesino eligió este.

—Algo previsible. Aquí está el comienzo del tercer acto, la famosa «Cabalgata de las valquirias». La conoce, me imagino. La de la película *Apocalypse Now*, cuando ametrallan la aldea. Es el tipo de música que le gusta a todo el mundo. Claro de luna, La polonesa, Las cuatro estaciones, el Bolero, Carmina Burana… Me temo que no va a dar ninguna pista sobre la identidad del asesino. Salvo que sea alguien que necesita estimularse para matar. Alguien que necesita música para ir a la batalla. Tal vez le atrae la idea de las valquirias, esas criaturas que se llevan al Valhalla las almas de los héroes. ¿A la víctima le gustaba Wagner?

—No, lo detestaba. Prefería música para piano, según me dijo su marido. De joven había dado conciertos de piano. Habrá comprado este álbum como parte de una colección, imagino.

—O lo habrá comprado en su juventud. De jóvenes nos empeñamos en que nos gusten cosas que en realidad no nos gustan. Después terminamos por aceptarnos.

La doctora Rubio tarareó durante unos segundos la «Cabalgata de las valquirias». Admiré que pudiera hacerlo. Yo siempre fui incapaz de tararear hasta la melodía más sencilla. Se interrumpió de pronto.

—Cuando escucho la «Cabalgata» me da ganas de ametrallar aldeas vietnamitas. Una vez leí un artículo donde decía que la gente caminaba o conducía más o menos rápido según la música que escuchaba. En los *shoppings* y supermercados pasan música más suave, para que la gente haga más lento su paso y compre más

cosas. En cambio, la «Cabalgata de las valquirias» lleva a los conductores a pisar el acelerador.

—Una cosa es acelerar y otra matar.

—Si el asesino necesita esta música para matar, es porque el crimen no le sale naturalmente. Es algo que se impone. No es una pasión lo que lo arrebata: es una idea. Algo que puede ser peor que una pasión.

—Y la pobre señora Tau fue asesinada mientras oía una música que odiaba.

—No critique tanto a su asesino, Nebra. Hay tantos crímenes con trap como música de fondo… Al menos este mata con Wagner.

Ingrid Rubio sacó de un escritorio un talonario de recibos, se sentó y anotó con letra ilegible el nombre del disco.

—¿Nunca volvió a cantar, doctora?

—Solamente en sueños, pero son funciones fallidas. Canto en el Colón, el teatro está lleno, pero me olvido la letra, o desafino, o descubro que en vez de un vestido, tengo solo la toalla con la que acabo de salir de la ducha.

TRES

Crucé la calle, entré en el antiguo edificio del correo y subí hasta el tercer piso. La oficina de mi jefe seguía oliendo a cigarrillo y a café quemado.

Carlic tenía sobre la mesa recortes periodísticos de los asesinatos, y los miraba y los cambiaba de lugar, como si fuera un juego de continuas combinaciones, un cubo Rubik hecho de desgracias. Me señaló un titular que decía: «Zavala, liberado».

—¿Era necesario?

—Zavala es un pobre tipo que no mató a nadie.

—Usted es abogado. Podría haber convencido a ese fiscal… Sirio… de que prolongara la estadía de Zavala entre rejas. Era la señal de que al menos había un sospechoso.

—Ya nadie sospechaba de nuestro sospechoso.

—No importa. La sospecha es un principio de orden en medio del caos. Ahora, nada. Las manos vacías. Con un segundo crimen tenemos una repetición; si ocurre un tercero, será una serie. Todos los habitantes de Bosque Blanco se creen en peligro.

—No son asesinatos al azar. Hay personas en peligro, pero no todos los habitantes están en riesgo.

—¡Qué buena idea, Nebra! Les vamos a decir: el asesino quiere martillarles la cabeza a algunos privilegiados. El resto está a salvo. Lástima que no sabemos cuáles son los nominados. El gobernador también se sentirá muy tranquilo de saber que no toda la población

de Bosque Blanco será masacrada en los próximos días. ¿Hizo algún avance?

Le conté la desaparición de la señora Lang. La visita a la casa vacía. Mis sospechas sobre Alescu. La conversación con el cura. Omití el hallazgo del cuaderno y su pérdida. Omití la maceta y la palabra «Sonría» y mi cabeza convertida en blanco. A medida que le hablaba, mi jefe se encorvaba, apoyaba la cabeza en las manos, se restregaba los ojos, como si hubiera caído en una brusca depresión. Me dejó hablar hasta el final, sin interrumpirme. Luego se llevó un dedo a los labios, en señal de silencio.

—No le mencione a la prensa esto. Lo que menos necesito en este momento es tener tres muertos, en vez de dos. O dos muertos y una desaparecida, lo que es todavía peor. Y menos se le ocurra decir que Alescu mató a esa mujer de un tiro. Dejemos a las víctimas como víctimas. ¿Cómo se lleva con Valeri?

—Un poco mejor que al principio.

—Cuánto les gustaría a los exjefes, como su padre, que Valeri resolviera este embrollo. Así probarían su tesis de que nosotros, los que vinimos después, los que estamos detrás de un escritorio y usamos traje y corbata, somos cobardes e inútiles.

—Tal vez mi padre preferiría que yo resolviera el caso.

—Pero siempre es posible que el caso no se resuelva, o que pasen años hasta que encontremos al asesino. Si usted falla, no seremos del todo nosotros los que fallamos. Una parte de los viejos, de los duros, de los cuales su padre es el santo patrono, estará también comprometida, aunque sea por el apellido Nebra. Ninguno se animará a decir una palabra contra usted, ni contra mí.

—Soy una póliza de seguro contra el fracaso.

—No me malinterprete.

—Le agradezco esa muestra de confianza. Es bueno saber que a uno lo eligieron teniendo en cuenta el control de daños. Pero no voy a fallar.

—Muy bien. Mi esposa, mi nueva esposa quiero decir, siempre me dice que lo más importante es la autoestima.

CUATRO

Llegué a Bosque Blanco a las seis de la tarde. Dejé el auto en la puerta del hotel y la valija en la habitación. Ahora traía dos nuevos pulóveres y camisas y medias en abundancia. Mi cábala —traer poca ropa para acortar la estadía— no había funcionado. Las cábalas vienen sin garantía.

En el camino rumbo a la comisaría me encontré con Santelmo, que volvía a su casa. Noté en su cara una cierta alarma, como si mi llegada fuera a retrasar su regreso al hogar.

—Estuve repasando los nombres que me dio. Los nombres del cuaderno.

—¿Y?

—Todos los que pude consultar murieron.

—Y esas fechas…

—Eran las fechas de las muertes. A veces no coincidían exactamente, había diferencias de un día.

—¿Hizo la consulta en el registro civil?

—No, en la biblioteca está la colección del diario local. Me fijé en las necrológicas.

—¿No es más fácil conseguir los certificados de defunción?

—Empezaron a informatizar el archivo hace un par de años pero suspendieron el asunto. Hay que pedir los papeles y eso tarda, si es que llega alguna vez.

—Son certificados de defunción de gente que murió acá, no en China. No pueden ser muy difíciles de encontrar.

—Voy a pedirlos por escrito.

Hasta ahora Santelmo me había parecido diligente y capaz; pero este trámite la había desalentado.

—¿Cuál es el problema con los certificados, Santelmo?

—Ninguno. Ahora está cerrada la oficina, pero mañana voy.

La dejé seguir su camino. Entré en la comisaría. Valeri estaba en el archivo, leyendo una carpeta con la transcripción de las declaraciones de algún testigo. Uno de los tubos de la luz hacía un zumbido sordo.

—¿De nuevo entre nosotros, Nebra? Tenga cuidado, que uno se descuida y lo anotan como personal permanente de la comisaría. Y Bosque Blanco no es un buen lugar para ascender. Míreme a mí: subcomisario de por vida al borde del abismo del retiro.

—¿Lo ha visto a Tau?

—Ahí anda, pobre viejo. Volvió a la casa. Ahora está con la hija, Lucía. Los ayudé a limpiar el desastre de la cocina. La hija no se animaba. Después jugamos al dominó. Siempre pierdo, pero esta vez gané. Estuve tentado a dejarme ganar, pero pensé que se daría cuenta.

—¿Se queda la hija unos días?

—No sé. No se soportan.

—Pero las circunstancias…

—Las circunstancias hacen que se soporten menos.

—Tenemos ahora dos preguntas. La primera es por qué Alescu dejó de cazar.

—La gente se cansa de hacer cosas, comisario. No tienen una razón para hacerlas, y luego no tienen razón para dejar de hacerlas. ¿Y cuál es la otra pregunta?

—Qué tienen en común Rafael Alescu y Marta Tau.

—Una franja de tierra en conflicto. Lo único en común.

—¿Algo del pasado? Debían conocerse desde hace muchos años. Quizá el hijo de Alescu y la hija de Marta Tau fueron a la misma

escuela.

—No. Lucía Tau fue a la escuela pública, la Hudson, y Fernando Alescu a la privada, la Southland.

Le encargué a Valeri que entrevistara a los hermanos Ferrol, los dueños de la ferretería. Yo me encargaría de los otros amigos de Alescu.

—Quiero que les diga a los Ferrol que yo tengo esta hipótesis: que Alescu mató por accidente a Irma Lang y entonces dejó de cazar. Quiero que observe cómo reaccionan.

—También puedo entrevistar a Olsen.

—Tengo mis razones para pensar que el hotelero no le tiene simpatía.

—Al contrario. A pesar de su seriedad y malos modos, es un gran contador de chistes cordobeses. Vivió en Córdoba en su juventud.

—Hace una semana que estoy acá y ya me enteré del asunto que tiene con la esposa de Olsen. Todos deben haberse enterado.

—Pero usted es un investigador. Está hecho para sospechar. Olsen es apenas un marido. ¿Lo trata bien la señora Olsen?

—Como si me detestara.

—Usted es muy serio, comisario. No se hace querer.

CINCO

En el desayuno vi pasar a Olsen, que no me saludó. Mi voz lo alcanzó.

—¿Qué pasa, comisario? Estoy apurado.

Era el dueño de un hotel vacío. ¿En qué podía consistir su apuro?

—¿Conocía a Irma Lang?

—De vista, nada más.

—¿Usted nunca requirió sus servicios?

Olsen era transparente: en su cerebro se encendieron todas las señales de alarma. Se aclaró la garganta. Se llevó la mano a la cara. Desvió la mirada. Todos los indicios que anuncian una mentira a punto de ocurrir. No lo animé a hablar: esperé que su inquietud le dictara alguna respuesta.

—Cuando mi mujer se enfermó, Irma Lang me ayudó. Estuvo internada un tiempo, pero después la traje a casa. Me pareció que iba a estar mejor.

—¿Su esposa sobrevivió mucho tiempo fuera del hospital?

—Unos pocos días. ¿Qué busca, comisario? No me gusta recordar esa época.

—Me llama la atención una coincidencia entre la decisión de Alescu de dejar de cazar y la desaparición de Irma Lang.

—¿Qué relación podría haber entre los dos hechos?

—La clase de relación que establece un disparo.

—¿Piensa que Irma fue víctima de un accidente de caza?

—No, estoy diciendo que Alescu la mató y que no fue un accidente.

—Ni siquiera sabe si está muerta y ya supone que Rafael la mató.

—¿La mató o no?

—Por supuesto que no. ¿Por qué no va a contarles su teoría a la mujer y al hijo de Alescu, a ver qué les parece?

—¿Y dónde está Irma Lang?

—¿Dónde están todos? ¡Se fueron! Qué sé yo dónde están. Este hotel estaba lleno, y ahora solo tengo un cliente. Ni mucamas consigo. ¿Alguna otra pregunta? Porque estoy apurado… Estoy ayudando con el acto en la biblioteca.

—Hablando de la biblioteca, quería conocer su opinión sobre un cuadro que está colgado ahí. No tiene título, pero lo podríamos llamar «La señora de la almohada».

—Imagino que habrá escuchado algunos rumores sobre Irma Lang. No convierta los rumores en noticias, y las noticias en problemas.

—¿Problemas para mí?

—Para todos.

Olsen salió del comedor.

SEIS

La temperatura había bajado: me había puesto un delgado buzo térmico y otro buzo de algodón encima, además de mi campera.

Argés acababa de abrir la farmacia. Junto a él, Tomás Estomba, su empleado, esperaba el momento de entrar. Con la autoridad que me daba la jaqueca, contemplé la cabeza de Geniol como una representación clínicamente errónea del dolor de cabeza. Porque la jaqueca se concentra en un lado de la cara, en un ojo. En cambio, en la cabeza calva se multiplicaban los clavos y tornillos distribuidos por toda la superficie. Era evidente que Lucien Achille Mauzan, el diseñador de aquella cabeza de porcelana, no había tenido nunca migraña.

—Ya es uno de los nuestros, comisario. Dejó de usar su corbata.

—Me siento un poco extraño sin traje. Como si no estuviera trabajando del todo.

—¿Hubo novedades? Además de la muerte de Marta Tau, claro. Iba a desayunar. ¿Me acompaña? Tomás se ocupa de todo solo. Es la eficacia en persona. La gente no viene a la farmacia a comprar remedios, vienen a conversar, y Tomás, el silencioso Tomás, escucha a los clientes, sobre todos a las mujeres, con infinita paciencia.

—Usted también sabe escuchar, don Víctor —dijo Tomás.

—Pero temen que si me cuentan sus cosas, les cuente yo también. *Quid pro quo*. En cambio, a vos no se te escapa una sola palabra. Cada día más callado, como si escondieras un secreto.

Las palabras de Argés perturbaron a Estomba, que desapareció de escena.

Mientras el dependiente encendía las luces de la farmacia, Argés y yo cruzamos la calle para entrar en el café El León, decorado con fotografías de boxeo y amarillentos recortes de periódicos. No hizo falta que Argés pidiera nada, porque ya lo conocían, y el dueño le trajo un café doble, una medialuna de grasa y un vaso de jugo de naranja. Se llamaba Márquez: la nariz quebrada delataba su pasado de boxeador. Según recordaban los recortes de las paredes, el León Márquez había llegado a campeón provincial de los pesos medianos en los años ochenta.

—Márquez cuelga su pasado de las paredes, pero no le gusta hablar de todo eso. Nunca le saqué una palabra sobre sus peleas.

—La gloria pasada. No debe ser fácil.

—No sé. Nunca conocí la gloria.

—Yo tampoco —dije. Argés se rió.

—Quiero volver a ese momento en que Alescu dejó de cazar.

—Creo que ya le dije. Fue al principio de la ceniza, cuando la columna de humo sobre el volcán era de diez kilómetros de alto y parecía un apocalipsis desmedido para una pequeña ciudad como esta. Alescu renunció y vendió su rifle.

—¿No se lo ofreció a usted?

—No.

—¿A quién se lo vendió?

—Lo vendió en Bariloche. No es de los que venden cosas por internet. Tampoco sé si se pueden vender armas de fuego por internet.

—Supongo que se puede vender cualquier cosa. —Me acerqué a él—. Argés, yo tengo una teoría que puede resultar un poco antipática para los amigos de Rafael Alescu. Al principio de la ceniza, Alescu salió a cazar. Tenía un mal sentido de orientación, todos lo

dicen. Tal vez creyó que se había alejado mucho de la ciudad, pero no era así. O tal vez lo hizo a propósito. Pero mató a Irma Lang.

No rechazó de inmediato mi conjetura, como había hecho Olsen. Pensó en silencio argumentos para rebatirla. Al fin dijo:

—Era un tirador de regular para abajo. Pero no tan malo como para confundir un venado con una persona.

—Pudo haberlo hecho a propósito.

Si Argés mentía, no lo demostraba. No carraspeaba, sus manos reposaban tranquilas y me miraba a los ojos.

—No tenía ningún motivo para matar a esa mujer. Apenas la conocía. La contrató por un tiempo, cuando la madre enfermó. Pero la madre murió pronto. Que yo sepa, no hubo ningún conflicto entre ellos.

—Argés, creo que usted también sospecha que entre la desaparición de la señora Lang y el fin de los días de caza hay algún vínculo…

Miró por la ventana. Barajaba posibilidades. ¿Hasta dónde estaba dispuesto yo a insistir? ¿Me diría un par de tonterías y yo me iría a buscar a otra parte?

—Si la mató, como usted dice, ¿qué hizo con el cuerpo?

—Lo enterró en algún punto del bosque. Era un buen momento para hacerlo. No había turistas. Baja probabilidad de cruzarse con alguien.

—¿Usted cree que Alescu, con su problema del corazón, pudo haber cavado una tumba?

Uno de los camiones llenos de ceniza pasó por la calle, haciendo temblar ligeramente el vidrio del bar. Entonces supe que no había necesidad de ninguna tumba. A Alescu le hubiera bastado con arrojar el cuerpo en la cantera, tirar unas pocas paladas, las suficientes como para ocultar el cuerpo de la vista, y luego esperar a que los sucesivos camiones lo cubriesen con toneladas de ceniza. Pero me guardé mi conjetura y me limité a decir:

—Creo que cavó antes de que su corazón diera señales de alarma.

—Su teoría tiene un problema. Yo tengo la pala de Alescu. Se la pedí antes de que cayera la ceniza y nunca se la devolví ni me la reclamó. Y cuando quise devolvérsela, me dijo que estaba bien, que nunca la usaba. Si hubiera necesitado cavar, me habría pedido que le devolviera la pala.

—Tal vez compró una nueva.

—Haga este ejercicio: vaya al bosque y trate de cavar un foso de un metro de profundidad. Después imagínese con unos cuantos años más y me cuenta si sigue creyendo en su teoría.

—Y usted, ¿conocía a la señora Lang?

—Me ayudó con mi hija, al principio, antes de que la internaran. Ella vivía de su jubilación, pero de vez en cuando hacía trabajos de enfermería, siempre que no requirieran mucho esfuerzo. Y mi hija, lamentablemente, exigía mucho esfuerzo.

—¿Alguien le comentó su desaparición?

—No. Mucha gente se ha ido. Casi un tercio de la población. Familias enteras. Alrededor de mi casa, hay cuatro casas vacías. Y no son cabañas para turistas. En una de las casas se fueron tan rápido que si espía por la ventana se puede ver la mesa puesta. Quizá se disponían a comer antes de salir, pero no quisieron esperar más tiempo. La ceniza ha entrado por las rendijas y ha cubierto los platos, los vasos, los cubiertos. En medio de ese éxodo, notar que una mujer no está…

—En la biblioteca hay un cuadro de una mujer con una almohada. Lo pintó ella, ¿no es cierto?

—Sí. Ganó un concurso. Bueno, no ganó el primer premio, sino el segundo.

—Y cuando la gente lo ve, ¿no se pregunta qué será de la vida de la señora Lang?

—Comisario, ¿usted cree que alguien mira esos cuadros pintados por aficionados? Nadie los ve. El surrealismo hizo estragos. El arte naif hizo estragos. Frida Kahlo hizo estragos. Es el arte invisible de los pintores de domingo.

SIETE

A punto de entrar en la comisaría, me encontré con Silvio Tau, que me agarró del brazo. Estaba despeinado, el pelo gris echado sobre un lado de la cara, y tenía el aspecto de haber dormido con la ropa puesta: un pantalón de lona y una campera de corte militar. No se había afeitado.

Después de unos segundos, sus dedos seguían clavados en mi brazo. Tomé su mano y apreté como para causarle un pequeño dolor. Me soltó.

—¿Cuándo voy a poder enterrar a mi esposa?

—Fui a la capital para apurarlos, señor Tau. Volví ayer a la noche. Los trámites ya están casi terminados.

Tau apoyó una mano en la pared. Me di cuenta de que estaba ahogando un llanto. Había estado mucho más entero en los momentos inmediatamente posteriores al crimen, y también durante nuestra conversación. Había visto ese fenómeno otras veces: la gente se muestra impasible en el momento de la catástrofe, como si el verdadero significado de la tragedia tardara en llegar, y necesitara primero conquistar el territorio —el dormitorio vacío, los hábitos cambiados para siempre, el silencio— y luego, por fin, el corazón. Ahora Tau había sido alcanzado por la lenta bala de la desgracia.

Esperé a que se recuperara para preguntarle:

—¿Y su hija?

—En casa. Discutimos.

—Su esposa estaba enferma, ¿no es cierto?

—¿Cree que por eso se sufre menos?

—No quise decir eso.

—Como estaba enferma, la daba por perdida. Eso es lo que piensan todos. Pero ella hubiera salido adelante.

—¿Se atendía en la Clínica Sobral?

—No. En Bariloche. Íbamos a la clínica por cosas menores. Sobre todo, si nos faltaban recetas.

—Señor Tau, es posible que usted tenga razón, y que haya sido el asesino el que puso ese disco.

—Wagner. Claro que tengo razón.

—¿Recuerda a alguien que haya visitado su casa y que se haya quedado mirando sus discos?

—No. Nunca vino mucha gente a casa. Las amigas de mi hija, cuando estaba en la escuela. Y últimamente, nadie, salvo Valeri, que habrá venido un par de veces a cenar. Alguna amiga de Marta, una de esas amigas de la iglesia, pero preferían evitar mi presencia, así que venían a la tarde, cuando yo estaba trabajando. Argés y su dependiente le alcanzaron a Marta algún medicamento, una vez que yo estuve enfermo. Pero no recuerdo que nadie se haya interesado en esos discos viejos.

Iba a seguir su camino, un camino que era un rodeo y que no tenía meta, pero lo detuve:

—Usted me habló de un robo en su cabaña. Entre las cosas que le robaron en la cabaña, ¿había una pala?

—El robo de la cabaña no tiene nada que ver con el asesinato de mi esposa. Siempre hay un vago por ahí que busca algún lugar donde dormir y aprovecha las casas vacías para no morirse de frío. No quiero que vuelvan a meter preso a otro infeliz como ese que encontró usted.

—¿Le robaron una pala? —insistí.

—Una pala nueva, de punta corazón y mango de madera. No hay nada que me importe menos que esa pala. —De pronto entendió que

la pala se despedía del mundo de las cosas comunes y se convertía en signo de otra cosa—. ¿Por qué me pregunta por esa pala? ¿La encontró?

OCHO

En la comisaría, Valeri hablaba por teléfono. Iba a pedirle que se ocupara de tranquilizar y acompañar a Tau, pero me bastó con escuchar algunas palabras para saber que hablaba con su abogada. La abogada, conjeturé, trataba de darle ánimo, pero Valeri no parecía alguien inclinado a confundir la esperanza con la realidad. Se había sacado las antiparras amarillas y se masajeaba los ojos. Sentí algo de compasión. No debo tener compasión, me dije. Mató a dos hombres. Los dejó al costado del camino, sepultados por la ceniza.

La sargento Santelmo me esperaba con malas noticias. No había conseguido los certificados.

—Silva, que es el jefe, tiene licencia por enfermedad. Y Fares, el subordinado, dice que tengo que escribirle una carta a Silva, con sello de la comisaría, y esperar.

—Quiero esos certificados, Santelmo. Por alguna razón, usted no quiere que los consiga.

—Yo vivo acá, comisario. No tengo otro lugar. Usted resuelve esto y se va y no vuelve a ver a nadie en su vida.

Me habló con un tono tan desolado que pasé por alto su impertinencia.

—Me ocupo yo, entonces.

El registro de las personas ocupaba una casa de un piso pintada de amarillo, un color apropiado para los viejos papeles que albergaba. En un escritorio de fórmica había un hombre pálido, de grandes orejas, que completaba el sudoku del diario. Supuse que era

Fares. Vestía un pulóver con escote en V, seguramente tejido por la madre, y llevaba una corbata azul. La idea platónica del empleado público. En algunas casillas del juego, anotaba con trazo tenue dos o tres posibilidades.

—Soy el comisario Nebra. Vengo a buscar unos certificados de defunción.

—Ya le dije a Mayra Santelmo que no los encontramos. Hace dos años nos bajaron desde la capital de la provincia un instructivo para reorganizar y digitalizar el archivo, y desde entonces no encontramos nada.

—Pero estoy seguro de que aunque sea un par de estos nombres se pueden encontrar.

—Mi jefe, el señor Silva, está de licencia. Si escribe una carta, con el detalle de lo que hay que buscar, yo se la entrego en cuanto regrese.

—Apenas vuelva a la comisaría me pongo a escribir la carta.

El hombre suspiró y volvió la vista hacia el sudoku. Pasé junto al escritorio y me encaminé hacia una gran habitación, con altas estanterías metálicas llenas de cajas de cartón. Nacimientos, matrimonios, muertes. Grandes libros de tapas de color rojo oscuro con los años escritos en dorado. La gran historia estaba hecha de batallas y naufragios y tratados y luego estaba esa otra historia: la lista de gente que nacía, se casaba o no, tenía hijos o no, y se moría. El hombre, alarmado por mi intrusión, había dejado el sudoku y me había seguido.

—¿A dónde va?

—Quiero ayudarlo en su trabajo.

Tomé una caja de cartón al azar y la vacié sobre una mesa pintada de blanco. Cientos de papeles con firmas y sellos cayeron sobre la mesa y el suelo.

El hombre, sin saber qué hacer, tomó el tubo de un viejo teléfono verde.

—¿A quién va a llamar?

—A mi jefe.

—¿No está de licencia médica? Mejor no molestarlo.

Dejó el teléfono.

—Usted no entiende, comisario.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—Todas las cosas están relacionadas. Tiene que haber otro modo de investigar que no sea este. Hable con la gente…

—¿Con qué gente? ¿Con la intendente?

—No, ella no sabe nada. Hable con los más viejos, con los que nacieron acá. Yo no tengo poder para ayudarlo. Me metería en problemas, y lo metería a usted.

—No se preocupe por mí. Preocúpese por usted, que tendrá que ordenar estos papelitos.

Cuando vacié otra caja y fui por una tercera, el hombre me dijo:

—No siga. Ahora le doy lo que busca.

Sacó de un cajón de un escritorio una carpeta gris. Di una mirada a los nombres. Hora de muerte. Causa del deceso. Firma del médico. Los tenía listos, pero no para mí. Listos para el fuego.

—Si alguien le pregunta, no diga que yo se los di. Diga que entró cuando yo no estaba. Diga que usted solo los encontró.

NUEVE

No volví a la comisaría: Santelmo me avisó por celular que iba rumbo a la casa de Irma Lang. La vecina, Sonia Geralt, había visto luces y temía que en la casa hubiera intrusos. Le dije que yo me ocupaba.

Cuando llegué a la casa de Irma Lang ya el día se había apagado. Tal como había dicho la directora de la escuela, las luces estaban encendidas. Quizá Irma Lang había vuelto y todas mis conjeturas sobre Alescu y su fusil y las toneladas de arena volcánica se desplomaban. Estacioné frente a la casa y toqué la bocina. Una mujer salió a la puerta. Se quedó en el umbral. Tendría unos treinta y cinco años. Llevaba un pulóver colorado, un delantal de cocina y guantes de látex amarillos que parecían fosforescentes. Me bajé del auto. No importaban el delantal, los guantes, el pelo revuelto: tenía esa seguridad de las mujeres que saben el efecto que causan.

Dije mi nombre. Le avisé que esa casa estaba bajo investigación.

—¿Por qué? ¿Pasó algo con mi tía?

Hacía mucho que había aprendido que no hay que tranquilizar a la gente. No hay que darles respuestas. Hay que dejar que sus preguntas se acumulen en su interior, y los llenen de dudas y así les es más difícil mentir. Las respuestas les permiten ganar tiempo. Mientras uno habla, ellos piensan. No hay que dejarlos pensar.

Le pedí su documento. Vaciló, pero me miró a los ojos y se dio cuenta de que tenía que dármelo. Entró a la casa a buscar el DNI y la esperé en el umbral. Volvió con la cartera y sin los guantes de goma.

Sacó el documento de su cartera. Verónica Santiago. Tenía treinta y siete años. Le saqué una foto con el celular y se lo devolví.

—¿Para qué le sirve una foto de mi documento?

—¿Cuándo fue la última vez que habló con su tía?

—Hace meses.

—¿Cuántos? ¿Dos meses? ¿Siete meses?

—Me llamó para mi cumpleaños, hace un año.

—¿Ella no la visitó?

—No.

—¿Quién le dio la llave?

—Yo siempre tuve una llave. Vine otras veces.

—Hablé con los vecinos y no parecían saber nada de usted.

—Yo tampoco sé nada de los vecinos. Pero espero conocerlos.

—¿No le pareció raro que pasara tanto tiempo sin recibir noticias?

—Por eso vine. Quería saber cómo estaba. No respondía a mis llamados.

—No tienen el mismo apellido.

—Es prima de mi madre. La parte alemana de la familia. Mi madre murió hace cinco años. Supongo que va a comprobar si todo lo que digo es cierto.

—Cuando se veía con su tía, ¿de qué hablaban?

—Yo le contaba cosas de mi trabajo. Ella era una mujer callada.

—¿No hablaba de su trabajo como enfermera?

—No. Hacía tiempo que se había jubilado.

—Como enfermera, su tía debió haber visto morir a muchos pacientes.

—Ella decía que la parte más importante de su trabajo era acompañar a los que partían y darles algo de paz.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Me miró un segundo más de lo necesario. Estaba acostumbrada a estar en problemas, y sabía un camino posible para salir de los problemas.

—¿Piensa quedarse unos días?

—Sí, tengo unos días de franco. Estoy haciendo algo de limpieza, pero no encuentro lavandina. ¿Le parece que algo malo le pasó a mi tía?

—Intente llamar a familiares comunes, a ver si hay noticias. Si no consigue nada, la espero en la comisaría para que haga la denuncia sobre su desaparición.

Apenas me senté en el auto le mandé a la sargento Santelmo la foto del documento de Verónica Santiago y le pedí que investigara sus antecedentes.

DIEZ

A la mañana siguiente dieron sepultura a Marta Tau. Valeri se ocupó de todo. No fui al cementerio. En cambio, visité a la familia Vando. El entierro era un programa más alegre.

La casa estaba a la vuelta de la estación de servicio, en la entrada de Bosque Blanco. Era una casa hecha por etapas, y en cada nueva etapa habían cambiado de idea, y cada idea era peor que la anterior. La parte más antigua era de madera; la más nueva, de ladrillo sin revocar. En la etapa intermedia, habían usado cemento. Apenas golpeé la puerta, una mujer abrió. Tendría unos cuarenta años y lucía agotada. Llevaba un delantal de cocina con la leyenda THE BEST RECIPE IS LOVE. Cuando me miró, de alguna manera supo quién era, porque cerró los ojos durante un instante, como si lo que temía hubiera ocurrido por fin. No sabía si era una señal de alivio o de renuncia. Le pregunté si era la señora Vando. Sí, dijo. Martina Lezcano de Vando. Le pregunté si podía pasar y se hizo a un lado. En el comedor había juguetes tirados. Muñequitos similares a los Playmobil, pero de una marca más barata, industria argentina. Fichas de algún juego, dados y cartas. Yo estaba acostumbrado al desorden, pero aquí reinaba un caos acumulado por estratos. La cocina, sin embargo, se veía limpia. Desde arriba llegaba el ruido del televisor. Dibujitos animados.

—¡Bajen ese televisor! —gritó.

Le expliqué que me habían mandado desde la capital de la provincia.

—Me da igual desde dónde lo mandaron. Está acá y ahora.

Se sentó a la mesa. Hice lo mismo, sin que me invitara. La mesa era de pino. Todos los muebles eran baratos. La silla en que me senté estaba desvencijada, seguramente porque los chicos se balanceaban hasta aflojar las maderas. Los arreglos eléctricos parecían hechos con cuidado.

—Sabía que habían mandado a alguien para investigar la muerte de Alescu. ¿Pero yo qué tengo que ver con Alescu?

—Primero Alescu, ahora la señora Tau. ¿Conocía a alguno de los dos?

—Fui compañera de secundario de la hija de los Tau, Lucía. Estudiamos en la escuela Hudson. Es bióloga. Ella pudo estudiar una carrera universitaria, yo no. —Hizo unos segundos de silencio, en señal de respeto a su propio resentimiento—. Pero hace tiempo que no veo a los padres… Lamento lo que le pasó a la madre de Lucía, pero no sé más qué decirle.

—¿Y su marido conocía a los Tau?

—No. Mi marido no es de acá. Es santafecino. Vino a trabajar como electricista una temporada, nos conocimos y se quedó. Ahora está trabajando en la capital de la provincia, porque no nos podíamos sostener con lo que ganaba acá. Es electricista de obra y acá no hay obras. Viene cada dos semanas a ver a los chicos.

—¿Están separados?

—No estamos separados. Ciro está lejos por trabajo.

Lo dijo con énfasis, lo que significaba que sí estaban separados. El marido se había ido por un trabajo, y luego por otro, y ahora había cuatrocientos kilómetros de distancia entre ella y él. Cuatrocientos kilómetros y tal vez otra mujer, algo más difícil de desandar que la distancia.

Se puso de pie, dando por terminada la conversación. Seguí sentado.

—En realidad vine por otro motivo. Supe de su desgracia, señora.

No se molestó en fingir sorpresa.

—Eso fue hace años.

—Pero supongo que uno nunca se recupera del todo.

—Fue lo mejor que pudo pasar. No tenía ninguna posibilidad de tener una vida normal. Una infección hospitalaria.

—Su certificado de defunción lo firmó el doctor Rossi.

—No me acuerdo. Mi marido se ocupó de los trámites.

—Tengo el certificado en el bolsillo. Una copia, al menos.

Hice un ademán de sacarlo, pero me detuvo con un gesto.

—Sé que ustedes estaban sufriendo mucho —dije.

—Gracias por sus condolencias, pero no las necesito. Soy una experta en recibir condolencias. Todas me suenan falsas, pero las suyas son las más falsas de todas. Diga lo que haya venido a decir, o váyase sin decir nada.

Sabía que no tenía que dar información. Es lo primero que nos enseñan. Solo preguntar, nunca responder. Evasivas, distracciones. Pero estaba en un lugar más allá de las reglas y los consejos.

—Encontré el nombre de su hijo en un cuaderno, junto con el de otras personas. Pregunté, y me dijeron que todas esas personas estaban muertas. Cuando busqué los certificados de defunción, comprobé que todos tenían la firma del doctor Rossi.

Volvió a sentarse. Encendió un cigarrillo. No me ofreció.

—Nunca fumo dentro de la casa.

—¿Prefiere que salgamos?

—No, está bien. Es una emergencia, ¿no? En las emergencias, hacemos cosas que no hacemos todos los días. Siempre supe que alguien, algún día, iba a venir.

—¿Alguien?

—Usted. O alguien como usted. Alguien que fingiría compasión. Alguien que iba a preguntar por qué había muerto. Cómo había muerto. No lo nombro. No puedo nombrarlo. No lo nombre usted tampoco.

—Imagino que usted habrá pedido ayuda a alguien.

—Pedimos ayuda. Susurros. Indirectas. Me parecía que nadie nos escuchaba. Pero nos estaban escuchando, porque la ayuda vino. No podíamos vivir así. Ese deterioro constante. Al principio una piensa en los milagros. El único milagro posible es que se termine. ¿No me está grabando, no?

—No, no la estoy grabando. ¿Cuál era el procedimiento? ¿Qué había que hacer?

—Había que dejar un papel en un libro de la biblioteca. Un libro que nadie consulta. Flores de la Patagonia. Está alto, en un rincón. Los libros de la biblioteca tienen pegado un sobre de cartulina gris, donde hay una ficha con el nombre de los antiguos lectores. Nadie leía este libro, así que no había ningún papel. Había que dejar el nombre de la persona, y la dirección, y explicar el caso, y entonces el miércoles de la siguiente semana había que dejar la puerta abierta. A las doce de la noche llegaría la señora de la almohada. Creo que fue la única vez en la vida que pisé la biblioteca, porque me impresionaban todos los bichos embalsamados que llenaban los estantes.

—Ahora no hay ninguno.

—Mejor así.

—¿Había que dejar dinero?

—En la mesa de la cocina. Lo que uno pudiera. Y si no podía dejar nada, no se dejaba. No es una cuestión económica. Eso es importante que lo entienda.

—¿Y por qué lo hacía, si no lo hacía por dinero?

—No sé. Hay cosas que no se hacen por dinero.

—¿Quién le explicó todo eso?

—Ya le dije demasiado. No diga que fui yo. Esto viene de antiguo, ¿sabe?

La mujer empezó a llorar con un llanto entrecortado y silencioso. Cada tanto le daba una pitada al cigarrillo. Usaba de cenicero una

lata de atún. De algún modo dominó el llanto.

—Y el doctor Rossi se encarga de los certificados —dije.

No sé si me escuchó, estaba atenta a sus propios pensamientos.

—Nuestra vida era una pesadilla. Yo me quería morir, comisario. No me quedaba nada de vida. Y tenía otro hijo que cuidar. Y sin embargo salimos adelante y fuimos padres de nuevo. Usted no puede juzgarnos.

—No la juzgo. Tal vez, en su lugar, yo hubiera hecho lo mismo.

—Y si me pregunta quién es la persona que vino esa noche, le juro que no lo sé.

—No importa. Yo sé quién fue.

—No me diga. No quiero saberlo. Prefiero agradecer a nadie, a una sombra. Imaginé a un ángel y tal vez sea un monstruo.

—¿Qué recuerda de esa noche?

—Estábamos en el dormitorio, con la puerta cerrada, rezando. No nos animábamos a salir. Recién al amanecer fuimos hasta la cuna… Había una flor. Una amapola.

—Y llamaron a Rossi…

—Si el doctor o la otra persona… la señora de la almohada, como la llaman… tiene problemas con la ley, la voy a defender. Porque nos salvó.

—No tiene problemas con la ley. Usted tampoco tiene problemas con la ley.

—¿Y el doctor Rossi?

Dije algo, pero no me oyó. El volumen del televisor había vuelto a subir y los chicos se peleaban. La mujer fue hasta el hueco de las escaleras para gritar a sus hijos que se callaran, que apagaran el televisor de una vez.

ONCE

Llamé a la sargento Santelmo y le pregunté la dirección del médico.

—Comisario, espere… ¿No quiere hablar con Valeri primero?

—¿Para qué quiere que hable con Valeri?

—Rossi es el médico que nos ayuda siempre. Una comisaría tiene que tener un médico de confianza. Usted lo sabe.

—Me parece que no es por eso que quiere que llame a Valeri.

—Si empezamos con esto, nos van a odiar.

—¿Quiénes nos van a odiar?

—La gente del pueblo.

—¿Y si encubren a un criminal?

—No, no lo encubren. No tienen nada que ver con eso. Pero si saca a la luz toda la vieja historia, todas las muertes…

—Usted sabía…

—Sé que en casos desesperados hay un modo de pedir ayuda, pero no sé más que eso. Yo no nací acá.

—Busco a un asesino con un martillo. Es lo único que me preocupa. Y pienso que Rossi puede saber quién es. Deme la dirección.

La casa estaba encerrada entre arrayanes y era difícil de encontrar. En el frente, un destartalado Volkswagen Gol, que debía tener más de veinte años. Bajé del auto y puse la mano en el capó

del auto. Estaba caliente. El médico había salido pero ya estaba de vuelta. Debió haber oído mi auto, porque abrió la puerta. Llevaba campera, como si acabara de entrar. Campera y corbata, esa mezcla incongruente. Un pulóver escote en v bordó. Si la campera hubiera sido azul y hubiera tenido cuello de piel, tal vez mi busca habría terminado. Pero era una vieja campera marrón.

—Bienvenido, comisario… Lo estaba esperando.

—¿Quién le avisó? ¿Mayra Santelmo?

—¿No confía en su personal? No, me avisó la señora Vando.

Entré. Había una botella de whisky Glenlivet sobre la mesa y una taza blanca. En las paredes, libros: viejos vademécums, una enciclopedia Salvat, ediciones encuadernadas de grandes autores, de las que solían vender los vendedores de libros a domicilio. Un tocadiscos. Muchos discos de tango y de música clásica. Otras botellas de whisky. Las marcas cambiaban: señal de que eran regalos de sus pacientes. Tal vez tenía una marca favorita, pero se resignaba a aquella variedad.

—¿Recibe aquí a sus pacientes?

—No. Tengo un pequeño consultorio a media cuadra de la municipalidad.

—Estoy repasando una serie de muertes. Todos los certificados de defunción tienen su firma.

—Es una firma cuidada, habrá visto. Me gusta que se lea mi nombre. No me gusta hacer un gancho. Esa costumbre de los médicos de escribir recetas incomprensibles… Bueno, cada profesión tiene su folklore.

Me invitó a sentar. La mesa estaba junto a la ventana. Había cuatro sillas, pero imaginé que tres sobraban, porque Rossi era la imagen misma de la soledad. En una de las sillas, su viejo maletín, marcado por estrías. ¿Cuántos años tendría el médico? ¿Ochenta y cuatro, ochenta y seis? Y seguía trabajando. Lo imaginé en el desayuno, solo, mirando por la ventana los troncos de los eucaliptos.

El mantel a cuadros estaba manchado y remendado. Basta mirar una casa para ver si hay una mujer o no. Conozco la completa indiferencia de un hombre por el lugar donde está parado o donde duerme. Un libro se cae al suelo y puede seguir allí durante meses. Me dije que no había una señora Rossi. Se había ido, o se había muerto o nunca había existido.

A esa distancia, podía sentir el olor a naftalina y alcanfor de su traje. Comprendí el sueño que tuve en los instantes que duró mi inconsciencia, luego del golpe con la maceta: la casa de mis abuelos. Naftalina, alcanfor, lavanda: el olor del pasado.

—¿En serio le preocupan los certificados de defunción? Yo firmo casi todos los certificados de defunción de Bosque Blanco. ¿Cuántos médicos cree que tiene el pueblo?

—Me interesan unos certificados en particular.

—¿El del bebé Vando, no? Busque la historia clínica, si no confía en mí. Verá que no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir.

—No quiero culpar a nadie por esas muertes. Asunto terminado. Pero una cosa lleva a la otra. Me mandaron a detener al asesino de Rafael Alescu. Y creo que su muerte está relacionada con Irma Lang. Sé que ella visitaba las casas de los enfermos terminales para ahogarlos con una almohada.

—Si es así, y no digo que sea así, cumplía un servicio social. He pasado la vida entre enfermos. Y he visto cómo los enfermos sin salvación acaban con los vivos. Son como vampiros. Cuántos casos he visto. Un matrimonio de gente mayor. Uno de los dos enferma de gravedad. El otro logra ocuparse de todo hasta que, agobiado, muere primero. Una hija asiste a su madre en su eterno lecho de muerte. Y finalmente hace un cáncer. Hay que poner las cosas en orden.

—Quién decide ese orden.

—A la naturaleza hay que acompañarla, corregirla, porque hace mal las cuentas. En las grandes ciudades hay a quien acudir. Enfermeras, cuidadoras. Muchas son peruanas y venezolanas y

colombianas. Pero aquí, entre gente que vive apartada, no se consigue a nadie que cuide a nadie… Y cuando se inició esta costumbre, todo era más difícil. A veces en el invierno el pueblo quedaba aislado por completo. Recién pusieron teléfonos en los años ochenta, antes, si había una urgencia, había que ir al correo y desde allí se comunicaban por radio. Todavía ahora hay inviernos en que se corta toda ruta con el exterior.

—Lo primero, no dañar. ¿No dicen eso los médicos?

—Lo primero nunca puede ser una frase en negativo. Lo primero debe ser una afirmación. Lo primero es salvar a los vivos de los muertos.

—No están muertos.

—El corazón late, pero están muertos. Ya tienen sus credenciales. Y yo no maté a ninguno, si eso le importa.

—Pero firmó todos los certificados.

—¿Quiere que envíe a la cárcel a gente como la señora Vando? ¿A quién podría beneficiarle que ella fuera a juicio? A otra mujer, no quiero decir el nombre, el marido, enfermo terminal, la despertaba con gritos cada diez minutos, hasta que la falta de sueño la puso al borde del suicidio. Firmé el certificado de la muerte con gusto, porque sabía que ella así se salvaba. ¿Iba a mandar a la cárcel a un hombre como Alescu, cuya madre tenía noventa y cuatro años, y ninguna posibilidad de recuperar la conciencia? Podría darle muchos nombres que no le voy a dar. Además, no imagine que la señora Lang y yo éramos cómplices, yo casi no la conocía.

—¿La vio alguna vez… con la almohada?

—Una vez sí, cuando volvía de alguna urgencia. Llevaba la almohada en una bolsa de papel madera, como las que dan en las casas de ropa. La compasión no es solo una virtud: es un trabajo y una misión y un sacrificio. Podría haber usado cualquier almohada, pero prefería la suya. Iba en bicicleta en medio de la noche. La bicicleta tenía un canasto delante del manubrio, donde llevaba la

almohada. Solo lamento que, cuando me llegue el momento, no esté ella para acompañarme al otro lado.

—¿Y dejaba amapolas?

—Sí. Las manos juntas y entre ellas una amapola.

—¿Sabe qué le pasó a Irma Lang?

—Dicen que se fue. Que está en la casa de una sobrina, en Bariloche. Yo creo que está muerta.

—Yo pienso lo mismo. Ella estaba acostumbrada al secreto. Pero de pronto se retrató a sí misma, con la almohada. A los que usaron sus servicios no debió de gustarles ese recordatorio.

—Pintaba mal, pobre. Su arte era otro. ¿Cuál es su teoría?

—Alguien está castigando a los que aceptaron los servicios de la señora Lang.

—No lo veo bien encaminado. Camina perdido en el bosque, comisario.

Terminó la taza.

—Es una pena que ahora todo esto haya salido a la luz. Lo podríamos haber guardado entre nosotros. Valeri lo hubiera entendido. A pesar de su carácter, sus deudas y su locura, es un hombre más sabio que usted.

—Creo que usted tiene algo que es mío.

—¿El cuaderno? No es mío, pero tampoco es suyo.

—¿Cómo sabía que existía ese cuaderno?

—No sabía. Pero me alarmó verlo cerca de la casa de Irma Lang y lo seguí. Cuando lo vi salir con el cuaderno en las manos intuí que debía ser algo de interesante lectura.

—¿Me lo va a dar?

—Quiero que sepa que lamento haberlo golpeado con esa maceta. Nunca le hice daño a nadie en mi vida. Por un momento pensé que las cosas podían salir bien.

—Las cosas pueden salir bien.

—No, ya no. Apenas lo vi me di cuenta. Me dije: este hombre va a insistir. Este hombre va a llegar a la verdad sin entender los peligros de la verdad.

Metió la mano en el maletín y sacó el cuaderno. Lo tiró sobre la mesa. Mientras yo me distraía con mi ridícula victoria, volvió a meter la mano en el maletín y sacó una pequeña pistola. Luego supe que era una Bersa. Salté hacia atrás, tirando la silla al suelo. Pero la bala no era para mí. Se puso el caño en la boca y disparó. La cabeza se sacudió violentamente hacia atrás. Era un arma calibre 22 y no hubo orificio de salida, como después comprobó el forense. Muy a menudo las balas de pequeño calibre cumplen con un complicado itinerario a través del cuerpo humano, aceptando bloqueos y desvíos. La cabeza volvió hacia adelante para caer sobre la mesa. La sangre se escapaba por la boca y se extendía por la tela, como si el mantel cuadriculado fuera un país a conquistar. Saqué el cuaderno antes de que la sangre lo alcanzara.

CUARTA PARTE

EL MARTILLO

UNO

La puerta se abrió de golpe, con la brusquedad con la que ocurren las cosas en los sueños. Era Valeri, con la Glock en la mano. Le bastó una mirada para comprobar que no había ningún peligro y volvió el arma a su cintura. Se persignó, como había hecho frente al cuerpo de Marta Tau.

—Salga de aquí —me dijo.

—Fue tan rápido. No me dio tiempo a tiempo nada.

—Salga de aquí antes de que llegue alguien. Usted escuchó el disparo cuando estaba afuera. Entonces entró y lo encontró muerto.

—¿Por qué voy a mentir?

—¿Quiere que le echen la culpa por la muerte del médico?

—Pero es su arma, son sus huellas…

—Van a decir que lo presionó. Que presionó al médico del pueblo, al que todos le deben todo. Y nosotros también.

Con esfuerzo, di un paso en dirección a la puerta. Apenas un paso, pero sentí alivio por haberme alejado un poco del cadáver.

—Tenemos dos muertos, comisario. Es mejor que no se cargue otro a nuestra cuenta.

—No puedo mentir —dije, pero ya me estaba mintiendo, ya me había alejado otro paso del cadáver del doctor Rossi, ya aceptaba las palabras de Valeri. El cuaderno me quemaba en las manos. La primera vez que lo había visto, aquel mensaje secreto hecho de nombres y fechas me había llenado de entusiasmo. Descifrado el mensaje, el cuaderno solo me causaba repulsión.

Me miré la ropa.

—No se preocupe, no tiene sangre. Esta vez me va a hacer caso a mí, Nebra, ¿estamos? Llegué un minuto después que usted. Los dos llegamos cuando todo había terminado. No pudimos salvarlo. Estaba gravemente enfermo, por eso se mató.

—No sabemos si estaba enfermo.

—Todo el mundo está más o menos enfermo. ¿O nunca leyó los informes de las autopsias? Siempre hay una segunda muerte en la sala de espera.

Marcó un número en el celular; un número que atraería ambulancias y patrulleros y preguntas. Dio instrucciones breves y cortó.

—Así que ese era su famoso cuaderno —me dijo.

—Irma Lang anotó los nombres de todos los pacientes que mató.

—No los mató. Terminó una tarea que ya estaba empezada.

—Es una manera de decirlo. Yo prefiero decir que los mató.

—Entonces quémelo. Nadie quiere oír historias tristes.

DOS

Media hora después de la muerte del doctor Rossi, los alrededores de la casa ya se habían llenado de gente. Tres vecinos, uno con su perro. Una chica de lentes que recién había entrado al periódico *El Correo del Sur* y que estaba tan nerviosa cuando me hacía preguntas que temí que se pusiera a llorar. Un camillero y un chofer enviados desde la Clínica Sobral, que miraban sus celulares: no tenían ya nada que hacer allí, porque no estaban autorizados a trasladar un cadáver. La doctora Margarit, que había venido en su ruidoso Fiat Uno. El fiscal Sirio. Los policías, a la espera de nuestras órdenes.

Sirio me miró con desconsuelo.

—Me pidieron que me hiciera cargo de esta fiscalía por dos meses. Dos meses y me volvía a mi casa. Hace un año que estoy. Llegué y justo hizo erupción el volcán, como si me estuviera esperando.

—No hay que tomarse las erupciones volcánicas a título personal —intervino Valeri.

El fiscal hizo un gesto como para entrar a la casa, pero se arrepintió.

—Por lo menos, dígame que esta muerte no tiene nada que ver con los crímenes.

Mi voz sonó apagada, como la de los enfermos:

—Fue un suicidio. Y no hay ninguna relación con los crímenes.

—Eso es un gran alivio para todos. Digo, dentro de la desgracia. —Esperó unos segundos para cambiar de tema—. ¿Nos vemos en el acto?

—¿Qué acto?

—La biblioteca.

—¿No lo van a suspender?

—Imposible. La intendente descubrirá la placa con el nuevo nombre de la biblioteca: Pedro Mario Senda. En situaciones traumáticas, lo mejor es seguir con la rutina. Ahora, si me disculpa, tengo el penoso deber de entrar. ¿A usted no le impresiona la sangre?

—Al principio, sí. Ahora…

—A mí me sigue impresionando como la primera vez. Después no pruebo bocado en el resto del día.

La doctora Margarit ya había entrado en la casa y había comprobado que el médico estaba muerto. Cuando me golpearon la cabeza, me había atendido con aplomo y buen humor: ahora, ante la tragedia, lucía tensa y frágil.

—¿Su primer suicidio, doctora?

—Intervine en dos urgencias de intentos de suicidio, cuando estaba recién recibida. Una mujer en la bañera con tajos en las muñecas y otra con pastillas. Las dos se salvaron.

—Dicen que hay más intentos de suicidios entre mujeres que entre hombres, pero los hombres son mucho más eficaces.

—No diga que hay algo que los hombres hacen mejor que las mujeres, aunque sea el suicidio, porque lo van a tildar de machista, comisario. Pero tengo que admitir que Rossi fue eficaz. ¿Cómo anda su cabeza?

Todavía me dolía, pero le respondí que no sentía nada.

—¿Conocía a Rossi, doctora?

—Lo vi pocas veces. Casi no tenía vínculo con la clínica Sobral. Trabajaba con pacientes particulares. Y en la policía siempre lo

llamaban a él, cuando había algún problema. Ya se lo habrán dicho, me imagino. No era forense, pero a falta de uno de verdad…

—¿Sabe si tenía familiares?

—Unos primos en Buenos Aires. Una exesposa, una década más joven que él, en alguna parte. No tenía hijos. —Miró la hora en el celular—. Tengo que volver a la clínica.

—Necesito que haga algo por mí, doctora.

Le pedí que nos apartáramos unos metros. Caminamos entre los árboles, sobre el colchón de agujas de pino y ceniza.

—Demasiado secreto, comisario. ¿Es una declaración sentimental? Prefiero el *champagne* al vino tinto, los bombones a las rosas, y me aburren las películas de acción.

—Alguien robó una computadora desde donde se puede acceder a las historias clínicas de los pacientes. Usted me lo dijo.

—¿Y?

—Quiero conocer el contenido de esa computadora. Necesito saber qué pacientes graves hay en la ciudad.

—Usted sabe que no le puedo decir eso.

—Valeri le pidió esa información y usted se la negó.

—No insistió. Pero me parece que usted va a insistir.

—Antes no parecía tan importante. Ahora, sí. Esa información la tiene el que la robó. ¿Qué problema hay en que la tenga también la policía?

—El ladrón la robó. No es lo mismo que yo se la dé.

—Supongamos que alguien que sabe poco y nada de medicina estudiara las historias médicas recientes. ¿Quiénes le parecerían más graves? ¿Quiénes no tienen cura, al menos a ojos de un lego?

—¿Por qué le interesa eso? ¿Va a arrestar a los enfermos? ¿Piensa que el asesino está enfermo?

—Creo que el asesino de Rafael Alescu y de Marta Tau no actuó por razones personales, o por dinero, o por una venganza. Los mató

porque estaban enfermos. Los mató porque creía que no tenían salvación. Eutanasia involuntaria.

—Eutanasia significa «buena muerte». No me parece que sea una buena muerte que te maten a martillazos.

—El asesino tiene esos nombres y está esperando el momento oportuno para matar a martillazos al siguiente de la lista. Necesito esos nombres.

Llevaba una cartera de cuero grande, de color negro. Estaba acostumbrada a llevar muchas cosas. Sacó una petaca y se sirvió en el diminuto vaso de metal que servía de tapa. Me ofreció con un gesto. Respondí que no. Bebió un trago.

—Espero que no le diga a nadie que llevo mi provisión portátil.

—¿Whisky?

—Vodka.

—Será nuestro secreto.

—¿Qué motivos tiene el asesino para matar a los enfermos?

—No sé. Locura, o un extraño modo de entender la compasión. O practica la eutanasia con ellos porque cree que ellos la practicaron con otros. No importan los motivos. Pero necesito proteger a los posibles candidatos.

—Si le doy esa lista, puedo perder mi matrícula. Además cualquiera de esos pacientes podría hacerle juicio a la clínica, o a mí.

—Nadie se va a enterar —dije. No parecía convencida—. El asesino es alguien en quien las víctimas confían. Alescu estaba caminando con el asesino. Paseaban, conversaban. Le dio la espalda, porque no se sentía amenazado. Marta Tau no parecía ser una mujer especialmente amable.

—No lo era.

—Sin embargo, acababa de prepararle un té al asesino cuando recibió el primer golpe. En los dos casos, siguió golpeando hasta asegurarse de que estuvieran muertos.

¿La había convencido con mi retórica sangrienta? Terminó su vasito de vodka en silencio. No la apuré. Estuvo tentada a servirse más, pero devolvió el vasito a la petaca, y la petaca al universo de su cartera. Sacó una Parker plateada de su bolsillo. Tinta negra. Los médicos siempre usan tinta negra, por si tienen que hacer enmiendas a las historias clínicas. Hay muchas variantes de azul, pero solo un ojo entrenado podría distinguir los matices del negro. Le tendí mi libreta de hojas cuadriculadas. Anotó cinco nombres. Me preguntó si se entendía la letra. No era clara como la de Rossi, pero podía leerla.

Mayra Santelmo me miró con alguna suspicacia cuando regresé de mi conversación con la doctora Margarit.

—Comisario: robaron de la farmacia la cabeza esa con los clavos y tornillos.

Tardé un segundo en comprender que se refería a la cabeza de Geniol.

Le tendí el papel con los nombres.

—Tenemos algo más urgente. Uno de estos nombres puede ser la próxima víctima. Hay que advertirles sin alarmarlos demasiado.

—Cinco nombres. No tenemos tanto personal.

—Por lo pronto, averigüe dónde están. Y que no se queden solos. Ni siquiera para recibir a alguien que conocen de toda la vida.

Pasé por el hotel para darme una ducha, porque seguía con la impresión de que la sangre de Rossi me había alcanzado. Estuve largo tiempo bajo el agua caliente. Cuando abrí el ropero en busca de una camisa limpia, descubrí la cabeza de Geniol. Estaba sobre el piso del placard, bajo las perchas, y con la cara vuelta hacia la pared. A los clavos y tornillos del original le habían sumado un pequeño martillo, pegado a la cabeza con adhesivo de contacto. No había sido un trabajo cuidadoso, habían usado demasiado pegamento. Me

quedé contemplando la obra durante unos segundos. Después revisé mis cosas. Nada faltaba. Nada estaba en desorden o roto.

Después de fotografiar la cabeza fui hasta la recepción y llamé a Olsen. El dueño del hotel apareció con los lentes puestos y unos papeles en las manos. Le dije que alguien había entrado en mi habitación.

—La única que entró es la mucama, a la mañana. ¿Por qué pregunta? ¿Le falta algo?

—No. Me sobra algo.

—No lo entiendo, comisario.

—Alguien entró y me dejó algo.

—Si era un paquete a su nombre, tal vez la mucama lo subió.

—No era un paquete a mi nombre. Era una amenaza.

—Cualquiera pudo entrar y tomar la llave. Bosque Blanco siempre fue una ciudad segura, o al menos lo era, hasta ahora.

—¿Y cómo sabía el intruso cuál era el número de mi habitación?

—Todas las ventanas están apagadas por la noche porque están vacías. Solo la suya está encendida.

—¿Su mujer tampoco vio nada?

—No estuvo en todo el día. Pero en un rato tiene que venir, para prepararse para el acto de la biblioteca. Si la ve, no la distraiga con preguntas. Tarda dos horas en maquillarse.

TRES

Saqué la bolsa de residuos negra que estaba en el cesto de la habitación y puse en ella la cabeza de Geniol. Así embalada, la llevé a la comisaría. Valeri, la sargento Santelmo y yo nos reunimos en el archivo.

Dejé la bolsa negra sobre la mesa. Me puse los guantes de látex y saqué la cabeza de porcelana.

—La encontré en mi habitación.

Valeri dio un silbido al ver el martillo.

—No entiendo el arte moderno —dijo.

—¿Se la llevo a Argés? —preguntó Santelmo.

—Primero busque si tiene alguna huella. Si hay huellas, la mandamos al laboratorio.

—¿Cree que este martillo puede ser el arma del crimen?

—No —dije—. El asesino usó un martillo de cara cuadrada. Este tiene cara redonda. En el laboratorio calculaban un martillo de 16 o 20 onzas, y este parece más liviano.

La sargento Santelmo la espolvoreó con grafito y le pasó un pincel. Observó con una lupa la cabeza de porcelana y el martillo.

—Nada. Todo el mundo mira series de televisión y sabe que tiene que usar guantes. ¿Cree que fue el asesino el que le dejó la cabeza?

—Me parece que fue una advertencia por buscar esos certificados y por complicar a Rossi. Ahora sí devuélvale la cabeza a Argés, por favor.

—¿Con martillo y todo? —preguntó Santelmo.

—Con el martillo. Si se salta la porcelana al sacarlo, nos va a echar la culpa.

—¿Y qué le digo del martillo?

—Que puede quedarse con él, si le hace falta.

Libre la mesa de la cabeza de Geniol, ahora la ocupaba el cuaderno forrado en arpillera. Era un cuaderno Rivadavia, de la editorial Estrada. A diferencia de los libros, los cuadernos no tienen fecha de impresión. Era probable que este fuera de los años cuarenta o cincuenta. La caligrafía era siempre la misma, pero la tinta variaba de un nombre a otro: tinta azul lavable, tinta negra, birome negra, birome roja, lápiz… Entre un nombre y otro, el tiempo había pasado, y los instrumentos de escritura se habían perdido, o se habían quedado sin tinta. Irma Lang había anotado solo el día y el mes de cada muerte, pero los certificados de defunción permitían ordenar las muertes en una cronología completa. Leí en voz alta la larga lista de nombres, acompañados de las fechas. Había identificado a la madre de Alescu, que había muerto cinco años antes. También estaba presente la primera esposa de Olsen. Había períodos en los que la señora de la almohada había estado muy activa. Comprendí el malestar que había sentido en la biblioteca. Era aquel cuadro sombrío, la almohada con las cruces bordadas. Me había producido el mismo malestar que ahora me producía el cuaderno. El mismo malestar que sentía cuando mi padre me llevaba a los entierros de sus camaradas. *Memento mori* se llama a ciertos adornos fúnebres. Recuerda que vas a morir. Ese cuaderno era un *memento mori*.

Valeri y yo, solos en el archivo. La comisaría en silencio. Solo se oía el televisor que estaba en el comedor. Valeri le dio una mirada distraída al cuaderno. Evitaba tocarlo, como si le diera asco.

—Espero que no piense entregarle este cuaderno al fiscal Sirio —me dijo Valeri —. Llevará confusión, temor y vergüenza a muchas familias.

—Por ahora, queda entre nosotros.

—Ya le dije: mejor quemarlo.

Miré la hora.

—¿Va a ir al acto, comisario? —preguntó.

—Faltan unos minutos. ¿Son puntuales aquí?

—Impuntuales al revés: llegan antes de hora. Como hay poco y nada para hacer…

El acto, qué fastidio. La placa con el nombre de Pedro Mario Senda en la biblioteca. ¿Sería Senda buen poeta?

Hablé:

—Alescu requirió los servicios de Irma Lang para que se ocupara de su madre. Pasaron los años. Un día el volcán hace erupción. Llega la ceniza volcánica. Se empieza a hablar de una enfermedad de la que nadie tenía noticias: fibrosis pulmonar. Irma tiene miedo. Piensa, como muchos, que la ceniza es peligrosa, que convertirá en piedra sus pulmones. Quiere irse, pero no tiene dinero suficiente para instalarse en otro lugar. Tantos años sirviendo a la gente de Bosque Blanco y no tiene nada más que una casa y una jubilación que no alcanza para nada. Acude a Alescu. De todos aquellos a los que ayudó en el pasado, es el que tiene la mejor situación económica. No sabemos si Alescu conocía la verdadera ocupación de la señora Lang. Tal vez lo descubrió recién cuando le pidió dinero a cambio de su silencio. Alescu no quiso saber nada. Imaginó que pagar por un chantaje es siempre mal negocio: la suma única corre el peligro de convertirse en un gasto permanente.

—Como comprar un tiempo compartido —dijo Valeri, y bostezó—. Además, tenía fama de tacaño.

—Entonces ella envió su cuadro al concurso, como una prueba de que hablaba en serio. Le dieron un segundo premio. No era la

gloria, pero bastaba para que lo colgaran en la pared, para que los que habían pedido sus servicios recordaran su oficio secreto. Alescu se asusta. Planea matar a Irma Lang y llevar el cuerpo a la cantera. Necesita una pala. Le había prestado su pala a Víctor Argés. No puede comprar una nueva, porque quedaría el registro de la compra, ni quiere pedir la devolución de la suya, para no llamar la atención. Roba la pala de la cabaña de Tau. Cita a Irma Lang en el bosque o la recoge en la ciudad y la lleva al bosque para conversar con la excusa de llegar a un acuerdo. Se alejan de la camioneta y entonces él le dispara con su rifle. En el camino de regreso a la camioneta, el cura lo ve.

—¿Y dónde la enterró?

—Quizás al principio pensó en enterrarla, pero después se dio cuenta de que era mucho trabajo cavar un foso. No la enterró. No hacía falta. Estoy seguro de que llevó el cadáver en la caja de la camioneta, cubierto de ceniza y la dejó caer en la cantera de ripio. Lo hizo de noche. Supongo que los camiones no trabajan de noche.

—No, solamente hasta las cinco de la tarde.

—Usó la pala de Tau para cubrir el cadáver de arena volcánica. A la mañana siguiente llegarían los camiones, descargarían su ceniza, y el cadáver quedaría bajo toneladas de polvo. Se deshizo también del rifle. Seguramente lo tiró al lago.

—Muy bien, comisario —dijo Valeri mientras hacía la mímica de un aplauso—. No tiene pruebas de nada de lo que ha imaginado, y tampoco explica los crímenes. Pero su relato puede servir para que los que todavía no nos odian por lo de Rossi se convenzan de que tienen que odiarnos también.

—¿Usted sabía que existía esta costumbre de la señora de la almohada?

—Una vez, en el bar El León, dos hombres pasados de copas comentaron algo sobre la madre de Alescu. Uno era el menor de los Ferrol. Cuando me vieron, silencio.

—¿Y no hizo nada?

—Por supuesto que no. Ahora usted lo sabe. ¿Va a hacer algo? ¿Va a arrestar a los familiares que llamaron a la señora de la almohada? ¿Va a acusar a los Vando por la muerte de su hijo? —Tocó el cuaderno—. ¿Va a incluir esto con las pruebas?

No respondí.

Mayra Santelmo llegó de la calle.

—¿Qué dijo Argés de su Geniol? —pregunté.

—No lo encontré. Ya había salido para la biblioteca. Tomás Estomba estaba atendiendo, y cuando vio que la cabeza tenía el martillo, la escondió, con cara de pánico. Se siente culpable, porque la robaron cuando estaba él a cargo.

—El que se la llevó tiene que haber usado un bolso o una caja. ¿No vio a nadie?

—Como a veces pasan horas enteras en las que no entran clientes, se va al fondo a ver televisión. Le gusta ver capítulos repetidos de *Lost*. También es posible que el ladrón haya entrado cuando estaba poniendo una inyección. Estomba sabe poner inyecciones, tiene título de farmacéutico. Argés, no, solo es el dueño.

Le pedí a Santelmo que leyera la lista de los enfermos graves de Bosque Blanco.

—Ferretti, Dixman, Azcárate, Robles, Furman. A Ignacio Ferretti lo trasladaron a una clínica de la capital de la provincia. Le pedí a la mujer que no le dijera a nadie dónde estaba y que nos avisara si volvía a Bosque Blanco. Delia Dixman está en la casa con su marido y su hijo menor. Los hijos mayores están casados. Le aconsejamos que no saliera de la casa y que no se quedara nunca sola, aunque la visitara alguien conocido.

—¿Qué excusa les dio a sus familiares para decirle que la mujer corría peligro? —pregunté.

—Que encontramos una lista de nombres en una de las escenas del crimen. Idea del subcomisario.

—Estaba inspirado —dijo Valeri.

Santelmo siguió:

—Beatriz Azcárate está internada en la clínica desde anoche por una insuficiencia respiratoria. El agente Jara la cuida. También está la hermana con ella. Isaac Robles es el más joven del grupo, cuarenta y dos años. Se mudó y todavía no lo pudimos ubicar.

—¿Por qué no?

—Cambia de casa con frecuencia. En el pasado, problemas con el alcohol y adicciones. También falsificó recetas de oxicodona. Recién Trenti estaba buscando a la exesposa de Robles. El último paciente de la lista, Furman, se fue de la ciudad, está en Buenos Aires, así que suponemos que no corre peligro.

El reloj de pared marcaba las siete. Hora de salir.

—¿Usted va al acto de la biblioteca, Valeri?

—No. Le cedo la dosis de color local que me corresponde a los visitantes ilustres como usted.

CUATRO

Cuando llegué a la puerta de la biblioteca, un grupo de unas treinta personas rodeaba la placa velada. La señora Alescu había dado por terminado su luto: había ido a la peluquería y se había maquillado. Sobre su vestido amarillo llevaba un collar de cuentas que parecían fragmentos de coral rojo. Karina Olsen conversaba con ella, mientras su marido miraba la hora en el celular y se aburría. Víctor Argés se había vestido de saco y corbata y releía unas notas que había escrito en una libretita. Le tocaba decir unas palabras. El fiscal Sirio me presentó a la intendente, Adriana Pietra, una arquitecta porteña que se había mudado a Bosque Blanco con su marido una década atrás. Era una mujer joven, no debía tener más de treinta y cinco años. Vestía jeans y una campera blanca. No usaba maquillaje.

—Gracias por venir, comisario. Quería que todos lo vieran, así saben que las cosas están encaminadas. Hablando de eso, ¿están encaminadas?

—Somos pocos, pero trabajamos día y noche.

—Tal vez necesitemos que envíen un equipo más grande desde la capital de la provincia —dijo la intendente—. Eso haría que los ciudadanos se sintieran más protegidos.

El fiscal intervino en mi ayuda:

—También les daría idea de que se enfrentan a un asesino más hábil de lo que realmente es.

—Entiendo que la muerte del doctor Rossi no está relacionada con su caso.

La miré a los ojos, que es la mejor manera de mentir:

—No hay ninguna clase de conexión entre los asesinatos y la muerte del doctor Rossi. Sufría una grave enfermedad que lo condujo a esa decisión.

—¿Y usted qué opina, doctor?

Sirio respondió con énfasis:

—Encontré en el escritorio de Rossi los análisis médicos que le acababan de mandar desde la capital de la provincia. Estaba muy enfermo. De todos modos, como se trata de un suicidio, van a hacerle la autopsia.

Yo había visto esos informes, pero no había encontrado las malas noticias de las que hablaba Sirio. Seguramente había sido una sugerencia de Valeri.

—Qué suerte que estaba usted allí, comisario —dijo la arquitecta —. De otra manera, cuánto tiempo habría pasado hasta que alguien encontrara el cuerpo…

Si había alguna ironía, la pasé por alto.

—Necesitaba hablar con él para conocer su opinión sobre el asesinato de Marta Tau. Y me extrañó que no contestara el teléfono. Por eso lo visité.

Me arrepentí de mis palabras. Mi padre me dio muchos consejos a lo largo de los años, pero uno solo sensato: «Nunca des explicaciones».

Se nos acercó una fotógrafa joven vestida de negro y con las sienes rapadas. Ya había adquirido el aire de distancia y fastidio que suelen tener los fotógrafos. Nos apuntó con la cámara. Entonces la intendente dio vuelta la cara y se alejó de mí. No quería que la fotografiaran conmigo. Dos asesinatos, ninguna respuesta y el suicidio de un médico, y no cualquier médico. El médico que colaboraba con la policía. A sus ojos, los asesinatos, el suicidio, la

ceniza volcánica y yo formábamos parte de una misma constelación de desgracias.

La arquitecta Pietra tomó una punta del paño negro que cubría la placa.

—¿Lista? —le preguntó a la fotógrafa. Estábamos a unos metros y ya no había peligro de que yo apareciera en el cuadro.

La intendente tiró de la tela. Aplausos. El bronce brillaba:

Biblioteca Pedro Mario Senda (1885-1960)
El poeta de Bosque Blanco.

La intendente hizo un discurso breve, en el que confesó que hasta que había llegado a Bosque Blanco no tenía la menor idea de quién era Pedro Mario Senda. Hubo solo un par de leves aplausos para ese exceso de sinceridad. Luego habló brevemente del doctor Rossi y pidió un minuto de silencio. Cuando terminó el silencio, dijo:

—Nos toca vivir momentos sombríos. Pero los versos del poeta nos dan un poco de esperanza. Nos dicen que las cosas van a cambiar. Como escribió en su poema «La cumbre»…

Recitó el primer verso con convicción, el segundo con dudas, el tercero con puntos suspensivos. Víctor Argés, que estaba a su lado, la ayudó a completarlo. Si la intención había sido el elogio de la esperanza, el poema no había sido bien elegido: el escalador del poema terminaba despeñado en el vacío. La intendente aprovechó la intervención del farmacéutico para cederle la palabra.

Argés recordó que el padre del poeta había estado a cargo de la estafeta postal y que el mismo Senda había sido telegrafista: había dedicado un poema a los mensajes que viajaban por el aire. De joven se había marchado a Buenos Aires, donde había colaborado en la revista *Caras y Caretas* y en el diario *La Nación*.

—Luego fue a París, donde asistió a la muerte del joven poeta peruano José Eufemio Lora y Lora, que cayó a las vías del metro.

Los dos habían estado tomando ajenjo durante horas. Esa muerte lo marcó para siempre y no hay poema que no esté impregnado por la melancolía. Senda trató largamente a Rubén Darío, de quien se consideraba discípulo. A pesar de su cosmopolitismo, de las obligaciones que impone la bohemia y del hada verde del ajenjo, nunca olvidó su tierra natal.

Aplausos. Argés había sido breve, mérito doble si se tenía en cuenta que la audiencia estaba de pie y que corría un aire frío desde el sur. El mismo Argés presentó a Bibiana Ríos, una actriz que solía estar en la televisión muchos años atrás, pero que ahora llevaba una vida retirada en Bosque Blanco. La mujer recitó con énfasis tres sonetos de Senda: «El cruce del río», «Araucarias» y «El rey ciervo». Aplausos.

En el interior de la biblioteca, nos esperaban el calor del fuego, copas de vino tinto, jarras de limonada y sanguchitos de miga. Después llegaron unas empanadas que hacía una vecina salteña. Llegué a probar una sola, porque se acabaron enseguida. La intendente vestía pantalón y campera, pero algunas mujeres habían preferido llevar vestidos. En Bosque Blanco debía haber muy pocas oportunidades de vestir otra cosa que no fueran jeans o ropa deportiva. Me acerqué a la señora Alescu y le pregunté con alguna brusquedad, que atribuí a mi segunda copa de vino, si conocía a Irma Lang. Me miró con el rencor que nos merecemos los que nos asomamos al pasado ajeno:

—La contratamos una vez, cuando mi suegra estaba enferma. ¿Por qué pregunta?

—No la podemos encontrar. Nadie la vio desde el inicio de la ceniza. ¿Alguna vez su esposo le comentó que la hubiera visto?

—No, nunca.

Miraba a su alrededor, en busca de alguien que la rescatara de mí.

—Me dijeron que cuando su marido viajó a Bariloche, la llevó en el auto.

—¿Quién le dijo?

—Información que tenemos.

—Eso es un disparate. A mi marido le gustaba ir solo en el auto. Siempre escuchaba a todo volumen un disco de Creedence Clearwater Revival. Pensé que aquí iba a poder distraerme un momento de lo que pasó, pero viene usted y…

—Estoy investigando el homicidio de su esposo.

—Y me pregunta por Irma Lang… ¿qué puede tener que ver esa enfermera con el asesinato de mi esposo?

Karina Olsen me arrebató a la señora Alescu antes de que tuviera tiempo de hacerle otra pregunta.

Argés había guardado su libreta en el bolsillo y estaba terminando su copa. Cuando lo felicité por su discurso, hizo chocar su copa con la mía.

—Salud. Lástima que no llegué a tiempo con el libro.

—¿Falta mucho?

—Tendría que ir a Buenos Aires, buscar un par de libros en la Biblioteca Nacional, o en la del Congreso, y visitar el archivo del diario *La Nación*, si es que existe todavía. Además, es difícil escribir una vida. Uno quiere darle una forma, como si fuera un soneto o una fábula, pero la vida no tiene forma ni moraleja. Son solo cosas que pasan, una detrás de la otra, y a veces una encima de la otra.

Para darle ánimo, anuncié:

—Encontramos la cabeza de Geniol.

La noticia lo sobresaltó:

—¿Intacta?

—No… Alguien la dejó en mi habitación… con un martillo pegado con cemento de contacto. Lamento que hayan usado su reliquia para dejarme una amenaza.

—Lo importante es que apareció. Los viajantes de comercio del laboratorio Suarry les regalaban esas cabezas a sus clientes más tradicionales. A mi padre le gustaba pero su farmacia era nueva y no hacía compras importantes. Pero tanto le insistió al viajante que al fin se la regaló. Cuando la cabeza desapareció, me preocupé. Debe tener su valor en casas de anticuarios. De ahora en más, la guardo bajo llave. ¿Sabe quién la robó?

—No.

—¿El asesino?

—Algún vecino indignado por el rumbo de mis investigaciones. —Quise distraerlo del juego de la conjetura—. Ese poeta peruano que nombró…

—José Eufemio Lora y Lora. Se suponía que su primer libro, que estaba por aparecer, lo convertiría en el sucesor de Rubén Darío. Pero se emborrachó con ajenjo y cayó a las vías del metro. Yo sospecho que nuestro poeta Senda tuvo algo que ver con su muerte…

—¿Por qué se le ocurre?

—Porque encontré unas cartas donde se nota que el joven Senda estaba totalmente envidioso de los poemas del peruano. Quién sabe si no lo emborrachó a propósito. Por algo escribió años después un poema titulado *La culpa*: «Tan tremendo es el peso de todos los pecados / Que Dios nos perdona, aun sin arrepentimiento. / No lo hace por el amor. Somos perdonados / Por haber merecido Su aburrimiento».

—No difunda esa versión de un Senda asesino, o lo declaran persona *non grata* en Bosque Blanco.

—Un secreto que queda entre nosotros.

La reunión se había dividido, como es tradición, entre hombres y mujeres. La intendente había aprovechado la oportunidad para marcharse. El fiscal Sirio se había llevado su perfume con él. En la otra punta de la sala vi al padre Eduardo. No había bendecido la

placa, seguramente porque no se lo habían pedido: las bendiciones habían pasado de moda. El cura levantó su copa de vino a modo de saludo, pero no se acercó a mí. Me había evitado con delicadeza.

En el círculo de las mujeres, una recién llegada saludaba con un beso a una por una. Tardé unos segundos en reconocerla: era Verónica Santiago, la sobrina de Irma Lang. Sonia Geralt, la vecina de la mujer desaparecida, se ocupaba de las presentaciones. Verónica se había vestido de negro, un pantalón y una polera, como si se anticipara al luto por su tía. Era atractiva pero no al modo ostentoso de Karina Olsen; era como si guardara su poder en secreto. Le preguntaron si tenía noticias de su tía y ella, en vez de decir «no», detalló llamadas telefónicas a parientes lejanos, que solo la habían conducido a la perplejidad. Como era nueva, le perdonaron aquel aburrido catálogo de fracasos.

—Tal vez haya que darla oficialmente por desaparecida —propuso Sonia Geralt, pero enseguida se corrigió—. Eso no quiere decir que la demos por…

Buscó, en el diccionario de su memoria, un sinónimo de «muerta» que atemperara la idea de la muerte.

—… por muerta… —completó la sobrina.

Entonces se miraron y me di cuenta de que hasta entonces nadie había pensado que la mujer estuviera muerta; su paradero misterioso era un fenómeno pasajero, como la nube de ceniza, como las piedras que flotaban en el lago, como los temblores en el interior del volcán. Una vez que la naturaleza se calmara, la mujer reaparecería.

Karina Olsen levantó su copa como si fuera a brindar:

—No hablemos de cosas tristes, que hoy es día de celebración. Y es bueno que alguien llegue en un momento así, en que todos se van. Nos da esperanzas.

La sobrina de Irma Lang, convertida en encarnación de la esperanza, les sonreía a todas. Me pregunté por qué había venido.

Por qué había dejado Bariloche para hundirse en Bosque Blanco, donde no conseguiría ningún trabajo hasta que regresara el turismo y donde tenía que convivir con las cosas de su tía y sus cuadros sombríos. ¿Le habrían mostrado la pintura ganadora del segundo premio?, me pregunté. Entonces miré hacia la pared, donde había estado el cuadro de la señora de la almohada. Pero ahora el espacio estaba vacío: un cuadrado dibujado con polvo.

CINCO

A la mañana siguiente, cuando estaba terminando mi café, Valeri entró en el comedor del hotel. No era un buen indicio que Valeri madrugara. Tenía puestas sus antiparras.

Nunca un desayuno en paz, pensé.

—¿Terminó su café con leche, Nebra? —Agarró una medialuna —. Me la llevo para el camino.

—Qué pasa ahora.

—Trenti logró encontrar el domicilio de Robles.

—¿Robles? —Eran las siete y media. Los nombres llegaban a mi memoria de a poco.

—Isaac Robles. Uno de los pacientes que buscamos. ¿Se acuerda? Alquilaba una habitación en una casa, cerca de la terminal de micros. La dueña del lugar abrió la puerta. Robles no durmió ahí. La mujer nos dijo que trabaja en las aerosillas del cerro Unzué.

—¿Y?

—Vamos a buscarlo.

—Valeri, las aerosillas hace meses que no funcionan.

—Funcionen o no, alguien las tiene que poner en marcha. ¿O usted no pone en marcha el auto cuando pasa mucho tiempo sin uso?

—Mi auto nunca está sin uso, lamentablemente.

La comisaría tenía cinco camionetas, dos estaban con problemas mecánicos desde hacía meses. Valeri usaba la que estaba en mejor

estado, una Nissan Frontier que solo tenía un par de años de antigüedad.

—Conozco a Robles. —Valeri dio un mordisco a su medialuna—. Un par de veces lo tuvimos de huésped.

—¿Qué hizo?

—Un poco de todo. Cosas chicas. Drogas, sobre todo. Una vez falsificó recetas de oxicodona. Tiene sida desde hace años. Pero lo tiene controlado. Eso me dijo aquella vez. Después le perdí el rastro, lo que es bueno, porque significa que no reincidió.

—¿Puede ir un poco más despacio, Valeri? Hay un solo semáforo en Bosque Blanco y usted acaba de pasarlo en rojo. —Esquivó por poco una bicicleta. Soltó apenas el acelerador, pero enseguida volvió a pisar—. ¿Cuál es el trabajo de Robles?

—Pone en marcha las aerosillas. Sin ningún uso, el mecanismo se estropea. Va tres veces por semana, dijo la exesposa. Tiene experiencia en eso porque trabajó en otro cerro.

Pronto se terminó Bosque Blanco. Al costado del camino, un cartel: SI VE ANIMALES EN LA RUTA, DENÚNCIELOS: 0800 GANADO.

—Tengo que reconocerle algo, Nebra. Pensé que lo habían mandado para echarme de inmediato. Y creo que estuvo dispuesto desde el principio a que investiguemos juntos.

—No. Cuando llegué pedí que me lo sacaran de encima. Pero no me hicieron caso.

—¿Y ahora?

—Ahora me acostumbré.

—¿No me va a preguntar por mis problemas con la justicia? ¿No quiere mi versión de los hechos? Usted es abogado, además de policía.

—No es mi problema.

—Pero si sale la acusación, va a tener que detenerme. ¿No le importa detener a un inocente?

—Quizá su situación se resuelva cuando yo ya haya vuelto a mi casa y esté tranquilo mirando la televisión.

—No soy un criminal. Ellos eran criminales. Iban a matarme.

—Esa parte de su vida no me importa.

—Sabía que venían por mí. Estaba preparado. Su padre me entendería.

—Mi padre no es juez y no serviría para juez. Yo tampoco soy juez.

No era juez, pero Valeri presentó ante mí su alegato. Mientras viajábamos por un camino desierto y bajo un cielo amarillo de polvo volcánico, me explicó que le debía plata a un prestamista y proxeneta de Bariloche, conocido con el apodo de «el Turco». Valeri había pedido plata y se la había gastado jugando al póker en un tugurio que estaba en un subsuelo de un hotel. A cambio de cancelar su deuda, el Turco, que contaba con protección policial en su ciudad, le pidió a Valeri que se ocupara de un antiguo cómplice que se estaba escondiendo en Bosque Blanco. Valeri tenía que encontrarlo y pasarle la información. Pero Valeri no dio noticias durante un tiempo y cuando el Turco, cansado de esperar, lo llamó, dijo que no lo había encontrado. Entonces el prestamista envió a dos de sus hombres a buscar a Valeri.

Lo sorprendieron cuando estaba por entrar a su casa. Le quitaron el arma reglamentaria y lo invitaron a subir a una camioneta Hilux de color blanco. Cuando Valeri preguntó adónde lo llevaban, Yapura, el más experimentado, le respondió que tenía una cita con el Turco, pero que no había nada de que preocuparse. Yapura era un exsargento de la policía. Morocho, cincuenta años, algo excedido de peso. El otro, un tal Jonathan, de veintitrés, viajaba atrás. Tenía en la falda un revólver Smith & Wesson 629 de cañón largo, con el que no dejaba de jugar, a pesar de que Yapura le había advertido varias veces que soltara el arma. A Valeri le había tocado el asiento del acompañante. Fueron charlando durante el camino, y Valeri se reía

de los chistes de Yapura, pero cuando el expolicía evitó el camino más directo, y prefirió una ruta de ripio poco frecuentada, Valeri se dio cuenta de que iban a matarlo.

Yapura ya había dejado de contar chistes y conducía demasiado rápido para esa clase de camino. De vez en cuando sacaba una petaca del receptáculo de la puerta y daba un trago. No convidaba. Estaba nervioso. No le gustaba el trabajo que le habían encargado. No le gustaba matar a un oficial de policía y menos le gustaba la compañía que le había tocado: Jonathan. Según se supo después, era un hijo natural del Turco, y la madre había insistido para que le diera un trabajo, y el Turco, después de que el muchacho cumpliera con un par de cobranzas, le había encargado su primera misión importante. Yapura conducía a más de cien, sin tener en cuenta que el ripio es engañoso. Si un neumático mordía la banquina, podrían volcar. Valeri se preguntaba si ya habrían decidido a quién le tocaba dispararle. Se notaba que el de atrás era un inexperto: jugaba con el arma, alternaba entre la verborragia y el desánimo. Ya estaba pensando en qué gastar lo que iban a pagarle. Hablaba de motos y de mujeres y de viajes, derrochando a cuenta de una ejecución que todavía no había cometido. A Valeri le vino a la memoria la moraleja de una fábula que le habían contado en la escuela primaria: «No vendas la piel del oso antes de haberlo cazado».

Valeri guardaba una navaja dentro de la bota. Era una navaja francesa de mango de madera, una Opinel. Se la había comprado muchos años antes, la primera vez que cobró su sueldo. No la había usado nunca para nada; durante años la navaja había dormido en cajones de escritorio, en bolsillos, en la guantera del auto. Ahora había llegado el momento de usarla. No podía atacar al conductor a esa velocidad, porque se matarían. Esperaba un milagro, algo que apareciera de pronto en aquel camino de ripio que iba hacia la nada o, al menos, hacia su nada personal. El milagro llegó bajo la forma de un caballo muerto. Un fantasma de caballo, cubierto de ceniza. Más

tarde Valeri se daría cuenta, por los restos de los faros sembrados alrededor del animal, que algún camión lo había embestido. En tiempos normales la gendarmería o la policía caminera o los bomberos se hubieran ocupado de librar el camino del caballo muerto, pero eran los primeros tiempos de la ceniza y los problemas se habían extendido por todas partes, como para que alguien se preocupara por caminos poco transitados. Valeri se desabrochó el cinturón de seguridad sin que se dieran cuenta. Yapura bajó la velocidad y empezó a estudiar las posibilidades que tenía de evitar el caballo. Dudaba si convenía tirarse a la derecha o a la izquierda. Las dos vías parecían igualmente angostas. El caballo había sido equitativo al parcelar el camino.

Valeri sacó unas pastillas de menta de su bolsillo y se las ofreció al de atrás, con un ademán suave de la mano izquierda. El muchacho seguía con el revólver Smith & Wesson en la mano, como si fuera un *joystick* que sirviera para controlar la realidad, y se acercó a Valeri a través del espacio entre los asientos. Valeri lo apuñaló en el cuello dos veces. Inmediatamente hizo lo mismo con Yapura, antes de que tuviera tiempo de tomar el arma que guardaba en el receptáculo de la puerta. La camioneta se salió del camino a baja velocidad y se estrelló contra un árbol. Jonathan sostenía su arma, pero estaba demasiado preocupado por la sangre de su cuello como para apuntar bien. Valeri se echó sobre el asiento del conductor para alcanzar la pistola Beretta de numeración limada que Yapura guardaba en la puerta. Cuando Jonathan disparó, en medio del estupor rojo de su agonía, la bala atravesó el asiento y llegó a la espalda de Yapura. Valeri se incorporó y tiró dos veces. La primera bala hizo estallar el parabrisas trasero. La segunda entró por el ojo derecho de Jonathan y se alojó en el lóbulo frontal, según explicaría días después el forense.

Valeri no había resultado herido, con excepción del golpe provocado por el choque de la camioneta contra el árbol. Al día

siguiente le dolerían todos los huesos y no podría levantarse de la cama, pero en ese momento se sentía lleno de fuerzas y no sentía ni el mínimo trazo de dolor. Quien se salva de un grave peligro recibe de inmediato una dosis de inmortalidad. Sacó a los hombres del auto y los dejó a un costado del camino, detrás de unos arbustos. Jonathan estaba muerto, pero Yapura respiraba todavía. Valeri hizo lo posible por limpiar la sangre del tapizado, aunque no había mucho que se pudiera hacer. Buscó en la caja de la camioneta para ver si sus atacantes habían llevado algo de ropa, pero no había nada. Eran criminales idiotas, sin sentido de la previsión. Si algo le había enseñado ser policía, era que nada sale como uno lo espera. Encontró en el baúl su pistola reglamentaria. Tomó la precaución de llevarse los celulares de los caídos. Para ese entonces, Yapura había dejado de respirar. Valeri les quitó las baterías y los chips a los celulares. Se sentó en la camioneta. Volvió la palanca a punto muerto y probó si arrancaba. Cuando oyó el motor, dio un grito de alegría. El faro derecho había estallado por el choque contra el árbol, pero era el único daño visible. Le dio una última mirada al caballo muerto que lo había salvado.

Mientras manejaba de regreso a Bosque Blanco, fue tirando por la ventanilla los pedazos de los chips, las baterías y los celulares. Condujo la camioneta hasta las afueras de Bosque Blanco, cerca del lago. En tiempos normales, se hubiera cruzado con algunos automovilistas. No se cruzó con nadie. Escondió la camioneta entre los árboles y esperó la noche para entrar a Bosque Blanco sin que nadie lo viera. De haber tenido fósforos o un encendedor, le hubiera prendido fuego a la camioneta para borrar sus huellas. Pero había dejado de fumar y no tenía cómo prender fuego. No se le había ocurrido buscar entre las ropas de los muertos. Caminó ocho kilómetros hasta llegar a su casa. Se desvistió y puso en una bolsa toda la ropa que había usado. Al día siguiente compró en el supermercado una botella de alcohol de quemar y fue hasta un

laguito recóndito. Allí, en la soledad absoluta, quemó la ropa manchada de sangre y enterró los restos que no se habían reducido a cenizas: botones, cierres, la suela de las botas. Le tenía cariño a esas botas, pero nunca hay que confiar. También enterró la navaja. Las piedras del volcán flotaban en el agua: grises, negras, verdes, amarillas.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —pregunté.

Yo lo había escuchado en silencio. Cuando terminó su relato, los carteles ya anunciaban la cercanía de la estación de aerosillas.

—Para que sepa que yo no soy un asesino.

—Pero me está confesando dos crímenes.

—No, le estoy diciendo que estaba atrapado y encontré la salida. Y que usted hubiera hecho lo mismo en mi lugar.

—Yo no me hubiera endeudado con esa gente, para empezar.

—Claro. Usted es un hombre santo. Acepte esto: una cosa es la ley y otra la justicia. Yo tengo a la ley en mi contra, pero actué según la justicia. Cuando llegue la orden contra mí, usted va a tener que decidir si elige la justicia o la ley.

—La justicia es algo lejano. Un sueño. Lo único que tenemos ante nosotros son las leyes. Yo no decido las leyes. Yo cumplo órdenes.

—Decide cumplir órdenes.

—Y si lo dejara libre, ¿qué haría? ¿Desaparecer?

—No importa lo que haga. Están esperando que salga la acusación para matarme. Esta vez van a hacer las cosas bien. Dentro o fuera de la cárcel, no importa. No van a mandar a un sargento exonerado y alcohólico ni a otro drogadicto desesperado por pegarle un tiro a alguien. Van a mandar a gente que sepa hacer su trabajo.

Entramos en la playa de estacionamiento, que tenía espacio suficiente para cientos de automóviles. Ahora solo había, además de

nuestro patrullero, una vieja camioneta Chevrolet. A través del vidrio empañado, advertí que las aerosillas se movían. Surgidas de la altura y de la nada —una nube blanca—, se convertían en bocetos y luego, a medida que se acercaban a la base, se hacían concretas, reales, para luego volver a borrarse en el espesor de la blancura. Consideré ese movimiento como una señal tranquilizadora: el hombre que buscábamos estaba haciendo lo que le pagaban por hacer. Valeri estacionó al lado de la camioneta. Apagó el motor y nos quedamos un segundo en el interior del patrullero, sin decidirnos a bajar, hechizados por el contraste entre la quietud del paisaje y el desfile monótono de las sillas. Todas desocupadas, menos una.

Levantábamos polvo al caminar. No se oía otra cosa que el susurro de la máquina. Algo de basura había quedado alrededor de la base, medio sepultada por la ceniza: una lata de Coca-Cola aplastada, una bufanda roja, un esquí partido. Subimos los escalones de madera. Al llegar a la base advertí de inmediato la sangre ya seca sobre la alfombra de goma. Abrí la puerta de la estación, pero no había nada. La luz estaba encendida. Levanté la vista hacia las aerosillas que entraban, giraban y seguían su camino. Cuando llegaban a la base, las sillas se desenganchaban del circuito principal, que se movía a cinco metros por segundo, y pasaban a otro de menor velocidad, dos metros por segundo, para que los hipotéticos pasajeros tuvieran tiempo de bajar o de subir. Entonces vi al hombre que avanzaba hacia nosotros, echado hacia adelante, los brazos colgando sobre la baranda de protección. Por un instante pensé que venía a atacarnos. Llevaba pantalones de montaña y una campera amarilla. Uno de los guantes se le había caído. Parecía un viajero rezagado que no se decidía a poner fin al paseo. Pasó frente a nosotros y volvió a partir sin que pudiéramos hacer nada para detenerlo. Tenía los ojos sellados por la escarcha.

SEIS

Tuvimos que esperar a que la única aerosilla ocupada diera la larga vuelta hasta la estación de arriba y volviera a bajar; recorrido que el muerto había repetido durante horas. Cuando la silla llegó a la base, detuve el mecanismo gracias a un botón rojo señalado por la palabra mágica que suspende el tiempo: STOP.

Me acerqué a la silla. La barra de protección estaba en su lugar. Sin tocar nada, estudié el cuerpo, su posición, la herida. Botas de montaña, pantalón impermeable de un color indescifrable y una gastada campera amarilla. Seguramente había llevado algún gorro, pero habría caído en algún punto del recorrido. El pelo oscuro, con algunas hebras blancas, le cubría los hombros. Fotografié el cadáver con mi celular. Luego busqué en el bolsillo su billetera. Documentos, algo de plata, una tarjeta de crédito vencida. Con la confirmación de la identidad ya le podíamos informar a la exesposa —y al fiscal Sirio y a mi jefe, y a la intendente y al mundo— la muerte de Isaac Robles.

Sentado en un taburete alto, frente a los controles, hice las llamadas imprescindibles.

La primera en llegar fue Mayra Santelmo, que esperó que yo terminara de hablar por teléfono. Tenía el aire de una persona que se siente inoportuna.

—Sé que no es un asunto urgente, pero estuve preguntando en Bariloche por la sobrina de Irma Lang.

—¿Es la sobrina de verdad?

—Es la sobrina de verdad. Sobrina segunda. Hija de una prima.

—Me arrepiento de haber sospechado de ella.

—Hizo bien en sospechar. Tiene antecedentes. Trabajaba en la administración de una escuela pública. Se quedó con dinero destinado a un gimnasio y a comprar pupitres. Al principio las autoridades de la escuela trataron de defenderla, pero después se dieron cuenta de que ellos podían quedar involucrados y le hicieron una causa penal. Había robado mucho más de lo que se pensó en un primer momento. Había robado por años. Tuvo que dejar su casa. Vino acá porque no tiene ningún lugar a dónde ir.

—¿Algún episodio de violencia?

—No. Es una estafadora, nada más.

—¿Hijos, marido?

—Nunca se casó. No tiene hijos.

—Gracias, sargento. No hace falta que se quede aquí, a chupar frío con nosotros. Puede volver.

Me pregunté si la sobrina estaría al tanto de las actividades nocturnas de la tía. Pero pronto aparté de mi mente a Irma Lang y a su sobrina. Llegaría el momento de conectar todos los hechos en una red de significado. Por ahora el último crimen aparecía con una fuerza de cosa única, como un hecho aislado del mundo. A unos pasos, Valeri conversaba con un ingeniero que trabajaba para la concesionaria de la aerosilla, una empresa llamada *Snowtime*. El ingeniero bajaba la vista al hablar: no quería mirar las antiparras de Valeri. Era un hombre de unos cincuenta años, alto, vestido con un grueso anorak y botas de montaña. El subcomisario no anotaba nada. Pretendía guardar todo en su memoria. Luego Valeri vino hacia mí:

—La aerosilla es suiza, marca Stahl. La compañía de seguros les exige un mantenimiento para conservar la póliza, por eso Robles estaba obligado a venir dos veces por semana. La rutina era siempre la misma. Robles subía en aerosilla el primer tramo. Ponía en marcha la máquina para subir el segundo. La dejaba en

funcionamiento un rato, y después bajaba. Se fijaba en que todo estuviera más o menos en orden. Una vez por semana subía también hasta la última base. Podía manejar sus horarios a gusto.

—¿No es peligroso que un hombre solo haga todo el trabajo? Si por algún motivo se interrumpe la corriente eléctrica…

—Robles tenía un teléfono satelital que le daba la empresa. Antes Robles trabajaba con otro empleado, hacían el trabajo entre los dos, pero se pelearon. Así que empezó a hacer solo el trabajo hasta que encontraran un reemplazo.

—Ahora tendrán que encontrar dos reemplazos —pensé en voz alta.

El ingeniero también le contó a Valeri que años antes había habido un accidente y le habían echado la culpa a Robles. Eso había sido en otra provincia, en el cerro Azul. En esa época Robles todavía no tenía problemas con las drogas, pero sí con el alcohol. El punto donde se registraba la mayor cantidad de accidentes estaba en la plataforma más alta, en el inicio del descenso. Con los esquiadores veteranos nunca había problemas, pero los turistas inexpertos llegaban cansados después de todo un día de montaña; cansados pero con la sensación de que ya conocían el asunto, porque habían subido a la montaña. Robles se quedó dormido durante un instante, frente a la máquina reluciente y llena de botones. Lo despertaron los gritos, y llegó a tocar a ciegas el botón rojo que paraba todo. Salió tambaleante de la cabina, pero ya una mujer de sesenta y tres años había caído fuera del perímetro de seguridad y se había quebrado una pierna y tenía conmoción cerebral. Terminada la plataforma, venía la red, después de la red empezaba la vida real.

—Le pregunté por qué lo habían contratado, a pesar de sus antecedentes. Me dijo que era difícil conseguir alguien que entendiera de máquinas y que quisiera subir al cerro.

El ingeniero le había dado a Valeri los datos del antiguo compañero de Robles. Le pedí a Santelmo que lo encontrara.

Valeri se sentó a mi lado en los taburetes altos de la cabina de control. Hacía frío, pero al menos no soplaba el viento. La cabina de control se había convertido en oficina provisoria.

—Le revisé los bolsillos. Está vez el asesino no ha dejado esas florcitas que tanto le gustan a usted, comisario.

—No. Algo salió mal. Alteró su rutina. Si es el mismo asesino de Alescu y Tau, se está cansando. Duda, se equivoca. Dio un solo golpe, en vez de tres. No pudo asegurarse de haber terminado el trabajo. Y se olvidó de dejar la flor. O no pudo. Algo lo tomó desprevenido.

Tuvimos que esperar horas hasta que una ambulancia verde, enviada desde la capital de la provincia, viniera a buscar el cadáver.

Cuando bajaron el cuerpo de la aerosilla y lo tendieron sobre la camilla plegable, estudié la herida en el lado izquierdo de la frente. Había un edema en toda la zona que había comprometido el ojo. Levanté el párpado del ojo derecho. Señor, haz que esta pupila inmóvil, rodeada de corales, no me persiga en sueños. Luego di la orden de que cerraran la bolsa.

SIETE

Hacía horas que estábamos al pie del cerro. Sentía los pies helados, a pesar de mis medias térmicas y mis borceguíes tácticos. Había ordenado que nos trajeran algo caliente. Un agente joven apareció con un termo.

Valeri se sirvió en un vasito descartable. Acercó la bebida a sus labios.

—Té. A quién se le ocurre traer té.

Acepté el té. Le habían puesto demasiada azúcar, pero me gustó tomar algo caliente y dulce. Yo estaba inquieto. Ya se habían llevado el cuerpo, ¿para qué necesitaba seguir en ese lugar helado? La ambulancia se había ido. Los otros policías se habían ido. El agente que nos trajo el té también se fue. Yo tenía hambre. Valeri dijo:

—Es hora de irnos, comisario. Si seguimos acá se nos van a congelar las…

—Vaya usted.

—Si me voy, lo dejo sin vehículo, a menos que se quiera llevar la camioneta del muerto.

—Acá hay algo que no estamos viendo. Al asesino todo le salió bien las otras veces, pero ahora algo falló.

—Robles estaba bien muerto. No me parece que el asesino haya fallado. El golpe fue en la frente. A este no pudo matarlo de un golpe en la nunca, como a los otros —dijo Valeri.

—A los otros los mató sin que lo vieran. A este, de frente. No le importó que lo viera.

—Tal vez conocía a los otros dos, y a Robles, no.

—Tiene razón, Valeri. Robles era de otro ambiente.

—Alquiler temporario. Empleos temporarios. Amores temporarios. Antecedentes penales. Adicciones. Vivía en un mundo inestable. Las aerosillas eran lo único previsible en su vida: una detrás de la otra, siempre al mismo ritmo. Hasta que vio al desconocido que lo estaba esperando, en la base.

Tomé lo que quedaba de té en el termo.

—Probablemente el golpe lo haya dejado inconsciente, pero no fue la causa de la muerte —dije—. Murió de frío. El frío de la noche lo mató.

—¿Cómo sabe?

—Le miré el ojo derecho. Los capilares habían estallado. Parálisis del aparato respiratorio provocada por el frío. El cuerpo busca oxígeno de donde puede, y por eso estallan los capilares. Espero que no haya recuperado la conciencia en medio de sus idas y vueltas.

Imaginé al asesino en la base, observando la única aerosilla ocupada, que se acerca desde lejos. Robles sabe que alguien ha llegado, porque las luces del auto delatan al visitante. Piensa que es el ingeniero que lo ha contratado. ¿Quién más puede ser? Distraído por la llegada del visitante, Robles no llega a levantar del todo la barra de protección. O quizá nota que hay algo que no le gusta y prefiere seguir su camino. El asesino espera con los pies algo separados, para asegurar el equilibrio en el momento del golpe. Esconde el martillo en la espalda, no quiere que haya movimientos defensivos antes de tiempo. Sabe que es difícil conseguir un golpe pleno frente a un blanco móvil. Además, el hueso frontal es mucho más resistente que la nuca. Se siente parte del destino, un mecanismo tan irremediable como la máquina que mueve las sillas en la oscuridad de la montaña.

—Lo veo pensativo, comisario.

—En el caso de Tau y de Alescu, el asesino se aseguró de que estuvieran muertos. Dio tres golpes. Aquí no. Un solo golpe. ¿Por qué se fue? Quizá vio a alguien.

—Imposible. A nadie se le hubiera ocurrido subir al cerro con este frío.

—Bastaba con esperar que la silla completara su recorrido para dar un segundo golpe. No lo hizo. Tampoco dejó la flor. Tenía el sobre preparado en el bolsillo de su abrigo, pero no pudo entregar la amapola, como nos tiene acostumbrados. Algo le pasó. Algo alteró sus planes.

Salí de la cabina de control. Estudié la aerosilla, el asiento de madera manchado de sangre. Había una marca en el tubo de acero. Una línea brillante. Por la fuerza del martillazo, había desaparecido la capa superficial del acero. El asesino había tratado de dar un segundo martillazo pero había fallado y había golpeado el metal.

—Ayúdeme, Valeri. Tal vez se le haya caído el martillo en algún punto.

—¿Quiere que busquemos un martillo en todo este recorrido? —Me señaló el largo trecho que nos separaba de la cima, tachonado de árboles oscuros y parches de nieve. Un terreno que hubiera llevado semanas enteras registrar.

—No, solo en los alrededores de la base.

Valeri se puso sus antiparras.

—Si encuentro su martillo, espero que me consiga una botella de algo fuerte, comisario.

OCHO

Ahora el martillo estaba en una bolsa para pruebas, sobre la mesa blanca del archivo.

Era un Stanley de 20 onzas, cabeza plateada y mango de goma negra. Había caído a unos cinco metros de la base. Valeri lo vio antes que yo. Había sangre y cabellos en la cabeza del martillo, además de ceniza. Conjeturé que al tratar de dar el segundo golpe, el martillo se había trabado con la barra de protección, y el asesino se había quedado sin su arma.

Le pedí a Trenti que sacara una foto del arma homicida y luego preguntara en la ferretería Ferrol si habían vendido un martillo como ese. Pronto volvió con la respuesta. Tenían pocas herramientas, y hacía tiempo que no vendían un martillo Stanley. ¿Cuánto tiempo? preguntó Trenti. Seis o siete años. Si el asesino había comprado el martillo en los últimos años, lo había comprado en Bariloche o en cualquier otro sitio.

Mientras tanto, Santelmo había averiguado que el compañero del muerto se había mudado a la capital de la provincia. Hacía meses que no pisaba Bosque Blanco.

Los problemas son organizados y se esmeran por llegar todos a la vez. Le había dejado un mensaje a mi jefe para avisarle del nuevo crimen. Cuando me llamó, me echó la culpa por el nuevo asesinato, y me dijo que a pedido de la intendente de Bosque Blanco enviaría a todo el equipo para poner punto final a esa masacre que yo no había podido detener. Me habló del gobernador, y de la prensa, que

criticaban nuestra lentitud, y de su propia mujer, la *coacher* ontológica o existencial, que había tenido una pesadilla con el martillo. Pero después dijo lo que yo había aguardado antes con esperanza, y que ahora temía:

—La fiscal Planas decidió procesar a Gabriel Valeri. Hay una orden de arresto contra él.

—Llega en el peor momento.

—Llega cuando llega. Ya están notificando al fiscal Sirio. Que Valeri se quede en la comisaría, ahora mandan un auto a buscarlo. ¿Está con usted?

—No.

Frente a mí, Valeri bebía whisky en una taza con el asa rota. Junto a él, la botella que le había prometido si encontraba el martillo. Valeri leía unos papeles. Transcripciones de los interrogatorios. ¿Por qué él, siempre tan inquieto, especialista en desaparecer, ahora se daba a la lectura? Valeri sabía que había hablado de él y me miró. Desvié la vista.

—¿Sabe dónde está? —preguntó mi jefe.

—En la escena del crimen.

—Cuando lo vea, no lo alarme. Dígale que la detención durará poco tiempo, hasta que le comuniquen los cargos, y que después lo sueltan. Dígale que arreglamos eso.

—¿No quiere llamarlo usted?

—No. Antes quería que le sacaran a Valeri de encima, ¿no? Bueno, todo lo que esperamos acaba por ocurrir.

Cortó.

—Veo por su cara que le encargaron una misión incómoda. ¿Acaso tiene que ver conmigo?

—No salga de la comisaría.

—¿Usted me va a arrestar?

—Vienen a buscarlo. Ellos lo van a arrestar.

«Ellos». ¿Quiénes vendrían? Le tenían respeto a Valeri. Mandarían a tres. Gente bien entrenada.

—¿Cuánto tiempo hay?

—Nada.

—Tengo algo que hacer.

—Es una orden de arresto, Valeri. Seguramente lo soltarán a las pocas horas, una vez que le comuniquen los cargos.

—¿En serio cree eso?

—Si se va ahora, tendrá a la policía de las dos provincias detrás de sus pasos. ¿A dónde va a ir? ¿A Chile?

Mi teléfono sonó. Era el fiscal Sirio. No atendí. Los dos nos quedamos en silencio, mirando el celular que vibraba, sobre la mesa, hasta que dejó de moverse.

—No le dijo a Carlic que yo estaba enfrente de usted. No le dijo nada y le agradezco por eso. Le pido un favor. Le pido una hora. Déjeme ir y arrestar al asesino. Es solo una idea. Una probabilidad. Tengo una última ficha y quiero apostarla a un pleno. Deme una hora para probar mi teoría. Total, tardarán más de cuatro en venir a buscarme.

—Si sabe quién es el asesino, ¿por qué no me lo dice?

—Porque no estoy seguro. Una hora y vuelvo con el asesino. —Señaló el reloj de la pared—. Déjeme hacer eso antes de que me hunda del todo.

Yo estaba en el umbral. Si Valeri se quería ir, tendría que empujarme.

—Volver con el asesino no lo va a librar de sus problemas.

—Lo salvé de lo de Rossi. Usted, educado en colegio católico, hubiera dicho la verdad, hubiera puesto solito la cabeza en la guillotina.

—Usted también es católico. Se persigna cada vez que ve un muerto.

—Eso no tiene nada que ver con la religión. Cosas de timbero. Le voy a traer al asesino y todo esto se termina y usted vuelve a su casa con su mujer y sus hijos.

—Si quiere ir, voy con usted.

Se acercó.

—Tengo una hija. Acaba de cumplir diecisiete. Es buena alumna, a pesar de mí. No la veo. No me dejan verla. Pero antes de que me arresten o me maten quiero que ella descubra mi nombre vinculado a algo bueno. A algo completo, algo que empecé y terminé. No importa el resto, no importa que la madre y el mundo le hablen mal de mí. Quiero que ella sepa que soy algo más que un motivo de vergüenza. Mi hija se llama Clara.

Como si al hablarme de su hija hubiera pronunciado la palabra mágica que abre las puertas de los cuentos, me hice a un lado. Todavía no sé por qué. Lo dejé salir y así desobedecí las órdenes de Carlic. Desde la ventana, vi cómo se subía a su auto, con la botella de whisky en la mano izquierda. Era un White Horse, la única marca que tenían en el almacén donde nos habíamos detenido a comprar, de regreso de la montaña. Ahora no usaba la camioneta de la comisaría, sino su vieja Ford Ranger. Eran las seis y cuarto de la tarde. Ya había oscurecido. Le devolví la llamada al fiscal Sirio, y le aseguré de que en cuanto viera a Valeri lo arrestaría. A las siete y media lo llamé al celular. Nadie respondió. Envié gente a su casa. No lo encontraron y di aviso a mi jefe. Desde ese momento se lo consideró un prófugo de la justicia. Al día siguiente su foto apareció en el diario. En la televisión, su abogada le pidió a su cliente que se entregara, le advirtió que la fuga empeoraba las cosas. Aeropuertos y pasos fronterizos recibieron su fotografía.

Meses después, un caminante que había partido con una expedición de *trekking* y se había perdido encontró su auto, clavado de trompa, como un tótem. En la guantera estaban sus antiparras amarillas.

QUINTA PARTE

LA COLECCIÓN DE NUESTROS MIEDOS

UNO

Apenas me desperté llamé a la comisaría para ver si había novedades de Valeri. Nada. No sabía si alegrarme por él o entristecerme. Bajé a desayunar. La señora Olsen trajo unas tostadas a mi mesa. Se le habían quemado un poco. Estaba vestida con ropa deportiva. Esta vez no se había maquillado, como si necesitara expresar a través de ese despojamiento su tristeza.

Habló en voz baja:

—Tenía esperanzas de que Valeri encontrara al asesino de Rafael Alescu. Pero dijeron en la radio que ahora él también desapareció.

—De eso quería hablarle. ¿Ayer lo vio en algún momento? ¿Le dijo dónde iba?

—Es su subordinado. ¿Por qué voy a saber yo dónde está Valeri?

—No me tome por idiota. ¿Sabe algo que yo tenga que saber?

Negó con la cabeza y miró hacia la escalera, temerosa de que su marido nos oyera.

Me habló al oído:

—Algo le pasó. No se hubiera ido sin despedirse.

—¿Tenían planes?

—¿Planes? ¿Irnos juntos, sin plata, y él con una orden de arresto pendiendo sobre su cabeza? No, no teníamos planes.

Las llaves del escritorio de Valeri estaban en un lapicero, junto a biromes secas y lápices sin punta. Abrí los cajones de metal. Recetas de ansiolíticos, con el sello y la firma del doctor Rossi. Billetes de lotería. Volantes de casinos. Pastillas Mentoliptus. Libretas negras. Dos frascos vacíos de colirio. Un llavero de plástico con forma de ruleta, propaganda de algún casino, con dos llaves.

Desde el umbral, Santelmo me miraba severa. Yo tocaba impunemente las cosas de Valeri, como si todo perteneciera al pasado, como si él hubiera perdido el derecho a todo reclamo.

—¿Qué busca? —se animó a preguntar.

—Valeri prometió traer al asesino. O bien se escapó y está escondido en algún lado, o bien dijo la verdad y está en dificultades. ¿No le dijo nada, aunque parezca una tontería?

Se encogió de hombros y negó con la cabeza. Pero después susurró:

—Hay una mujer…

—Ya le pregunté.

Tomé las llaves que estaban en el cajón del escritorio y fui en mi auto hasta la casa de Valeri. Bastó una de las llaves para abrir la puerta. Junto al televisor, había un árbol de Navidad que seguramente le había armado alguna novia, y que no se había molestado en desarmar, aunque ya estábamos a fines de mayo. La estrella de Belén estaba torcida, a punto de caer. En las paredes, *posters* de viejas películas policiales. Amarillentos artículos periodísticos, con vidrio y marco, mostraban a Valeri cuando aún no había empezado a perder el pelo. Repetían la palabra «héroe».

Abrí la heladera: no había casi nada, salvo una lechuga mustia, un frasco de aceitunas, un yogur vencido y una botella de vodka atrapada entre el hielo del freezer.

El dormitorio con las sábanas revueltas. Un corpiño negro, seguramente de Karina Olsen. En la mesita de luz, *blisters* de lexotanil y un vaso de agua. En el cajón había unos pocos pesos y

dólares, un pasaporte vencido, una caja de balas Waffen 9mm y una pistola que no era la reglamentaria. Valeri no había pensado en fugarse. Algo lo había sorprendido y estaba en alguna parte, herido o muerto. También encontré una fotografía de Valeri y de Mayra Santelmo. Era una foto en blanco y negro enmarcada y colgada de la pared. Estaban sonrientes, el brazo de ella sobre el hombro de él. Habían tenido algo, alguna vez. Descolgué el marco, saqué la fotografía y la guardé en el bolsillo de la campera. Era probable que el juez que llevaba el caso de Valeri ordenara una inspección a la casa. En ese caso, mandarían gente de afuera. No confiarían en el personal de la comisaría. A Santelmo no le convenía verse involucrada con un prófugo de la justicia.

Estaba todavía en la casa de Valeri cuando entró una llamada de la doctora Rubio:

—El informe no está listo, pero sabemos que la sangre y los cabellos pertenecían a la víctima. No había material genético de otra persona. No encontramos huellas en el mango de goma. El asesino usó guantes.

Me senté en la cama. La casa de Valeri, oscura y helada, me quitaba las fuerzas que necesitaba para salir.

—Necesito alguna buena noticia, doctora.

—Puedo darte la mitad de una buena noticia. Tenemos media huella digital en la cabeza del martillo.

No era suficiente para sostener un caso, pero valía como indicio, en caso de que lográramos detener a un sospechoso.

Antes de salir miré la marca de polvo que había dejado la foto enmarcada de Valeri y Santelmo y recordé la pintura desaparecida. La señora de la almohada.

DOS

Cuando llegué a la biblioteca, Giselle, la chica del restaurante, estaba abriendo la puerta.

—¿Ya cerró el restaurante? —pregunté.

—Sí, cerramos temprano. Una sola mesa ocupada. Espero que en la cena tengamos más suerte. Hoy tenemos trucha al limón de plato del día.

Entré tras ella.

—¿Busca algo para leer, comisario? Entraron donaciones nuevas.

Giselle abrió las celosías y se sacó el abrigo, que dejó en el respaldo de una silla.

Me señaló una montaña de libros sobre la mesa.

—¿Novedades? —pregunté.

—Novedades de los años setenta. Colección Grandes Novelistas.

Arriba de la pila había novelas de Morris West, de Guy des Cars y de René Barjavel. Todas a punto de perder las tapas. Tomé un libro y pasé las páginas con lentitud. Un viejo boleto de colectivo. Una receta de tarta tatin recortada de un diario. Una boleta de la luz. Las cosas que la gente deja entre las páginas de los libros. Los libros viejos son cápsulas del tiempo.

—¿Lo quería ver a Argés?

—En realidad pasaba por aquí y me acordé que la última vez que vine faltaba un cuadro.

Le señalé el hueco.

—Ah, el de la mujer de la almohada. Debe estar en el sótano. Si le gusta, se lo puede llevar.

—¿Quién lo descolgó? ¿Argés?

—No sé. Argés seguro que no. Fue durante los preparativos del homenaje a Senda. Debe haber sido Emilia Alescu, que le tiene idea a ese cuadro. Dice que la deprime.

—¿Puedo ver si está abajo?

Se encogió de hombros. Bajé con ella las escaleras de cemento. No parecía feliz de tener que visitar el sótano. Abajo hacía frío. Prendió la luz: una lamparita desnuda colgaba del techo. Había valijas, pilas de libros, un par de bicicletas oxidadas, un combinado Winco.

—Aquí van a parar los libros que necesitan un poco de tela y plasticola. O los libros repetidos que no nos animamos a tirar. Las bibliotecas periódicamente se desprenden de libros repetidos. Pero aquí no nos animamos y los seguimos amontonando. Tenemos diez Martín Fierro, ocho Quijotes, quince Don Segundo Sombra…

Había pinturas apoyadas contra la pared, una sobre la otra. No tenían marco, eran bastidores entelados. Entre ellos estaba la pintura, La señora de la almohada. La levanté para ver si en el dorso Irma Lang había escrito algo.

—La encontró. ¿Se la quiere llevar?

—No, gracias.

Había esperado que algo oculto se me revelara de pronto, como le había pasado a mi padre con aquel maletín Lancaster recién comprado. El dorso de la pintura no decía nada. Que Emilia Alescu la hubiera ordenado sacar tampoco significaba nada. Dejé el cuadro en su lugar. Y sin embargo algo había en aquel sótano, algo seguía reclamando que le prestara atención.

En los estantes, animales embalsamados: una mulita, una cabeza de venado, un pingüino emperador, un halcón, un águila con

las alas abiertas y otras piezas pequeñas. En la base de madera, una etiqueta con el nombre de cada especie.

—Estas piezas las donaba un taxidermista aficionado, Listrati. Yo no entiendo cómo a la gente le pueden gustar estas cosas. Su sueño era que se hiciera un museo dedicado a la fauna autóctona, para poder exponer sus piezas en esas escenitas con montañas de papel maché… ¿cómo se llaman?

—Dioramas, creo.

—Sus bichos embalsamados estaban en toda la biblioteca. Nadie se animaba a decirle que no se podía convertir la biblioteca en un museo de ciencias naturales. Él decía que era educativo. Que los chicos aprendían. Los chicos aprendían a no pisar la biblioteca. Cuando Listrati se murió, sacamos todo y lo mandamos al sótano. Algunas las tiramos a la basura. La pieza favorita de Listrati era el pingüino emperador. No sé de dónde habrá conseguido un pingüino ese loco.

En mi cabeza las ideas se amontonaban, como los libros, las pinturas y los animales en ese sótano.

—Si quiere, quédese. No me gusta estar en el sótano más tiempo del necesario.

—¿Por el polvo?

—Por los bichos embalsamados, con sus ojos de vidrio. Me impresionan, pero no tanto como a Argés.

Recordé la primera vez que había visto a Argés en la biblioteca. El malestar que había sentido y que yo atribuía al cuadro de la señora con la almohada. ¿Y si me había equivocado? ¿Si era Argés el motivo de mi malestar? La realidad a veces desliza un fotograma del que no somos conscientes. Publicidad subliminal.

—¿Cuál de estos animales embalsamados lo impresionaba más? —pregunté. Aunque sabía la respuesta, necesitaba oírla de labios de otra persona. No quería ser víctima del «sesgo del hallazgo». No quería encontrar algo que yo mismo hubiera puesto allí.

—Los pájaros. El pingüino emperador también. Cualquier cosa que tuviera plumas. Él mismo me lo contó un día que entró una paloma al restaurante y empezó a los gritos. Me dijo que se llama ornitofobia. Él nunca pisó la biblioteca hasta que murió Listrati y mandamos todos los bichos al sótano.

Ya estaba subiendo la escalera cuando insistió:

—¿Seguro que no quiere llevarse el cuadro? Nadie lo va a extrañar.

TRES

Refugiado en el umbral del archivo, como si dudara entre entrar y no entrar, estaba Trenti, a quien yo acababa de llamar.

—¿Hay una manera rápida de encontrar a Zavala? —le pregunté.

—Cuando lo soltamos, la municipalidad le pagó el ómnibus a Esquel, para que no siguiera rondando por acá. Allá tiene una tía, pero me dijeron que la mujer ya lo echó porque tomó de más. Podemos preguntarle a la gente de Esquel a ver si lo ubican.

—No, deje.

A falta de Zavala, estaba el informe del interrogatorio. Hojas A4, con una franja gris del lado izquierdo, porque a la impresora le faltaba tóner. Las hojas que Valeri había estado leyendo, justo antes de desaparecer. Empecé a leerlas despacio, deteniéndome en cada palabra:

—No sé. Le daba la sombra. La campera era azul oscuro o negra. Una de esas camperas que tienen piel en la capucha.
—¿Qué hizo esta persona? ¿Lo mató y se fue?
—Se acercó y después retrocedió. Algo lo asustó.
—¿Qué puede haberlo asustado?
—No sé, la sangre… Todo estaba lleno de sangre. Después enseguida arrastró el cuerpo hasta la estatua del ciervo.

Había imaginado la escena muchas veces: el asesino arrastraba el cuerpo hacia la estatua, como un sacrificio, como una ceremonia.

Y ahora encontraba un error en la escena. No importaba hacia dónde lo arrastraba, sino lo que había dejado atrás.

«Algo lo asustó».

Pensé en el asco, en el temor, en todas las cosas que no soportamos y que son la señal de nuestra verdadera identidad, más reveladoras que las huellas digitales o el iris. Tenemos intereses y aficiones, pero somos lo otro: la aversión por insectos y reptiles, por la ropa arrugada de los muertos, por el paisaje vertical del vértigo, por la tenue posibilidad de los fantasmas. Somos la colección de nuestros miedos.

El asesino había movido el cadáver de Alescu porque había visto algo junto al cuerpo. Yo también lo había visto y no lo había notado, no lo había arrancado del régimen general de lo aleatorio, de los detalles invisibles del paisaje. Era el zorzal patagónico. El asesino necesitaba agacharse junto al cuerpo, hincar la rodilla y dejar el sobre que había preparado para nosotros, la primera prueba de su correspondencia alucinada hecha de flores secas conservadas en libros olvidados. Tenía que alejar el cuerpo de ese manojo de plumas, porque, si no lo hacía, el ritual de las flores no sería completado. Hubiera sido más fácil mover el pajarito, pero el zorzal muerto cargaba con todo el peso de la repulsión. En la balanza del miedo, el cadáver de un hombre pesaba menos que una pluma. El ciervo de bronce, con su majestuosidad melancólica, me había distraído de la verdad.

Me puse la campera verde. La había comprado dos años atrás porque tenía grandes bolsillos y el arma entraba sin que se notara. En el otro bolsillo guardaba un par de esposas. Preferí ir en mi auto, para darle un aspecto menos oficial a mi visita. No quería alarmar al asesino.

Le pedí a la sargento Santelmo que viniera conmigo. Después de todo, la última persona que había hecho ese itinerario seguía sin aparecer.

CUATRO

El invierno se había adelantado y empezaba a nevar con timidez. Ausente y silenciosa, Santelmo miraba al costado del camino.

—¿Cree que Gabriel está muerto? —preguntó casi sin voz. Gabriel. Nunca antes lo había llamado por su nombre de pila.

—Todos lo están buscando. No podemos hacer más que eso. Valeri también tenía buenos motivos para fugarse: los acreedores y la justicia.

Nos cruzamos con una camioneta de la gendarmería. La saludé con las luces, vieja usanza heredada de mi padre. Pasamos frente a la hostería El Molino, que mostraba su cartel torcido y sus aspas decrépitas, y luego oí:

—Es aquí.

Me había pasado unos metros. Retrocedí hasta acercarme a la casa. Cerca de la puerta, la camioneta de Argés, una Nissan doble cabina, tan polvorienta como todos los autos de Bosque Blanco.

—Quédese en el auto, sargento. Traigo a Argés y lo llevamos a la comisaría. Y ahí le vamos a tomar las huellas para compararlas con la media huella del martillo y le vamos a preguntar si sabe algo de Valeri.

Santelmo asintió, muda. La atmósfera cerrada del auto nos daba la intimidad de un confesionario.

—Usted cree que me estoy equivocando con Argés —dije.

—Sí.

—¿Quién sabe las enfermedades de cada habitantes del pueblo? O los médicos o el farmacéutico. A través de los medicamentos que cada cliente compra puede saber perfectamente qué problemas tiene cada uno. Los escucha con paciencia. A la gente le encanta contar operaciones y hablar de enfermedades.

—Valeri me dijo que el asesino y el ladrón de la clínica son la misma persona. ¿Qué razón tenía Argés para robar la computadora?

—Cuando se descubriera que las víctimas habían sido elegidas por la gravedad de sus enfermedades, el círculo de los sospechosos se restringiría a él, a Rossi y al personal de la clínica. Pero si alguien más tenía acceso a la información…

Comprobé que el arma estuviera cargada. Le quité el seguro.

—Argés es incapaz de matar a una mosca —dijo Santelmo, desafiante.

—Es un cazador. Pero ya se le terminó la temporada de caza.

Le tendí la fotografía.

—Encontré esto en lo de Valeri. Se la traje, por si mandan investigadores a revisar la casa.

Tomó la fotografía y estuvo a punto de romperla, pero se detuvo y la guardó en un bolsillo.

—Asegúrese de que Argés no se suba a su camioneta.

—¿Pido refuerzos?

—No llame a nadie, a menos que no salga de la casa en quince minutos.

O que oiga algún disparo, pensé.

CINCO

Más tarde, al leer las notas periodísticas, que exploraron cada rincón de la historia, me enteraría de que a aquella casa la había construido el padre de Argés en los años setenta, con la intención de hacer un pequeño hotel de siete habitaciones, y así completar los ingresos que le daba la farmacia. Se había puesto de moda pasar la luna de miel en el sur, y los hoteles se multiplicaron y las parejitas llegaban en tren o en avión a Bariloche y de allí en ómnibus hasta Bosque Blanco. Había funcionado como hotel durante cinco años, hasta que la madre de Víctor Argés se dio cuenta de que tener huéspedes era una pesadilla, porque había que estar de guardia las veinticuatro horas, y porque los pasajeros siempre se quejaban de algo. ¿No hay café sin cafeína? ¿Cómo es posible que falte nieve este año? ¿No tiene almohada de plumas? Ahora el frente del hotel era una postal del estado en que había quedado la vida de Víctor Argés desde sus desgracias: mampostería caída, tejas ausentes, celosías con la pintura saltada.

Las luces del interior estaban encendidas y se veía humo en la chimenea. Frente a mí, un pequeño cerco de ladrillos, con puerta de reja, y un buzón de metal con forma de sapo. Crucé el jardín: ramas caídas, malezas y ceniza. La puerta se abrió con suavidad. El dueño de casa había advertido mi presencia antes de que golpeara.

—Comisario, ¿qué hace merodeando? Me asustó. Venga, pase.

Argés vestía botas de cuero, un pantalón de denim y un cárdigan bordó. Seguía nevando, con esa falsa cortesía de la nieve, que

parece no empezar nunca y que termina por cubrirlo todo.

Me limpié las botas en el felpudo. *Bienvenidos*. La casa olía a leña. En el hogar un leño se desmoronó, con un estallido de chispas. Una cabeza de ciervo en la pared. Fotografías enmarcadas de gente que brindaba y sonreía. En una repisa, entre una estatuilla de jade y una jarra de cobre, las fotos de dos mujeres, seguramente su esposa y su hija. A simple vista, no había fotos del hijo.

—¿Quiere sacarse el abrigo, comisario?

—No hace falta. Es solo un momento.

Basta que aparezca una pista y uno entra en un universo de paranoia. Todas las cosas forman constelaciones, nada está suelto. Trataba de no mirar, para que las cosas siguieran siendo cosas y no signos ansiosos por establecer conexiones con los crímenes. Me bastaba ver un libro para imaginar flores prensadas; me bastaba descubrir un disco para prever la «Cabalgata de las valquirias». Argés me invitó a sentarme y acepté. Elegí un sillón, cerca de la puerta. No apoyé mi espalda en el respaldo. Estaba dispuesto a saltar ante cualquier movimiento brusco. Comprobé que mis pies estuvieran firmes en el piso. Levemente separados, a unos quince centímetros. Nada de cruzar las piernas. Frente a mí, una mesa ratona de algarrobo, cubierta con ejemplares de *National Geographic*. El diario *El Correo del Sur* abierto en la página de los juegos. Las palabras cruzadas a medio hacer. IGLÚ. RA. HIPNOSIS. Una taza de café.

Le pregunté si el ciervo lo había cazado él.

—Sí, hace diez años. Un ejemplar soberbio. La luz de la tarde atravesó el follaje y lo condenó. Se lo debo más a la casualidad que a mi pericia.

—¿Ese trabajo lo hizo el taxidermista del pueblo?

—El viejo Listrati. Ya murió. Su taller olía a formaldehído a la distancia. No sé cómo sobrevivía a esa nube tóxica que se respiraba desde lejos.

—¿Y usted visitaba su taller?

—No. Esta cabeza fue un regalo de Alescu. Estaba conmigo cuando cacé ese ejemplar y se llevó la cabeza para devolvérmela así. Me parecía horrible visitar el taller de Listrati con ese olor a químicos y a podredumbre, y todos esos zorros y mulitas…

—… y pingüinos y pájaros embalsamados.

Asintió con gravedad y en ese instante supo que estaba perdido.

—¿Café?

—No, gracias. Vine solo para hacerle una pregunta.

—Debe ser una pregunta importante, si lo hizo venir hasta aquí, con este frío.

Un reloj cucú marcaba casi las cinco.

—Es una pregunta importante pero muy simple.

—Las más simples son las más difíciles de responder.

—Quería saber si usted compró alguna vez un martillo marca Stanley.

Argés se miró las manos. Los dedos largos y finos.

—Puede ser. Compro tantas herramientas. Cuando yo era chico, mi padre viajaba seguido a Bariloche. Visitaba una droguería para comprar todo lo que necesitaba para las recetas magistrales. A veces me llevaba con él. Él se quedaba horas mirando las herramientas y máquinas de una gran ferretería que había cerca del Centro Cívico. Para mí, ir a Bariloche era como ir a Nueva York, al centro del mundo, porque había jugueterías y librerías y hasta una casa de modelismo con barcos y trenes Marklin, y me parecía un desperdicio entrar en la ferretería, el lugar más aburrido de la ciudad. Taladros, martillos, pinzas. Yo no entendía cuál podía ser el encanto de la ferretería. Pero me hice adulto y lo entendí. Es el encanto de la posibilidad. Todas las cosas que se pueden hacer con las herramientas. La historia del hombre es la historia de las herramientas.

—¿Se acuerda o no se acuerda de haber comprado un martillo marca Stanley?

—Nunca me fijo en la marca. ¿Usted se fija en la marca de las cosas que compra, comisario?

—¿Podría ver ese martillo?

—No, realmente no se lo podría mostrar.

—¿Por qué no?

—Lo perdí.

—¿Lo perdió hace mucho?

—Estaba haciendo un trabajo en el techo. Fijando unas maderas. Y se cayó.

—Pero este es un techo de tejas.

—Bajo las tejas hay maderas. Una estaba podrida. Y el martillo se deslizó por las tejas y cayó. Debe seguir por ahí.

—Podemos buscarlo.

—Mejor comprar otro. —Tomó un sorbo de café. Le miré la mano: no temblaba—. ¿Por qué no está Valeri con usted? ¿Ya se confirmó su imputación?

—Esperaba que usted me dijera dónde está Valeri.

El pajarito del reloj cucú, dorado y estridente, salió, dio su mensaje y regresó a su nido de engranajes.

—Subí al auto en el centro y alguien empezó a seguirme. Supuse que era usted. Durante un momento pensé que tenía posibilidades de escapar. De empezar de nuevo en otra ciudad. Había guardado muchas cosas en el auto, por las dudas. El otro me siguió con tenacidad. Cuando quise rumbear para la ruta me cerró el paso y me vi obligado a tomar el camino de la montaña. Sin salida. La montaña me daba mala suerte. Ahí había perdido mi martillo. Cuando iba por la montaña a setenta kilómetros por hora, me di cuenta de que en realidad yo no buscaba huir, sino matarme, y que atrás tenía a alguien que también estaba dispuesto a matarse. Entonces dejé de pensar que era usted, porque no tiene aspecto de alguien dispuesto

a matarse. No sé qué pasó con él. Lo perdí de vista y decidí volver. Me temo que a usted no lo voy a perder de vista.

La policía estaba buscando a Valeri en los caminos que llevaban a la capital de la provincia, a Bariloche o a Chile. A nadie se le había ocurrido buscarlo en el camino al cerro, porque no tenía lógica que Valeri huyera en esa dirección, donde solo estaba la montaña.

Al revés de la mano de Argés, mi derecha temblaba. La metí en el bolsillo, para comprobar que la Glock seguía allí.

—Vamos. Es mejor que hablemos frente a algún testigo.

—Pero hablemos aquí primero. Yo a usted le puedo explicar, pero solo a usted.

—Prefiero que confiese en la comisaría, frente a testigos.

—Lo veo pálido, comisario. Y su voz suena sin fuerza. Como si fuera usted quien quiere confesarse.

SEIS

—¿Por qué lo mató? Alescu era su amigo.

—No le quedaba mucho tiempo.

—Usted no es médico. Además era su tiempo, no el suyo.

—Yo estaba muerto. Me quedaba en la cama todo el día. Estuve tres días sin comer, dispuesto a dejarme morir. Pero de pronto descubrí que antes de morir tenía que dejar un mensaje. Algo que todos entendieran. Me había movido siempre en un mundo donde solo había intuiciones y dudas, nunca certezas. Ahora había entrado en la certeza. ¿Cómo había podido vivir sin estar seguro de nada? Alescu pasó esa mañana por delante de mi puerta como si quisiera invitarme a empezar el trabajo. Y pensé: hoy empiezo, para que sepan que no me olvido de su traición.

—¿Qué traición?

—Ellos tenían que enviarme a la señora de la almohada y no lo hicieron. Dejé cinco pedidos en el libro de las flores. Sedé a mi hija y dejé la puerta abierta y esperé oír los pasos en la escalera, pero nadie vino. El alba me sorprendió cinco veces con los ojos abiertos. Inventé lo de la biografía para pasar horas en la biblioteca, para ver quién tocaba el libro de las flores. Pero en meses nadie lo tocó. Nadie vino en mi ayuda. No sabía si era un hombre o una mujer. Solo sabía que dejaba una flor junto a los muertos. Una amapola. Pensé: tal vez la señora de la almohada piensa que mi hija no es un caso realmente terminal, pero yo voy a convencerla, le voy a demostrar…

Pero nadie vino. De tanto fingir que escribía la biografía del poeta Senda, terminé escribiéndola de verdad.

—¿Usted pidió que mataran a su hija?

—No había salvación posible. La esperanza no es lo último que queda, es lo primero que se termina. Yo tenía que soportar los gritos de mi hija, sus palabras atroces, y nadie me ayudaba. Agarrá un cuchillo y sacate los ojos. Rociate con nafta y prendete fuego delante de mí. Eso me decía. Me encerraba con llave en mi dormitorio, porque no sabía si ella vendría a acuchillarme en medio de la noche. Era como si el tumor hubiera despertado en ella un demonio escondido. Al final yo mismo tuve que encargarme de mi hija. ¿Entiende lo que es eso? Tuve que sedarla, como la había sedado tantas veces a la espera de la visita nocturna. Y después tuve que asfixiarla con la almohada. Con estas manos.

Me mostró las manos con algo de orgullo, como si fueran raras piezas de museo.

—Y el doctor Rossi le firmó el certificado. Sin prestar atención a los detalles de la cianosis.

—Ni a las escoriaciones que dejó la almohada. El doctor Rossi entendía todo. Conocía a las personas. Se juzgó a sí mismo con demasiada severidad, pero no juzgaba a los demás con el mismo rigor. Nos absolvía de toda culpa.

Di una mirada distraída a las revistas. Glaciares azules. Mujeres de alguna tribu africana. Una pagoda.

—Noche tras noche yo esperaba que la señora de la almohada viniera. ¿Por qué se demoraba? ¿Por qué no venía aquella que estaba destinada a borrar el dolor? Había entrado en decenas de casas a lo largo de los años, ¿por qué no en la mía? Yo hubiera pagado más que nadie.

—Ahora sabemos, usted y yo, que estaba muerta.

—¡Pero tendrían que haber encontrado un reemplazo!

—¿Quién tenía que encontrarle un reemplazo? ¿Quiénes sabían eso?

—¿Quiénes? Los otros, todos los otros.

—¿Quiénes son los otros?

—¿No le enseñaron castellano en la escuela de policía? ¿No comprende el significado de las palabras? Los otros son los otros. Los que siempre saben algo que no sabemos.

—¿Por eso los mató? ¿Para castigar a los otros?

—Para ilustrar una idea. No me habían enviado a la señora de la almohada. Entonces yo ocupé su lugar. Tuve que hacerlo con mi hija, no me costaría nada hacerlo con los demás. Me propuse llegar al número tres, sin contar a mi hija. Pero si usted no me hubiera descubierto, habría seguido. Es difícil detenerse.

Argés se puso de pie, fastidiado por el rumbo que había tomado la conversación. Yo también me paré, con un movimiento suave, la mano en el bolsillo derecho. Él ya estaba cerca de la puerta. En un rincón, había cuatro ganchos de bronce de los que colgaban una campera impermeable liviana de color naranja, una bufanda gris, un gorro de lana, una campera azul con capucha y borde de piel sintética. Bajo la ropa había un paragüero de madera con un paraguas negro y un par de esquís. También había algo metálico. Me pareció reconocer un fusil. No podía distinguirlo bien, entre el paraguas, los esquíes y los abrigos.

—Quédese quieto. Voy a ponerle las esposas.

—Primero, la campera. No querrá que salga desabrigado con este frío. Le cosí una traba, para poder llevar el martillo. Esa idea la saqué de *Crimen y castigo*. Aunque Raskolnikov llevaba un hacha, no un martillo. ¿Leyó a Dostoievsky?

—Quédese donde está.

—Con las esposas puestas, no voy a poder ponerme la campera. Primero la campera, después las esposas.

Dio un paso más. Saqué la pistola del bolsillo derecho. Estaba prohibido llevar la pistola sin seguro, pero había hecho una excepción. Cuando se movió bruscamente hacia los abrigos, en vez de apuntarle salté hacia él. Me golpeó en la cabeza con el paraguas y se alejó de mí.

El golpe me dio en el costado de la cara, pero solo me aturdió durante unos segundos. Ahora que el paragüero estaba en el suelo, pude ver que lo que yo había tomado por un rifle, en la oscuridad del rincón, no era un arma de verdad. Era un viejo fusil de aire comprimido marca Robin Hood, que disparaba balines de plomo calibre 5.5.

El fusil que el hijo de Argés solía usar para matar pajaritos en el bosque.

SIETE

Busqué a Argés por la casa. Subí por las escaleras. Un pasillo llevaba a varios dormitorios. Algunas puertas tenían números de metal, de cuando la casa era un hotel. Las puertas estaban cerradas, excepto una. Entré con cautela en un dormitorio. Las celosías estaban abiertas. Era el cuarto de la hija. Restos de la adolescencia: un *poster* con un personaje de dibujo animado japonés, algún muñeco de peluche, una *notebook* negra con calcomanías. La ventana daba hacia el fondo de la casa. A través del cristal vi a Argés corriendo. Llevaba un rifle en la mano. Esta vez, uno de verdad.

Salí por la puerta del fondo y corrí a través del bosque de araucarias. Tropecé con una rama y caí de rodillas. Miré a mi alrededor, para ver si Argés estaba apuntándome. Si era buen tirador, aun sin la mira podía acertarme a buena distancia. La luz blanca del cielo era indiferente a la hora del día. Sabía hacia dónde iba Argés: él quería arrancar a sus actos de la confusión y devolverlos a su orden original. Encontré la alambrada que delimitaba los terrenos del Hotel Koraiken. No lejos de donde estaba, la alambrada mostraba un agujero. Al pasar, una de las púas del alambre me desgarró la campera. Rodeé el edificio, sin preocuparme por la posibilidad de que me apuntara desde una ventana, porque Argés no tenía la llave. Pensé que Argés estaría escondido, parapetado detrás de un árbol, apuntando hacia mí. Pero estaba cerca del ciervo de bronce y no hacía nada por ocultarse. Tampoco me apuntaba. Apoyaba una mano en el ciervo, mientras intentaba

recuperar oxígeno. Me detuve a unos quince metros de la estatua. Fuera cual fuera el reglamento de su juego, había terminado el recorrido y estaba en el punto de llegada.

—Cuando la señora de la almohada asfixiaba a algún enfermo, era porque alguien lo había pedido y porque era un paciente terminal —dije.

—Les ahorré sufrimientos. La pesadilla de los hospitales. La tiranía de las enfermeras. Las largas noches, con sus gemidos y llantos. Mi padre me decía siempre que los hospitales matan a la gente. A los que se quedan internados, los mata la depresión o los mata alguna infección hospitalaria.

—El hombre de la aerosilla era joven. —Me había olvidado de su nombre—. Podría haber vivido muchos años, si no se hubiera encontrado con usted. Y la señora Tau…

—Quisiera sentir culpa, pero esas personas no son del todo reales para mí. Conocía a Marta Tau, pero nunca conversé con ella más que vaguedades. Estaba tan llena de autocompasión. Siempre me pareció alguien que uno ve por la ventanilla mientras pasa con el auto. Alescu sí era real para mí. A Alescu le gustaba el momento en que el ciervo se daba cuenta de que vivía en un universo malvado. Yo también me di cuenta de que vivía en un universo malvado. Pero no soy un ciervo. Un ciervo no deja señales. Abre los ojos y acepta la bala que le ha tocado en suerte. Pero los hombres podemos dejar señales. Podemos decir que entendimos, que sabemos de qué va la cosa. Todo lo que tenemos que hacer es encontrar la herramienta adecuada. Yo encontré el martillo. Y caí por ese martillo.

—No, no cayó por ese martillo. Cayó porque usted arrastró el cuerpo hasta el ciervo, para apartarlo del zorzal muerto. Usted no soporta los pájaros. Por eso su hijo le dejaba esas señales.

—Es cierto. Mi hijo me atormentaba así.

—¿También escuchó la «Cabalgata de las valquirias» cuando mató a Alescu?

—Es difícil matar a una persona. Se necesita un instante de decisión absoluta. El triunfo de la voluntad. Esa música me llenaba de entusiasmo. Como una droga. Los farmacéuticos tenemos muchas drogas en nuestros estantes, pero todas sirven para calmar, para adormecer, y yo necesitaba despertar. Con esa música me sentía capaz de hacer cualquier cosa. La necesité para matar a Alescu. Y también para matar a Robles. Usé auriculares y puse el volumen al máximo y sentí que la cabeza me estaba por estallar. La aerosilla llegó a la base justo cuando la melodía alcanzaba su momento más intenso. Robles me miró con los ojos enormes, como si yo fuera una aparición.

—¿Y ahora no necesita música?

—Si usted puede hacer las cosas en silencio, yo también.

Apuntaba hacia el suelo, pero tenía el dedo en el gatillo. Ya no estaba apoyado en el ciervo. Había separado los pies, para repartir el peso y conseguir un buen equilibrio. Supe después que era un rifle Sabatti Rover.

—Yo estoy preparado para esto, comisario. ¿Usted está preparado? Porque si no está preparado mejor vuelva a su auto y mande a otro a hacer el trabajo. A la sargento Santelmo, por ejemplo.

—Estoy preparado —dije.

¿Estaba preparado? Nunca le había disparado a nadie. Ni siquiera a un animal. Ni siquiera a pajaritos, como el hijo de Argés. Solo a siluetas en el polígono, a latas en un descampado.

Argés acomodó la culata en su hombro derecho y me apuntó. Con un fusil, un buen tirador tarda cinco segundos en apuntar y disparar. Al menos, eso me habían enseñado en la escuela de policía. Disparé antes que Argés tuviera sus cinco segundos. Hubo una estampida de pájaros asustados. Ni siquiera gimió. Pensé que había errado el disparo y me dispuse a tirar de nuevo. No fue necesario. El rifle cayó de sus manos, golpeando de culata el suelo. Argés se agachó, como si estuviera cansado, y luego se tendió en el

suelo, de costado. Me acerqué a él sin dejar de apuntarle. El disparo le había dado en mitad del pecho, haciendo saltar en pedazos uno de los botones de su chaleco. Más tarde leería, en el análisis forense, que la bala había entrado entre la sexta y la séptima costilla y había destrozado el pulmón izquierdo. Miré la sangre que ya empapaba su ropa, y traté de convencerme de que esa sangre era la consecuencia de mis actos, y no el fruto de una catástrofe ajena y misteriosa.

Alejé con el pie el rifle de la mano de Argés. La sangre, como la nieve, siempre es algo que uno ve por primera vez.

Unos minutos después, la sargento Santelmo apareció desde detrás del ciervo, con el arma desenfundada. El ruido del disparo la había guiado hasta mí.

—Ya pedí apoyo —me dijo. Guardó el arma y se tapó la mano con la boca. Se arrodilló junto a Argés y murmuró que la ambulancia estaba en camino. Se lo dijo en el oído, como si fuera un secreto entre ellos. Argés asintió, pero las palabras lo habían abandonado. Me alejé del ciervo, de Argés y del montón de obligaciones que me esperaban.

—¿A dónde va, comisario? —me preguntó Santelmo, con más temor que indignación. No quería quedarse sola junto al hombre que agonizaba. Miró a su alrededor, como si en aquellos árboles y en aquel hotel abandonado pudiera haber algo que atemperara la soledad de aquel que se moría.

—Llame al fiscal Sirio. Explique lo que pasó. Preserve la zona. Voy a buscar a Valeri.

Mientras Argés entraba en convulsión, y sus latidos se aceleraban, inútiles, y la falta de oxígeno nublaba su cerebro, absolviéndolo de la conciencia y del miedo, yo conducía hacia el cerro Unzué. Témpanos grises cruzaban el cielo rumbo al este. La

noche cayó de pronto, como algo que se desmorona. Iba a veinte kilómetros por hora y me parecía que iba rápido, porque todo estaba tan quieto que cualquier movimiento era vértigo. Seguía nevando. De vez en cuando ponía las luces largas, que daban a los árboles la apariencia de un decorado. Si el guardarraíl hubiera estado completo, habría sido más fácil buscar, pero había zonas donde faltaba, seguramente arrastrado por antiguos desmoronamientos de tierra o de nieve. En mi mente se abría paso el pesimismo: tal vez la camioneta de Valeri se había despeñado sin dejar una marca, o tal vez Argés me había mentido para condenarme a una búsqueda vana. Me detuve tres o cuatro veces, a causa de una rama rota o de algún destello que podía confundirse con una carrocería. Atento a mi lectura de los signos del camino, casi atropello a una sombra.

Valeri miraba los faros con estupor, como un animal sorprendido. De una herida en la frente había manado una sangre oscura que lo enmascaraba. Había estado inconsciente quién sabe cuántas horas, y había echado a caminar sin rumbo, y ahora se asomaba al frío y al dolor. Bajé del auto y le dije mi nombre, porque parecía tan aturdido que temí que no me reconociera. Lo hice subir al asiento del acompañante. Me obedeció, dócil y sonámbulo. Dijo que tenía sed. Le tendí una botella de agua que estaba en el receptáculo de mi puerta desde un tiempo impreciso. La bebió como un desesperado. Puse al máximo la calefacción. Entró en mi celular un mensaje de Santelmo: Argés estaba muerto. Después el celular empezó a vibrar sin parar. Llamados de Santelmo, de Sirio, de mi jefe.

Alcancé un punto donde el camino se ensanchaba ligeramente e hice una difícil vuelta en U, con los neumáticos traseros mordiendo el borde del camino. Entonces preguntó, con algo que era como el resto de una voz:

—¿A dónde vamos?

—A la clínica Sobral.

—A la clínica, no. No quiero terminar en la cárcel o muerto. Lléveme con Tau.

No discutí. Valeri se concentraba en el camino y estudiaba los árboles, pura negrura, temiendo una traición.

—Su caso en la justicia no es tan grave como para arriesgarse a una hemorragia interna.

—Lléveme con Tau. La hija ya se fue. No le diga nada a nadie.

—¿Ni a Mayra?

—A ella tampoco, porque va a insistir en verme y sin querer los llevará hacia mí. Mejor que me consideren muerto.

Temblaba.

—¿No me va a preguntar por Argés? —le dije.

—Está muerto.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque él no se hubiera entregado y usted estaba esperando la ocasión para matar a alguien.

—Eso es mentira. Nunca quise matar a nadie.

—Espero que ahora su padre lo felicite. Ahora está dentro del club.

El club. Lo mismo que decía mi padre. Hubiera querido echarlo del auto y devolverlo a la montaña y al frío.

—¿Qué le duele?

—Todo.

—¿Algo en especial?

—Todo en especial.

Evité las calles de la ciudad. A través de confusas indicaciones, Valeri me guiaba por caminos secundarios. Hubo un momento en que un árbol caído nos cerró el paso y pensé que estábamos perdidos y me arrepentí de haberle confiado el rumbo a las alucinaciones de Valeri. Pero giramos a la derecha y de pronto apareció la casa iluminada. Di un ligero toque de bocina. No era necesario, porque Tau ya había salido de la casa. El perro negro

ladraba, alarmado. Tau nos recibió en el umbral, apuntándonos con una escopeta de doble caño. Entonces Valeri abrió la ventanilla y le gritó que era él. Fue un gemido, más que un grito. Tau no bajó la escopeta hasta que lo reconoció. Valeri bajó del auto con una renguera en la pierna derecha. El viejo lo miró sin hablarle ni juzgarlo ni compadecerlo. Luego desapareció en el interior de la casa. Valeri se quedó en el umbral, a la espera de que yo me alejara. El perro, que lo había reconocido, dejó de ladrar. Valeri me hizo un vago saludo. Ya no volvería a verlo: pronto tendría otra apariencia, otro nombre y otro destino.

OCHO

Regresé a la casa de Argés. El lugar pronto se convertiría en el centro de una investigación policial, en el fugaz núcleo del mal, y todas las luces estarían encendidas, y no quedaría rincón sin revisar. Afuera se reunirían, convocados por la tragedia, los periodistas y los funcionarios judiciales y los policías y los curiosos. Pero por ahora la casa estaba desierta, y todavía quedaba un rescoldo en el hogar. Enseguida llamé a mi jefe para decirle que el caso estaba cerrado. Unas quince veces me preguntó si estaba seguro de haber matado al asesino, y no a un farmacéutico inocente, y quince veces respondí que sí. Después busqué en agendas viejas hasta dar con el número del hijo de Argés. No quise dejar en otra voz el peso de la llamada, y yo mismo hablé con él. Le dije que había disparado a su padre y le narré los hechos que habían llevado a esa muerte. Me escuchó sin interrumpirme ni agregar nada. No mostró ninguna sorpresa al enterarse de que su padre era un asesino. No preguntó por qué su padre había matado a esas tres personas. Le dije que lo necesitábamos, que viniera cuanto antes.

—Lo lamento, comisario. No puedo volver a Bosque Blanco ni hoy ni mañana ni nunca.

Y cortó.

En los días que siguieron a la muerte de Argés, una nube de silencio me acompañó a cada lugar que entraba. Nadie decía nada en mi presencia, como si fuera un extranjero que hablaba un idioma tan exótico que no valía la pena intentar entablar ninguna clase de

comunicación, ni siquiera con gestos. El hotel de los Olsen pronto tuvo casi todo el primer piso ocupado por periodistas, a los que traté en vano de evitar. Los nuevos clientes estaban allí porque el caso se había resuelto, pero los Olsen no me agradecieron por ese modesto éxito comercial. Solo recibí, una y otra vez, la misma pregunta:

—¿Cuándo se va, comisario?

Hubiera querido irme de inmediato de Bosque Blanco, pero el disparo me condenó a esperas y a papeles sellados y firmados y a entregar el arma para que la peritaran y a interminables llamadas telefónicas, como si la velocidad de la bala, trescientos sesenta metros por segundo, necesitara ser compensada por la lentitud de los trámites. Mi esposa quiso viajar para acompañarme, pero la convencí de que se quedara en casa, para que la rutina se mantuviera tan firme como fuera posible. Tal como había previsto Valeri, mi padre, que nunca me había felicitado por los casos anteriores, llamó para felicitarme. Ahora pertenecía al club.

Al principio no había otra prueba contra Argés que mi palabra, su afición a la «Cabalgata de las valquirias» y el recuerdo de un pájaro muerto. Pero cuando llegaron las huellas de Argés al laboratorio, se confirmó que el martillo había estado en su mano. En su casa apareció la computadora del hospital, intacta, porque no se había molestado en abrirla. Junto a la computadora, la lapicera Montblanc y el encendedor Dunhill, todavía en sus estuches, y los billetes robados en la clínica, como si Argés hubiera previsto nuestra llegada y no quisiera que pensáramos que era un vulgar ladrón. Los golpes de martillo habían dejado microscópicas manchas de sangre en su ropa, sobre todo en la campera con cuello de piel de zorro. En los libros más viejos de la biblioteca había amapolas secas, cultivadas por la madre del asesino. Me devolvieron mi arma reglamentaria.

El día antes de mi partida, Verónica Santiago, la sobrina de la señora Lang, vino a la comisaría para denunciar la desaparición de su tía. Su abogado le había recomendado que iniciara ese trámite,

para poder declarar muerta a Lang. Así, al cabo de unos años la sobrina entraría en posesión de la casa, porque era la única heredera.

—¿Cree que el farmacéutico mató a mi tía? —me preguntó.

—Como le expliqué al fiscal Sirio, Argés confesó los otros crímenes, pero no me habló de su tía.

La mujer me explicó que los vecinos eran extraordinariamente amables, que le habían conseguido trabajo en la biblioteca del pueblo, que le habían dejado en la puerta de la casa frutas y tartas de manzana y budines de chocolate.

—Y lo hacen todo en forma anónima, como si no quisieran que yo me enterara de quiénes son mis benefactores. No sé cómo retribuir tanta generosidad.

En algún momento, cuando la enfermedad tocara a una de las puertas de Bosque Blanco, al principio con delicadeza y luego con insistencia, tal vez Verónica Santiago encontraría la manera de devolver los favores recibidos, y así haría suyo el legado de su tía. La almohada bordada la esperaba en lo alto del ropero.

Cuando me entrevistaron en el periódico local, me cuidé de mencionar a la señora de la almohada. No dije una palabra sobre la desaparición de Irma Lang o la posible culpa de Alescu. Argés, apenado por la muerte de su esposa y de su hija, había sufrido un ataque de locura, esto era todo. «Locura»: la palabra mágica que nos libera del tedio de las explicaciones, de la mecánica de las causas y las consecuencias, de la lógica nebulosa de los actos humanos.

También dije que Gabriel Valeri había colaborado con la investigación, y que había guiado mis pasos hacia el asesino. Tenía la esperanza de que su hija escuchara mis palabras. La mención a Valeri provocó una larga llamada de mi jefe, que me hizo prometer que jamás volvería a mencionar su nombre.

La farmacia Argés quedó a cargo de Tomás Estomba. Entré para comprar aspirinas. Habían pasado tres días desde la muerte del dueño. Estomba tenía la radio encendida. El locutor se calló y empezó a sonar la «Cabalgata de las valquirias». Estomba se apuró a apagar el aparato.

—En la radio, cada vez que mencionan el crimen, ponen la misma música —dijo.

—¿Pocos clientes? —pregunté.

—Al contrario. La gente entra para comprar cualquier cosa, por curiosidad. Analgésicos, caramelos para la tos, tisanas.

—¿Seguirá abierta?

—Por ahora, sí. Hablé con el hijo de Argés. Quiero comprarle la farmacia.

—Imagino que habrá demandas por los crímenes sobre las propiedades de Argés.

—Pero la farmacia estaba a nombre del hijo.

Comprobé que Estomba había hecho un buen trabajo con la cabeza de Geniol. No quedaban restos de pegamento. El pálido y enclenque farmacéutico dijo de pronto:

—Yo dejé la cabeza en su habitación. Perdóneme.

—¿Usted? ¿Por qué quería amenazarme?

—No era una amenaza. Era un mensaje. Yo sospechaba de Argés, pero no podía decir nada. Era mi patrón.

—¿Qué lo llevó a sospechar de él?

—El poeta Senda. Todos los días Argés me hablaba de su descubrimiento: que Senda había matado a otro poeta, un peruano, a través del alcohol. Lo había emborrachado con ajenjo y el otro había caído a las vías del subterráneo. Le fascinaba que Senda hubiera quedado impune.

—¿Y por eso pensó que era el asesino?

—Un inocente puede quedar encandilado con un crimen o con un asesino, pero a ningún inocente lo entusiasma la impunidad. Argés

me decía que Senda era la prueba de que se podía matar y no ser descubierto nunca. Veía su destino anticipado en el destino de Senda. Pero usted parecía sospechar de todos menos de Argés. Ahí estaban los dos elementos: la cabeza, que representaba a Argés, y el martillo, que representaba a los asesinatos.

—No lo entendí.

—Más claro, imposible.

—La próxima vez, haga una llamada anónima. Los policías no somos buenos con los acertijos. Nos tomamos las cosas al pie de la letra.

Pedí un ascenso para la sargento Santelmo. Mi jefe se resistía: decía que era cómplice de Valeri. Sostuve que era su enemiga, que siempre lo había querido fuera de la ciudad, que padecía a diario sus comentarios hirientes. Además, me había ayudado en la caza del asesino. Mi jefe hizo algún ejercicio respiratorio, o suspiró, o lo que fuera, y me respondió que haría un par de llamadas.

La última noche invité a cenar a Santelmo y a Trenti. Brindamos por el inminente ascenso de Santelmo. El restaurante estaba un poco más animado: no sé si era porque la ceniza empezaba a ceder o porque habían llegado periodistas a cubrir el final de los «crímenes de las amapolas», pero ahora había tres mesas ocupadas. Trenti, achispado por el malbec patagónico, estuvo más conversador que otras veces, pero apenas terminó su *mousse* de chocolate se fue. Cuando quedamos solos, Santelmo, que había estado callada y que apenas había probado el vino, me dijo:

—No quiero saber dónde está. Solo dígame si está vivo o no. Con eso me basta.

Pensé un poco y miré a los costados para ver si alguien la había escuchado. Nadie nos prestaba atención. Había dos periodistas en una mesa cercana: una mujer rubia a la que yo había respondido con

vaguedades y un fotógrafo de barba que me sacaba fotos cada vez que me cruzaba con él, mientras repetía «natural, natural, no mire a la cámara». Ahora estaban concentrados en sus platos y de vez en cuando miraban el celular. Ya estaban hartos de la convivencia a la que los obligaba el trabajo. Frente a mí, Santelmo me miraba expectante. Dije que sí con la cabeza. Entonces empezó a llorar, de puro alivio; lloraba sin una palabra ni un quejido, solo el silencioso trabajo de las lágrimas. El cretino de Valeri no se merecía esa devoción.

Esa misma noche pagué la cuenta del hotel y guardé el recibo en mi sobre de plástico transparente, junto a todos los papeles que había acumulado. Ya llegaría la hora de rendir cuentas. A la mañana abandoné el hotel sin tomar café, porque era muy temprano y los Olsen seguían durmiendo. Apenas salí de Bosque Blanco detuve el auto en la banquina y quemé el cuaderno de Irma Lang con ayuda de una botellita de alcohol que tenía en el botiquín del baúl. Contemplé con alivio cómo el fuego borraba los renglones pálidos y los nombres de los muertos.

En la radio sonaba una vez más la «Cabalgata de las valquirias». Una locutora anunció, algo dubitativa, que ya no habría más cenizas. El volcán, luego de haber echado por meses sus mensajes de arena, ahora dormía. Sin embargo, el viento, ajeno a las noticias, sacudía el auto y enviaba ráfagas de polvo hacia Bosque Blanco como si quisiera esconder el pueblo bajo la arena gris, sepultándolo por completo para siempre.